

DANIEL VENEGAS

El Malcriado

*Las aventuras de don Chipote
o Cuando los pericos mamen*

Novela

Introducción de Nicolás Kanellos

Secretaría de Educación Pública



CEFNOMEX

(Centro de Estudios Fronterizos
del Norte de México)

México, D.F.

Primera edición, 1984

Coedición: SEP/Centro de Estudios Fronterizos
del Norte de México, A.C.

Producción: Secretaría de Educación Pública
Subsecretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones

Investigación
e introducción: Dr. Nicolás Kanellos

Foto de cubierta: Emilio Jara

D.R. © 1984, Consejo Nacional de Fomento Educativo

Impreso y hecho en México

ISBN 968-29-0221-5

INTRODUCCIÓN

Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen es un inesperado hallazgo que localizamos después de un largo proceso de investigación de la raíces de la literatura chicana. Su publicación en 1928 en Los Ángeles, o sea, más de treinta años antes del movimiento literario chicano, nos ayuda a documentar la existencia temprana de una conciencia literaria chicana; conciencia que genera formas y estilo que los escritores de los sesenta tendrán que inventar de nuevo en su afán de capturar la realidad de la cultura chicana.

Con la intención de recopilar todos los datos posibles acerca de la copiosa producción literaria editada en español al norte de la frontera México-norteamericana, hemos examinado periódicos y libros publicados en ambos lados de la frontera entre 1850 y 1940. Tras más de ocho años de búsqueda, hemos identificado en particular a un grupo de escritores que trabajaban en la prensa de Los Ángeles entre 1920 y 1936, y cuya obra literaria sobresale por su calidad y su aceptación por el público México-americano. En su esfuerzo por localizar todos sus textos, publicados e inéditos, visitamos los principales depósitos bibliotecarios de materia hispana de los Estados Unidos, desde la Biblioteca del Congreso de Washington, D. C. y la Biblioteca Pública de Nueva York hasta las grandes colecciones universitarias de Chicago, Nuevo México, Texas y California. En todas estas colecciones encontramos vestigios de la abundante producción literaria y teatral de la época que nos interesaba: novelas de la Revolución Mexicana publicadas en los Estados Unidos y desconocidas en México, obras teatrales de toda descripción, y hasta libretos de opereta y de revistas, poemarios y colecciones de epístolas y ensayos. Desafortunadamente, la mayor parte de esta producción actualmente está perdida.

Entre los escritores de más interés —por el impacto que tuvieron a través de columnas periodísticas y obras teatrales—

estaba un tal Daniel Venegas, que cultivaba los géneros teatrales más populares y redactaba, además un periódico humorístico intitulado *El Malcriado*. Aquí comentaba satíricamente las costumbres de sus compatriotas mexicanos, pero desde una perspectiva más democrática y menos elitista que sus colegas de la prensa. Fuimos entonces a México en busca de las obras de Venegas y de sus compañeros de pluma, ya que supusimos que muchos de estos escritores, refugiados políticos algunos y otros emigrados por razones económicas, regresaron a México con la Depresión o la Gran Repatriación. Entre un puñado de novelas editadas en San Antonio, El Paso y Los Ángeles en la colección de la Biblioteca Nacional de México, por fin hallamos una obra de Venegas: *Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen*. El hallazgo en sí no nos sorprendió, ya que habíamos viajado a México en busca de obras como ésta. Grandes fueron, en cambio, nuestra sorpresa y nuestro entusiasmo, cuando advertimos que nos hallábamos frente a lo que era, por la temática y el estilo, la primera novela chicana.

La primera novela chicana

Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen, publicada en 1928 por *El Herald de México* de Los Ángeles, seguramente con un tiraje mínimo, debe haber representado, en esa época, un esfuerzo heroico por reivindicar al obrero mexicano inmigrado a los Estados Unidos y su cultura. Esta cultura era objeto constante de sátira por parte de los escritores de la élite mexicana de Los Ángeles y San Antonio, quienes, so pretexto de elevar el nivel cultural del humilde trabajador, querían en realidad evitar la vergüenza que sentían —como representantes de la *intelligentsia* y la clase media— ante los anglosajones de su misma clase social. Venegas, a pesar de ser hombre letrado y del mismo círculo de élite, quiso ser fiel a su propia experiencia de trabajador y creó una obra en que abiertamente se identificaba como *chicano*, vocablo que en aquella época quería decir obrero mexicano inmigrado a los Estados Unidos. Más adelante, después del movimiento estu-

diantil de la década de los sesenta, este vocablo ha venido a denotar la población México-americana residente y permanente en los Estados Unidos, bilingüe y bicultural.

Lo novedoso de *Las aventuras de don Chipote* es precisamente esa indentificación del autor con el obrero chicano y el dirigirse la obra al lector, que también se supone chicano, puesto que el narrador adopta su lenguaje y estilo retórico. Esto no sólo implica que una buena porción de esa clase trabajadora sabía leer sino que era capaz de producir literatura y arte. Treinta años más han de pasar antes de que aparezcan otras novelas que parten de la base del pueblo trabajador mexicano de los Estados Unidos, los “chicanos” en su aceptación inicial.

A partir de 1971, fecha de publicación de ... *y no se lo tragó la tierra* de Tomás Rivera, comienzan a publicarse de nuevo novelas chicanas en español —la primera novela chicana que se edita en inglés es *Pocho* (1959) de José Antonio Villarreal—, pero esta vez después del inicio de todo un proceso de movimiento social y político de identificación del grupo como minoría nacional norteamericana cuyos derechos civiles debían protegerse. Estas novelas del chicano moderno también reproducen el dialecto chicano —claro que con más anglicismos adoptados que *Don Chipote*— y también están motivados por una intensa protesta contra el maltrato del mexicano en tierras norteamericanas. Pero en lugar de infundir en el lector chicano un sentido de culpa por haber abandonado a la familia y la tierra natal, como lo hace *Don Chipote*, el protagonista pasa por un largo proceso de autoidentificación en que llega a reafirmar el valor de su herencia bicultural y su patrimonio en el sudoeste de los Estados Unidos. Más que nada, los autores como Tomás Rivera, Rolando Hinojosa, Miguel Méndez y Rosaura Sánchez abrazan los valores del trabajador México-americano para la base de la cultura chicana, valores que muchas veces responden a la realidad del campo o del pueblo pequeño. La novela urbana de los chicanos modernos se encuentra en manos de escritores (con la excepción de *Caras Nuevas y vino viejo* de Alejandro Morales) cuya obra se redacta en inglés: *Pocho* (1959) de José Antonio Villarreal, *Autobiography of a Brow Buffalo* (1972) por Óscar Zeta Acosta y *The Road to Tamazunchale* (1975) por Ron Arias. Es aquí donde se

expresa la agonía del chicano moderno por no poder acomodarse social y espiritualmente ni en México ni en los Estados Unidos.

Mientras que en *Don Chipote* el conflicto se resuelve con la vuelta del personaje principal y su familia a México, en novelas como . . . y *no se lo tragó la tierra* la enajenación del personaje central es vencida por un profundo cariño para con sus familiares y la cultura desarrollada en Texas. Una constante en *Don Chipote* y en la novela chicana actual es el humor, especialmente cuando deriva de la sátira, el lenguaje pintoresco, el bilingüismo. El impacto más directo de este juego lingüístico aparece en *Don Chipote* en el momento en que los trabajadores se enfrentan con el inglés, pero en la novela chicana de hoy en día se ve un bilingüismo latente y a veces un tridialectalismo que contrasta el caló, el español del trabajador mexicano-americano y el español universal.

El escritor moderno que ha heredado todas estas modalidades, desde el juego lingüístico hasta la sátira, es Rolando Hinojosa, el cronista de la vida México-americana del valle del Río Grande de Texas, quien además es el primer escritor chicano que ganó el prestigioso Premio Casa de las Américas. Pero la novela chicana que ha recreado más vivamente la odisea de don Chipote y ha reproducido el ambiente hampesco a ambos lados de la frontera ha sido *Peregrinos de Aztlán* (1974), del tucsonense Miguel Méndez. Semejante a *Don Chipote*, *Peregrinos* revela la misma clase de protesta, la misma experimentación lingüística, pero lo hace con una intensidad barroca. La estructura de *Peregrinos* difiere de la de *Don Chipote* por la trama múltiple y la acerba crítica tanto de la Iglesia católica como de los estamentos más altos de la sociedad a ambos lados de la frontera.

Las aventuras de don Chipote ofrece un nuevo indicio de la continuidad de producción cultural del mexicano al norte de la frontera. Aun antes del conflicto México-americano de 1848 y la pérdida de las tierras del norte, ya se había establecido un repertorio tanto escrito como oral de canciones y relatos, una herencia cultural producida en gran parte como reacción nacionalista frente a la amenaza anglosajona. Es decir, aun antes de la Guerra México-Americana, ya reinaba un doble sistema de referencias, digamos, fronterizas. En todo el periodo de

posguerra hasta la época de las grandes inmigraciones a la región, al principio del siglo veinte, aparece la identidad fronteriza en los periódicos —que suman más de doscientos—, en la literatura epistolar, en las autobiografías y las crónicas, y sobre todo en el folclor. La gran ola de inmigrantes que llega entre 1900 y 1929 renueva la cultura mexicana en el sudoeste de los Estados Unidos, asentando sobre la base existente un nuevo lenguaje y nuevas perspectivas. En los centros urbanos una capa de élite, compuesta por refugiados de la Revolución Mexicana, se apodera de la cultura oficial y los medios de comunicación. Éstos se prestan a la difusión de una cultura conservadora que se articula en novelas porfiristas como *Ladrona* (1925) de Miguel Arce y otras, que si se refieren a obreros, como *El sol de Texas* (1927) de Conrado Espinoza, lo hacen desde una perspectiva elitista y con un lenguaje sentimental que al obrero le es extraño. *Don Chipote* no es, como las demás novelas de la época, arenga porfirista o historia sentimental de un escritor refugiado o una idealización más de la vida de Pancho Villa. Es un verdadero documento de la cultura, a la vez costumbrista e innovadora.

También las creaciones folclóricas de los inmigrantes se asentaron en bases ya establecidas e incorporaron la temática del nuevo mundo industrial del siglo veinte, el de los corridos, canciones y relatos del *traque*, de las fundiciones de acero, del obrero inmigrado en su primera confrontación ingenua con la sofisticada metrópoli. Ejemplos de este folclor son *El corrido pensilvanio*, *El corrido del lavaplatos* y muchos más.

Todo este material, que se refleja en forma novelística en *Las aventuras de don Chipote*, se encuentra también representado en las columnas de los cronistas de periódicos como *La Opinión* de Los Ángeles, *La Prensa* de San Antonio y hasta *El amigo del hogar* de East Chicago. Con apodos como "Casca-bel", "Lorelei", "Az.T.K." y "El Malcriado" (Daniel Venegas), los cronistas azotaban a la comunidad con sus punzadas mordaces y moralizantes, no dejando que los chicanos "se agringaran", a pesar de que tenían que residir en el "macizo". A través de sus columnas se protegían las costumbres, el idioma español, la tradición del mexicano; trataban de preservar un verdadero "México de afuera".

Entre la Revolución Mexicana y la Gran Depresión, el

ambiente artístico-literario de las grandes ciudades fronterizas contaba con un florecimiento del teatro cuyas tablas hospedaban no sólo a las compañías locales sino también a las principales compañías dramáticas y líricas que venían en gira de México y Madrid. Además del teatro, este mismo ambiente contaba con casas editoriales mayormente ligadas a los grandes periódicos cuyas imprentas producían centenares de libros de ficción y de información; contaba con el cine hispano en desarrollo en Hollywood; y sobre todo, contaba con un gran público consumidor aglomerado en San Antonio, El Paso y Los Ángeles, por una parte, y duplicado en Tijuana y Juárez, por otra. Pero las giras de artistas y teatros y la circulación de periódicos y libros se extendían a los pueblitos del suroeste y las grandes urbes de Chicago, Nueva York y San Francisco, además de la exportación al Caribe y al interior de México.

El estilo de Don Chipote

Las aventuras de don Chipote, de franca intención humorística, representa una crítica acerba de las condiciones sociales y laborales que enfrenta el obrero mexicano a ambos lados de la frontera durante la década de 1920. Pero mientras Venegas satiriza la simplicidad de la familia chipotesca resaltando lo patético de sus circunstancias, reserva su daga más aguda para el capitalismo norteamericano que engorda explotando al campesino mexicano. Explica el narrador su actitud de la siguiente manera:

Los que la dibujamos por los famosos Estados Unidos sabemos lo que quiere decir el no haber martillado y estar bruja y de pronto armarse con algunas jolas (p. 90).

El dólar que corrompe se observa ya desde el lado mexicano de la frontera en el ambiente hamponesco de Juárez donde las prostitutas y los coyotes se aprovechan de nuestros "héroes". Lo que les espera al otro lado del río, en los "Estados Sumidos", es una interminable sucesión de trabajos esclavizantes. Y no se contenta el narrador con simplemente describir las atrocidades cometidas contra los obreros, sino que extiende su acusación al capital y al gobierno mismo de los Estados Unidos:

Casi no se puede creer que las autoridades de los Estados Unidos no se hayan dado cuenta de este robo de que son víctimas nuestros compatriotas, (...) son cómplices de las sinvergüenzadas de las compañías (p. 35).

El narrador atestigua, documenta y difunde la denuncia del trato inhumano de los obreros, pero no en los términos naturalistas de Zola, sino más bien al estilo picaresco de sátira agridulce, de sabor cervantino — don Chipote a la sombra de Don Quijote y Sufrelambre a la de Rocinante—, consonante con el estilo de las crónicas humorísticas de los periódicos. El mismo subtítulo, *Cuando los pericos mamen*, y el corrido macarrónico de donde proviene, indican la postura satírica de la "comedia negra", más afín a la tradición hispana.

Aunque se trate de la odisea de un campesino mexicano, *Las aventuras de don Chipote* es, sin lugar a dudas, una novela de ambiente urbano. Destacan las costumbres, el habla, la perspectiva del proletariado urbano, el cinismo de los que se aprovechan del campesino ingenuo e indefenso en la metrópoli (sea ésta Juárez, El Paso o Los Ángeles), el impulso por sobrevivir y ganarse las próximas tortillas, ya no cosechando los frutos de la tierra sino lavando platos o cargando ladrillos: todos elementos tradicionales de la literatura picaresca y urbana. Venegas satiriza, como lo hacen los cronistas, la adopción por el inmigrante de los vestidos, la comida, el entretenimiento, la forma de hablar del nuevo ambiente. Son objeto de sátira también los tipos parasíticos del medio ambiente urbano: las pelonas, el sanador del amor, los artistas de teatro, los mayordomos, los hoteleros, etcétera.

Aun cuando *Las aventuras de don Chipote* no tuviera ningún otro elemento de innovación, el lenguaje en que está escrita esta novela la haría de por sí un documento valiosísimo para el conocimiento de las raíces de la cultura México-americana, y una obra precursora de la literatura chicana actual. El narrador comienza y termina su relato en un estilo altamente literario y florido con el cual establece cierta distancia entre él y sus personajes —tal vez a la manera de Don Quijote de la Mancha—, pero después de los primeros capítulos elimina esa distancia para meterse en la narración directamente como comentarista personal de la acción y así subrayar la veracidad de la narra-

ción o, por lo menos, establecer su participación en la situación que describe, como un obrero más. Además, el narrador también adopta el lenguaje dialectal de sus personajes, incluso el caló y los anglicismos de éstos, y así demuestra su identificación tanto espiritual como lingüística con el trabajador chicano. La novela así se convierte en un rico repositorio del léxico chicano de los años que preceden a la Depresión. Pero más importante es que Venegas haya descubierto el estilo lingüístico y narrativo chicano años antes de que Tomás Rivera, Rolando Hinojosa y Miguel Méndez empuñaran la pluma. Por ello esta novela augura la forma y el contenido de la novela chicana actual y da substancia a las raíces urbanas del pueblo México-americano, raíces que no revela la novelística de Rivera e Hinojosa.

Daniel Venegas autor de Don Chipote

De la vida del autor Daniel Venegas sabemos muy poco. Los escasos datos provienen de tres fuentes: de su semanario humorístico *El Malcriado* fundado en 1924 en los Ángeles, de las reseñas periodísticas de sus obras teatrales y de los pasajes autobiográficos en *Las aventuras de don Chipote*. Cada una de estas fuentes documentales nos ayuda a crear la imagen de un hombre letrado, conocedor a fondo del medio ambiente urbano de Los Ángeles, que se identifica espiritualmente —y también por sus experiencias vitales— con los segmentos más humildes de la comunidad mexicana en el extranjero o más precisamente “chicana”.

Con el seudónimo de “El Malcriado”, Daniel Venegas redactó por muchos años (por lo menos desde 1924 a 1929) un semanario “dicharachero y hablador” llamado *El Malcriado* en que, como el más famoso de los cronistas mexicanos en los Estados Unidos, Benjamín Padilla (“Cascabel”), comentaba satíricamente las costumbres y la política de la colonia mexicana de Los Ángeles. Sus columnas reflejaron los episodios típicos de la gran metrópoli yanqui y formaron la base para algunos de los capítulos más picarescos y humorísticos de *Las aventuras de don Chipote*. Esos capítulos, en su forma, lenguaje y estilo, deben mucho a estas crónicas. Así las caricaturas de

los personajes hampescos de Juárez, El Paso y Los Angeles, tan logradas, se estrenaron en las columnas de *El Malcriado*. Tal vez sea por la influencia de la crónica que la intrusión del narrador testigo en *Don Chipote*, es tan marcada, ya que las crónicas siempre mantenían en primer plano la personalidad del cronista.

De su vida teatral leemos en las páginas de *La Opinión* y *El Heraldo de México*, los dos diarios de Los Ángeles, que entre 1924 y 1933 se ocupó Venegas de escribir una serie de obras dramáticas y que en 1932 dirigió una compañía de revistas, La Compañía de Revista Daniel Venegas. Entre sus obras —todas perdidas y desconocidas hoy— se incluyen las siguientes: *Quién es el culpable*, estrenada en 1924; *Nuestro egoísmo*, en tres actos, obra estrenada en 1926 y dedicada a la mujer mexicana, a su honor y en defensa de ella; *Esclavos*, 1930; y varias revistas jocosas como *El maldito jazz*, *Revista astromónica*, *El establo de Arizmendi* (celebrando al famoso boxeador Baby Arizmendi) y la popularísima *El con-su-lado*. Virginia Fábregas puso en escena en Los Ángeles dos de estas obras, *Quién es el culpable* y *Egoísmo*.

De nuevo Venegas se destaca como cultivador de los géneros más populares y como aliado de los sectores más humildes del público en su afán por formar una compañía de revistas. En la ocasión del estreno de *Esclavos*, *La Opinión* del 8 de enero de 1930 comentó que “el autor cuenta con muchas simpatías entre el elemento obrero mexicano de Los Ángeles, por lo que seguramente tendrá casa llena esta noche”.

En cuanto a *Don Chipote*, Venegas interrumpe la narración varias veces para asegurarle al lector que él mismo presencié y fue testigo del maltrato de los mexicanos en manos de los coyotes, en el trabajo del *traque*, en varios de los empleos de Los Ángeles. Pero, más que nada, nos asegura el autonarrador que hizo la misma odisea que don Chipote, entrando por el Paso, *camellando* en el *traque* hasta llegar a Los Ángeles y procurando otro *jale* manual ahí. Los varios pasajes autobiográficos de *Don Chipote* confirman la identificación total del autor con el obrero mexicano inmigrado, el chicano.

NICOLAS KANELLOS

Capítulo uno

El sol se ocultaba en el ocaso y las nubes poníanse coloradotas al recibir caricia de la cobija de los pobres y, al igual que virgen trasnochadora, de coloradotas iban poniendo negruzcas, semejando ojeras exageradas de cómicos brujas.

Los enamorados pajariles se arrejuntaban en sus nidos y se daban el pico de bienvenida, ahuecaban el ala y se preparaban a roncar. Los abejones suspendían el zumbido; las flores de calabaza se fruncían preparándose a pasar la noche; las abejas se metían en la colmena a vomitar la miel que se habían tragado y el arroyuelo seguía cantando y corriendo a la vez que remojaba las raíces de los aguacates, camichines y zalates. Todo era paz y calma. Toda la naturaleza le entraba al descanso, menos el pobre de don Chipote, que, bien bombeado con la friega del día, seguía picándole la cola al buey, pues obligado por la numerosa prole, tenía que seguir a la retaguardia del cornudo aspirando de vez en cuando las poco confortadoras emanaciones del conducto trasero del animal.

El pobre de don Chipote, cuando al mediodía, después de arrempujarse los tacos que llevaba de bastimento y chuparse el cigarro de hoja, quedábase entre dormido y despierto y se ponía a soñar en las mazorcas, veía que las milpas en vez de dar elotes con maíz, éstos venían claveteados de relucientes aztecas y se sentía rico y que ya no tendría necesidad de trabajar.

Sueños, puros sueños, porque de lo poco que sembraba, la mitad se lo tragaban los cuervos y la otra quedaba para ser repartida entre su numerosa prole, el perro, el gato y los bueyes.

Habíase hecho oscuro y don Chipote y sus bueyes, con esa calma que da el haber camellado hasta más no poder, se encaminaron al jonuco, siempre pensando en su perra suerte.

El ladrido de Sufrelambre lo sacó de sus meditaciones e hizo que se diera cuenta de que estaban enfrente de su jacal, donde

lo esperaban para engullir el pipirín, doña Chipota, sus chipotitos, el gato y Sufrelambre.

Tras de quitarles el yugo a los bueyes y ponerles las antiparras verdes para que se tragarán la viruta que en vez de pastura se les daba, entró a la choza, saludando a su costilla y, mientras le echaba una mirada de borrego mal tatemado al bule de las gordas, les limpiaba los mocos a los chamacos. En seguida, con un apetito que hacía creer que lo habían tenido amarrado, empezó a embutirse la cena en compañía de su familia, digo cena si se le puede llamar así a un charco de agua con tres frijolitos, un molcajete de chile, un jarro de atole y gordas. De todas maneras por buen rato no se escuchó más que el tronido de dientes y el paladeo de los agujeros receptores del martillo.

Cuando más o menos la barriga de don Chipote se encontraba satisfecha, preguntó a su consorte:

—¿Cómo sigue la mula de tu madre?

—Bien. Me mandaron avisar que había dado a luz con toda felicidad un mulito —contestó ella.

—¡Quién lo había de creer! —arguyó don Chipote—, que después de pensar que estaría enmaizada y a eso se debían los pujos, iba a resultar con que era el nacimiento de un mulo lo que la tenía a las puertas de la eternidad. De todos modos ya contamos con un nuevo servidor, si es que tu madre nos lo ofrece.

Un gruñido fue la contestación de doña Chipota, por lo que don Chipote, limpiándose las púas que le servían de bigote, se levantó a fumarse uno de fajero y a esperar la hora de rezar el rosario, cosa que como buenos cristianos nunca dejaban de hacer antes de tenderse en el petate para esperar la hora de levantarse en la madrugada y entrarle de nuevo al camello de todos los días.

Capítulo dos

Dejemos a don Chipote y familia durmiendo a calzón quitado, pierna suelta y roncando a todo vuelo y volvamos los ojos hasta algunas leguas distantes de su jacal.

Por el camino que conduce a la ranchería avanza con pasos cansados un nativo del lugar llamado Pitacio. El hecho de que venga caminando de noche no quiere decir que tenga prisa por llegar, en cambio, sí tiene sus razones para llegar cuando todos los moradores del lugar estén tirándose a los talones.

Antes de pasar delante, vamos a tener el gusto de presentar a nuestro personaje.

Pitacio, como hemos dicho antes, vio la luz primera en la ranchería donde da comienzo nuestra verídica historia. De padres pobres pero borrachos, el chico, desde sus primeros años demostró un miedo terrible al camello, pues por más que Pitacio padre lo mandaba a espantar a los pájaros para que no se comieran lo sembrado, no había logrado que éste obedeciera.

Con tan buenos principios Pitacio alcanzó la mayor edad no sin antes haber sepultado a sus padres a punta de disgustos, lo que no fue motivo para que no los llorara y sintiera como todo mundo siente cuando éstos pelan gallo de este mundo para el otro.

Sin embargo, para no faltar a la verdad, diremos que Pitacio, si sintió la desaparición de sus progenitores, no fue tanto porque se quedaba huérfano; lo que sintió más fue, que en enterrando a su padre, se quedó sin quien lo mantuviera, pues como llevamos dicho, el pobrecito no tenía ni esta gracia. Fue pues, hasta después de que la canasta se le trepó hasta las nubes que pensó en la manera de trabajar en algo para poder poner quieta a la barriga, que sin tomar en cuenta que estaba huerfano lo acosaba pidiendo comida.

Bien dice el dicho que el que nunca pastor y derrepente borreguero vale puro cohete. Pitacio, que nunca le había ato-

rado al camello, que nunca se había ganado la tortilla con el sudar de su frente, se veía despedido de las rancherías por el simple hecho de no dar el ancho en la camellada.

Así pasaron algunos meses durante los cuales trabajó con todos los medieros de las cercanías y todos lo corrieron hasta que, conocido de todos, no tuvo más remedio que pintar *gallo* para otra parte a donde no lo conocieran.

Fue así como un día de tantos el buen Pitacio, después de hacer tambachito con sus garritas, anocheció en la ranchería pero no amaneció, pues le vino a salir el sol algunas leguas distantes del lugar donde había pegado el primer berrido cuando su mamacita le echó a este valle de lágrimas.

¿A dónde iba Pitacio? No lo sabemos y hasta aseguramos que tampoco él lo sabía. Una sola cosa sabía, que iba en busca de camello. Así pues, mientras trota que trota por el camino, se alejaba de sus patrios lares, pensaba en la falta que le hacían sus padres.

Ya al caer la tarde, cuando los pedales empezaban a ponerse en huelga y las tripas a pegarse al espinazo, divisó a lo lejos el pueblo de Nacatecuaro. Verlo y echar a correr *fue* todo uno, pues el pobre, no obstante que no llevaba ni cinco pensó que en llegando a Nacatecuaro iba a encontrar la mesa puesta.

Pronto su carrera se vio coronada por el éxito, y antes de que la cobija de los pobres se sumiera entraba con pasos de camello cansado a la que él, que no conocía más allá de su rancho, le parecía una populosa ciudad. . .

Para no darle más importancia de la que merece Pitacio, de golpe y porrazo lo plantaremos en los Estados Unidos, en un pueblo del estado de Texas, a donde había llegado después de miles de percances, pero en donde gracias a la condenada barriga se encontraba trabajando, y en días de volverse lo que hizo algunos días después sin nada en la bolsa, pero eso sí, transformado en su indumentaria, pues con algunos centavos que había escapado se había comprado un vestido de segunda o quién sabe cuántas manos, pero que le sentaba muy bien.

El vestido no era de muy buena calidad, pero en cambio era de un color marino de lo más chillante que se podía encontrar y con botones por todos lados. Además, nuestro buen Pitacio se había comprado sus zapatos amarillos de los más trompudos, sus calcetines de seda y su sombrero texano.

Con estos arreos y presumiendo el ochenta por ciento aunque nadie lo viera en el camino, puesto que no se encontraba a nadie y además era de noche, es cuando encontramos a Pitacio trotando por el camino que cada vez acercaba al rancho donde nació precisamente cuando dejamos a don Chipote y familia entregados al sueño.

Ahora bien, ya que hemos regresado al punto de partida, por medio de nuestro soberano capricho, adelantemos el tiempo y también adelantamos a Pitacio hasta los primeros corrales de la rancharía.

Son las cinco de la mañana. El sol, otra vez como el día anterior, empieza a salir tanto para pobres como para ricos. Los pajarillos que pasaron la noche pico a pico empiezan a dejar el nido y salen a buscar qué y a quién picotear.

Los bueyes lanzan al aire uno que otro bramido no tanto por el gusto del nuevo día sino de tristeza al pensar que se acerca la hora de que les pongan otra vez el yugo y los obliguen a jalar el arado o la carreta.

Los moradores del lugar, tan animales como los bueyes, pero animales racionales, también se dan la última estirada sobre el acolchonado petate, echan el postrer pujido y también se levantan a prepararse para seguirle de frente en la tarea que dejaron pendiente el día anterior.

El día está muy hermoso, toda la naturaleza parece que se ha puesto de gala para recibir a Pitacio, el hijo pródigo que retornaba al lugar cuando menos se lo esperaban sus paisanos.

En casa de don Chipote, también se habían despegado los zarapes y ya doña Chipota, la fiel compañera de don Chipote estaba dale que le das remoliendo el nixtamal para luego hacer las gordas que se empacarían durante el almuerzo y las que se llevaría su marido de bastimento, en tanto que éste les daba su pipirín a las bestias, cuando los perros, encabezados por Sufrelambre empezaron a ladrar desafortunadamente a Pitacio que ya se encontraba tras las trancas que dividían el patio de la casa de la calle.

Grande debe haber sido la novedad para los dueños de la casa al oír que los perros ladraran, ya que nunca lo hacían aunque tuvieran hambre, sin duda porque los perros conocían a todo el vecindario. Así pues, tanto don Chipote como su fiel compañera dejaron sus labores y salieron a ver quién era la

persona por quien los perros armaban tal algarabía, y cuál sería su sorpresa al toparse con Pitacio, al flojo Pitacio que todos conocían y que ahora estaba desconocido enfundado en aquel vestido de curro que tan de lejos en lejos se veía por aquel rancho.

Bien dicen que el traje hace al monje. Pitacio, que antes de que se mandara largar del lugar no era recibido por nadie, en esta ocasión, en cuanto lo vieron trajeado a lo curro, tanto don Chipote como su mujer creyeron que era un gran personaje y con miles de atenciones lo invitaron a pasar.

Pitacio, que de eso pedía su limosna, no se hizo del rogar, y dando pasos de gran señor se introdujo en la humilde *morada* chipoteril, y fuese derecho a la cocina, pues lo que más le importaba por el momento, era que lo invitaran a almorzar, porque desde el día anterior no había puesto ningún peso en el estómago.

Don Chipote no retardó la invitación y en breves momentos, ya estaban atorándole a los frijoles de la olla con su respectivo acompañamiento de chile y gordas calientes.

Por largo rato las bocas no se despegaron sino para meterse otro bocado, y tras éste otro y luego otro, tanto así que la buena doña Chipota se vio en aprietos para poderles dar batería con las gordas.

Al fin, cuando ya las barrigas estaban a más no poder, se hicieron uno de hoja con su respectivo fajero, lo prendieron con un tizón y entre chupada a punta de quijada don Chipote preguntó cómo le había hecho para convertirse en un señor tan elegante.

Todos saben que los más flojos son los mas habladores, y Pitacio, que en ambas cosas se le podía titular de campeón, le dio vuelo a la sinhueso y dijo:

—Pos verá usted, don Chipote. Usted sabe que mi padre, que en paz descansa, era un hombre muy leído y escribido, y yo, su hijo, claro que saqué todo lo de él y hasta un poco más, pues como recordará, a mí no me gusta entrarle a picarle la cola a los bueyes porque para eso no se necesita inteligencia, y yo, que la tengo muy grande buscaba el modo de hacer la vida por medio de mi cabeza. Como recordará también, todos los del rancho y sus orillas, no me pudieron comprender y de uno por uno me fueron echando de sus lares, hasta que me vi obli-

gado a salir para otro lugar a donde apreciaran mis inteligencias.

—Un día, como se acordará, anochece y no amanecí en el rancho y no paré hasta que llegué a los Estados Unidos, la tierra de los güeros, que hay que verla para creerla.

—¡Ah, don Chipote, si viera usted qué aguzadas son aquellas gentes! Aquellos sí que son elustrados y leídos, no como el señor cura de aquí que es el que sabe más en estos contornos. Para no hacerle el gallo zancón, porque al fin y al cabo son cosas que sólo viendo se pueden creer, le diré que todos los gringos reconocieron inmediatamente lo que yo valía.

—Y ¿cuánto dieron por ti? —preguntó don Chipote.

—No sea zurumato —contestó Pitacio—, si no me compraron. Digo que luego vieron que yo también era gente inteligente y para pronto me destinaron a un trabajo en el que ganaba tres dólares de esos que valen doble.

—¿Y cuáles son éstos? —inquirió don Chipote mientras se le caía la baba de oír tales cosas.

—Pos son los pesos de allá —dijo Pitacio, y prosiguió—. Sepa que los pesos de los gringos valen lo doble de los de aquí, de modo que cuando allá gana un dólar es como si ganara dos de los de aquí.

—No me lo digas —dijo don Chipote pasando de asombro en asombro—. Y ¿dices que tu destino te hacía ganar tres de éstos?

—Tal y como lo cuento.

—¿De modo que tú ganabas seis de los de aquí?

—Seguro que yes.

—¿Y qué es eso de yes? —preguntó don Chipote con la boca abierta cada vez más.

—¡Ah, esqiusme! —dijo Pitacio— se me olvidaba que ustedes no le saben nada a la tatacha del toquingles y yo ya les estaba hablando en eso. Pos mire —prosiguió—, eso de yes, quiere decir como si dijéramos sí en nuestra lengua.

—Caramba —prorrumpió don Chipote— pos de veras que tú ya eres un gran personaje. Bueno, bueno; sigue, sigue contándome todas esas cosas siquiera para ver si yo aprendo algo.

—Qué pa ver ni qué pa ver —terció doña Chipota que hasta esos momentos se había estado callada— ya que quieres que te cuente, pos que te cuente cómo le hizo pa llegar allá, pos se me

hace mejor que tú también vayas a la tierra esa de los güeros y también te hagas una gran persona como se hizo éste.

—Eso sería lo mejor —sostuvo Pitacio.

—¿Tú crees? —contestó don Chipote.

—Como que nomás anímese y ya verá lo que es la pura miel en penca. . .

Y aquel condenado, tanteando que sus narraciones le aseguraban el martillo por algunos días, siguió contando miles de mentiras que acabaron de enzorrar a don Chipote.

Por supuesto que no se le ocurría el decir las hambriadas que se había dado, ni menos los malos ratos que había recibido de los mayordomos del *traque*, que es el destino de que tan brillantemente les había hablado.

De estos Pitacios están llenos los Estados Unidos, pues por aquello del amor propio, cuanto paisano tiene la mala suerte de venir a estas tierras en vez de regresar a su terrenazo y contar la pura verdad encuerada llega recantoneándose y encampando a cuantos le oyen.

Desgraciadamente la chicanada parece que toda es de “Bolaños” y cree a pie juntillas cuanto se les platica del Norte, y es por eso, más que por las malas condiciones en que la revolución ha puesto al país, por lo que cada día se despuebla más y más.

No queremos negar que algunos paisanos hayan hecho algo en los Estados Unidos, pero éstos, que podemos decir garbanzos de a libra, son una minoría; en cambio, la mayoría sólo viene a los Estados Unidos a dejar todas sus energías, a ser maltratados por capataces y humillados por los ciudadanos del país, los que, una vez que los paisanos llegan a viejos, les niegan hasta el derecho de trabajar para darles de comer a sus hijos.

Muy larga sería la labor de presentar realmente la vida de los mexicanos en los Estados Unidos, y sobre todo, nosotros, no queremos meternos en honduras y dejamos esta labor a plumíferos más aguzados y más picudos que nosotros. Si hemos hecho este pequeño paréntesis y nos hemos salido de nuestra historia ha sido sólo para poner en puerta al verdadero personaje de ella, que es don Chipote de Jesús María Domínguez. Así pues, perdonando lo antes dicho, para no perder el hilo de nuestra narración, ponemos punto final, pescamos la hebra y adelante.

Capítulo tres

No tenía remedio. Don Chipote se había creído de las papas que Pitacio le había contado. Diez días llevaba manteniéndole tan sólo por oírle sus aventuras en la tierra del tío Samuel, y los mismos tenía de no cuidar la parcela de donde sacaba el martillo.

Todo esto le hacía pensar que, si Pitacio, que toda su vida había sido un flojo se había convertido en una persona tan elegante, él, que nunca le había sacado el bulto al camello, que llevaba tantos años de picarles la parte trasera a los bueyes, con seguro que allá en menos que canta un gallo se iba a hacer millonario, y mientras más lo pensaba, menos ganas le daban de uncir los animales y atender el pedazo de tierra que por tantos años le había dado de comer aunque fuera puros frijoles y gordas y mientras más lo pensaba, más se le clavaba la idea de irse a los Estados Unidos.

—Me voy —le decía a la vieja—. Voy a traerme todo el oro que hay por allá, pero antes de venirme mando por ustedes para que vayan a conocer aquellas tierras.

Doña Chipota se afligía, pero al pensar el bienestar que les esperaba convenía en la partida.

La pobre, al fin mujer, también se había embobado con las puntadas de Pitacio y, aunque con pena por la separación, también animaba a don Chipote figurándose que no pasaría mucho tiempo sin que se viera vestida de falda de medio paso y copete en la cabeza. Se veía del brazo de su marido que, de toda leva y sombrero bola, la llevaba colgada de la alcayata por las calles de Estados Unidos.

Cuando tras púnsulas y púnsulas el viaje quedó aprobado en asamblea por mayoría de votos, puesto que en esta votación tomaron parte todos los chipotescos colaterales, empezaron los preparativos del viaje.

Pitacio quedó encargado de la gerencia de la parcela, y bajo su palabra de honor quedó de cuidar y mantener la familia.

Como don Chipote no estaba muy ajuareado de ropa, de una sábana hizo doña Chipota otros calzones y otra camisa y con ambas prendas ajustó el par de cada cosa, además, se vendió un marrano que tenía en engorda para comprarle unos pantalones. En fin, lo ajuarearon lo mejor posible.

Doña Chipota no se daba tregua al metate, preparando el bastimento. Ya le hacía tacos con frijoles o quesadillas de flor de calabaza o bien de queso. Le arregló unas gorditas con manteca. En fin, que todo su ingenio culinario salió a relucir en la preparación del itacate. Cuando todo estuvo dispuesto, se anunció la salida para la mañana siguiente. Esa noche, al rezar el rosario, se ofrecieron mandas al Santo de su nombre y lo encomendaron a toda la Corte Celestial. La noche se les fue entre abrazos y sollozos.

Por la mañana se dieron el abrazo final; se lloró a moco tendido y hasta Sufrelambre aulló.

Después cuando el sol empezaba a quitarles lo negro a las nubes, cuando éstas se sonrosaron como doncella ruborosa que por primera vez le entra al zorra-trot o fox-trot, y siente que se le arrejunta mucho el bailarín; después, decíamos, en el laberinto del camino, la humilde figura de don Chipote caminaba a paso redoblado, cargando una fenomenal mochila, más llena de gordas que de ropa. Sufrelambre, que no se había decidido a separarse de su amo, le seguía al trote. Largas horas llevaba de caminar y las piernas empezaban a *flaquearle*. ¿Por qué? Porque ensimismado en sus pensamientos y triste aún por lo doloroso de la despedida, no había sentido apetito, pero como Sufrelambre le saltara y lo viera con ojos sumidos, se decidió por tomar un descanso y embutirse algo de lo manufacturado por su adorada consorte. Así, que, como lo pensó lo puso en práctica y haciéndose a un recodo del camino, empezaron amo y perro a embutirse las primeras quesadillas.

El cansancio y el atracón de quesadillas que don Chipote y el fiel Sufrelambre se dieron, motivaron que se sintieran pesados para proseguir caminando y, como además la noche se les daba encima, y había más tiempo que vida, nuestros caminantes se tendieron de largo a largo y se entregaron al sueño, el que no tardó mucho en llegar y amo y perro se hicieron segunda en la roncada.

¿Cuánto tiempo durmieron? ¡Quién sabe! Pero todavía re-

lampagueaban las estrellas cuando don Chipote dio la voz de marcha, por lo que después de estirar sus entumecidos miembros, reanudaron la marcha.

Largos días llevaban don Chipote y su perro de caminar y ni un momento de desmayo se había notado en aquel campesino, que ilusionado por las palabras engañosas del otro engañador, no había titubeado en abandonar su familia; pues pensando en el bienestar de los suyos estaba decidido a arrostrar todo género de sacrificios. Su sueño eran los Estados Unidos y a ellos se acercaba rápido como se lo permitían sus piernas.

Un mes llevaba de su penosa peregrinación. Las huellas de tan terrible caminata se veían a ojo de pájaro en amo y perro, pues, como es natural, el bastimento preparado por doña Chipota no había ajustado para tanto tiempo y como don Chipote no sabía qué tan lejos estaba el sitio a donde iba, una vez terminado el morral de gordas, empezaron las economías, de modo que donde había oportunidad, don Chipote se compraba un montón de tortillas y chiles. Mas como las tortillas se acababan primero, había días que se la pasaban comiendo puro chile, dando por resultado que cuando tenían que tirar la comida digerida, era una de apuros que hasta lágrimas les salían. . .

Un mes cumplían de caminar, decíamos, cuando nuestros caminantes divisaron la torrecita de la iglesia principal de Ciudad Juárez, lo que supo gracias a que otro come-leguas se lo dijo. Cuando don Chipote se cercioró de estar cerca de la frontera, no pudo menos que caer de rodillas y dar gracias al Santo de su nombre por la maravilla que le había hecho. Según él, todos los sacrificios hechos en su larga jornada valían una pura y dos con queso, pues para recompensar sus afanes se encontraba a las puertas del país, donde según le había narrado Pitacio, se barría de oro. Cual viajero que cruzara el desierto y que sediento divisa a los lejos el oasis donde ha de mitigar su sed, don Chipote, no obstante su cansancio e ir atravesando los arenales o médanos que hay antes de llegar a Ciudad Juárez, avivó el paso para llegar, según él, al término de su viaje.

Serían las seis de la tarde cuando don Chipote y el fiel Sufrelambre entraban por las angostas calles de la ciudad fronteriza. Nadie se fijaba en él, pues por más que trajera pintada la mala situación, los habitantes de ese lugar ya estaban impuestos a ver eso y más, porque a Ciudad Juárez es a donde llegan caravanas de braceros que, obligados por la desgracia de nuestro México, emigran de su patria en busca de trabajo.

Don Chipote y su acompañante anduvieron largo tiempo buscando dónde pasar la noche, pero como el pobre no tenía con qué pagar lo bastante y allí la mayoría está influenciada por el dólar, todos cobran oro. Y por esta razón tuvo que irse a pasar la noche en los andenes de la estación ferrocarrilera.

Instalado en su colchonsuelo, teniendo a su lado al can, influenciado por la belleza tibia de la noche, don Chipote empezó a pensar en su chipotesca familia y con todo el amor del padre que se encuentra lejos de sus hijos, envió a éstos su bendición y se quedó dormido.

Capítulo cuatro

Ciudad Juárez, una de las principales aduanas con que cuenta la República Mexicana, es sin disputa uno de los centros de mayor movimiento, pero también uno de los lugares de mayor perversión y es por esto que los americanos, desconocedores del interior de nuestro país, se forman un mal concepto de nosotros. Es allí donde los borrachos que viven en El Paso y que por la leyes prohibicionistas están deseosos de trago, van a calmar su sed. La prostitución que es tan perseguida y castigada en El Paso, ha hecho su cuartel general en Juárez. De modo que allí, si no se encuentran industrias, se hallan cantinas, casas de juego y casas públicas. En esta ciudad fue donde don Chipote pasó la noche, tirado muellamente en las baldosas del andén de la estación. Su sueño había sido de un jalón y no llevaba trazas de despertar y a no ser por el certero puntapié que le proporcionó un "cuico" juarense en el lugar donde carga la retaguardia, con seguro que sigue de frente soñando en sus chipotitos.

Pero al sentir la cariñosa punta de la bota del gendarme, de un brinco se puso en pie mientras Sufrelambre pelaba los dientes al que se permitía tal confianza con su amo.

—¿Guasumara con usted?, porvidios, parece que pagó el cuarto como duerme a pierna tirante —le dijo el malencarado polizonte.

Don Chipote no entendió lo del "guasumara" pero pensó que era el complemento del puntapié y no deseando que se repitiera la broma mientras enrollaba sus cuiltas, le dijo al policía:

—Nada, jefecito; ya me voy.

—Suave, pero píntese o lo largo —contestó el cuico y siguió despertando a la paisanada con igual procedimiento.

Don Chipote no esperó más que amarrar su mochila y pintó, no sólo por el miedo a la cargada, sino también por el hambre que sentía, pues como la noche anterior no había cenado, sus

tripas ya se le pegaban al espinazo. Quiso su buena estrella que sus pasos le condujeran al mercado, por lo que arrimándose a una menudera le pidió un plato y en menos que canta un gallo, don Chipote y su perro compartían de un zancarrón. La menudera pelaba los ojos al ver la voracidad con que los dos arremetían, pero ellos no se fijaban más que en el plato. Cuando terminó tan opíparo banquete, pagó y pidiendo a la menudera le informara por dónde estaba el puente para pasar al otro lado, se levantó y decidido se encaminó a cruzar la línea divisoria.

Desconocedor de las formalidades que hay que cumplir para meterse a los Estados Unidos, don Chipote se coló de rondón frente a la garita mexicana y de allí a la garita gringa, pero al llegar al edificio de la última, uno de los soldados que cuidan el paso lo volvió a aventones, a tiempo que sus oídos volvían a escuchar el "guasumara" y quién sabe qué más, ya que de plano a éste no le entendió ni jota.

No contento el soldado con impedirle el paso, fijándose en lo mugroso que iba don Chipote, lo condujo por el mismo procedimiento al baño que ex profeso ha puesto el gobierno americano para los mexicanos que deseen pasar a su territorio.

Don Chipote no entendió por qué lo trataban así; pero como no podía entender nada de lo que le decían, se dejaba conducir y el pobre, creyendo que el otro entendería, decía:

—Oiga, jefecito, si yo no hago nada. Yo soy Chipote de Jesús María Domínguez. Yo quiero ir a los Estados Unidos, yo. . . yo. . . yo. . .

Y cuando quiso decir el otro yo, se encontró en el cuarto donde otros paisanos se quitaban la ropa para entrar al baño.

Cuando el gringo se fue, don Chipote les preguntó para qué lo habían llevado allí y, mientras todos se reían de su candidez, uno le dijo que era necesario que lo bañaran y desinfectaran su ropa para poder pasar al otro lado.

Don Chipote no esperó más, pues pensó que si esto era toda la dificultad, no valía "cuete" y quitándose la ropa, se quedó en cueros, puso sus garritas en un cajón para la fumigación y se dejó ir al remojo, y allí lo tenéis, gozando de la primera humillación que los gringos obligan a sufrir a los emigrantes mexicanos.

No sabemos cómo se las averiguaría Sufrelambre para en-

trar, pues cuando metieron a su amo lo dejaron fuera, el caso es que cuando menos lo esperaba don Chipote, su fiel compañero compartía con él las delicias del baño.

No fue poca la tarea que tuvo don Chipote para quitarse la mugre que cubría su cuerpo, pues partidario del dicho que dice "La cáscara guarda al palo", pocas eran las remojadas que se había dado y éstas, sólo cuando alguna tormenta lo había cogido en el campo. Sea como sea, él quedó muy satisfecho de haberse tumbado la cáscara y más cuando se figuraba que esto era todo lo que necesitaba para pasar a territorio americano.

Cuando hubo terminado de desinfectarse, pasó a la sala donde se espera la ropa, que puesta al vapor para su fumigación, sale tan planchada como recién salida de la sastrería. Cuando hubo recogido el bulto de su ropa, comenzó a vestirse, pero por su buena suerte sus hilachos se habían encogido tanto con el vapor a que habían sido sometidos, que la ropa quedó como para vestir a uno de sus chipotes. Sin embargo, como no había más, tuvo que ponérselas y ser el hazmerreír de cuantos lo veían.

Don Chipote no dejó de sentirse picado por la burla de que era objeto, pero obligado por las circunstancias, se aguantó y siguió a los bañistas al departamento donde se arreglan los papeles de emigración y se pagan los ocho dólares, cosa que don Chipote no sabía y en consecuencia no llevaba el dinero. Largas horas llevaba de esperar su turno y ya empezaba a impacientarse del soberano plantón, pues desde en la mañana que se había embutido el plato de menudo no había echado nada al agujero del martillo y sus tripas gruñían como diciendo: "A comerse unas con otras".

Cuando llegó su turno, se dejó ir como gato al bofe y allí fueron sus aprietos, pues no entendió nada de lo que le dijeron por lo que hubo que llamar a un intérprete y con su ayuda, supo el empleado que se llamaba Chipote de Jesús María Domínguez, que no sabía leer ni escribir y que no traía con qué pagar.

Aclarado esto, le hicieron saber que no podía pasar por no llenar los requisitos y, señalándole la puerta, le hicieron comprender que estaba estorbando y que se pintara, lo que hizo sin

demora, temeroso de que llamaran al soldado gringo y le propinara otra tanda de aventones.

La tarde empezaba a caer y amo y perro, con la tristeza pintada en el semblante, vagaban por las calles de Ciudad Juárez.

Desconocido y desconocedor de cuanto le rodeaba, no hallaba el pobre a qué santo encomendarse y a dónde dirigir sus pasos. Además, los pocos centavos que traía empezaban a terminarse. Como tenía un hambre devoradora, encaminó sus pasos al mercado y después de haberse atribunado un plato de tripas, del que compartió con Sufrelambre, se encaminó a la Plaza Principal y se aplastó en una de las bancas. Al mismo tiempo un policía le echaba el ojo por desconocido.

Momentos después una banda de música lanzó al aire las notas de una marcha, después siguió el vals "Te volví a ver" y al arrullo de sus notas se quedó dormido don Chipote, mientras que Sufrelambre se ponía chango en previsión de un ataque a su amo.

La serenata terminó, la concurrencia abandonó la Plaza y sólo uno que otro trasnochador cruzaba en dirección al Callejón del Diablo.

Don Chipote seguía lanzando al aire las estrepitosas notas de sus ronquidos y Sufrelambre seguía con el ojo pelón, haciendo guardia al desventurado de su amo.

El reloj de la Aduana marcó las once, las doce, y don Chipote no daba más señales de vida que los acordes de bajo mi bemol que dejaba escapar por la boca y uno que otro por el conducto privado.

Sufrelambre empezaba a inquietarse y lo demostraba con débiles gemidos, pero don Chipote seguía en sus trece, pues el atracón de tripas le había caído tan al pelo, que con seguridad iba a pasar la noche de un jalón.

Y así hubiera sucedido a no ser porque Sufrelambre no aguantó y tiró al aire un aullido con todas las fuerzas de sus perriles pulmones.

Momentos después un policía llamado por el grito del perro despertaba a don Chipote quien más dormido que despierto, no pudo contestar nada satisfactorio para el cuico, por lo que,

atizándole un macanazo, éste lo encaminó con rumbo a la cárcel y, como prueba del delito, llevaba a Sufrelambre.

La distancia entre la Plaza Principal de Ciudad Juárez y la cárcel no es muy grande y como el policía parece que tenía prisa por darle alojamiento a su huésped, lo llevaba a macanazos y aventones, haciendo que al pobre de don Chipote aún no se le quitaba lo atontado del primer garrotazo, cuando le atizaba el segundo, a tiempo que a Sufrelambre le proporcionaba un puntapié en la retaguardia.

Con este procedimiento y la prisa que demostraba el cuico, no habían pasado cinco minutos de tan arriesgada aprehensión, cuando acusado y acusador estaban en presencia del Comisario.

Cuando este funcionario hizo la pregunta de ritual al genízaro, que es más o menos ésta: ¿Por qué viene éste? El guardián del orden público contestó:

—Por borracho cansado y faltas a la policía.

Don Chipote en medio del atontamiento producido por los garrotazos propinados, se dio cuenta de la calumnia de que era objeto y trató de probar su inocencia, mas como le preguntaron quién lo conocía para que diera una fianza por su conducta y no pudiera satisfacer al Comisario, no tuvo más remedio que resignarse y pasar la noche en espera de su sentencia. No obstante, como no hay nadie que no tenga un rasgo de bondad, el Comisario permitió a Sufrelambre que hiciera compañía a su amo en la mazmorra.

La posada no era que digamos muy buena y menos la compañía, pero no había más remedio que aceptarla; de modo que, buscando su rinconcito, se preparó don Chipote a pasar el resto de la noche y darle las tres a las pestilencias que despedían aquellos brigadales.

Cuando la puerta se cerró, don Chipote se dio cuenta de que no iba a pasar la noche solo, pues diseminados por el suelo, había una palomilla de borrachines que se hacían segunda con sus ronquidos, mientras dormían la mona que se habían puesto.

Acomodado lo mejor que pudo y teniendo a su lado a Sufrelambre, se puso a considerar lo que le había pasado. No podía explicarse por qué lo trataban así a él que no le hacía daño a nadie, que nunca había tenido que ver con la autoridad;

de modo que por más conjeturas que se hacía, no hallaba el porqué de las cosas ocurridas.

A las cuatro de la mañana el carcelero vino a cortar sus tristes meditaciones a la vez que el sueño pesado de los borrachentos, pues según la costumbre a esa hora se sacaba a los presos para que hicieran la limpieza de las calles de la ciudad. Una vez formados, les fueron entregando a cada uno una escoba y, custodiados por media docena de cuicos, salieron a cumplir con la orden, y ya en la calle, empezaron la faena.

Don Chipote que ni en sueño había pensado en lo que le pasaba, daba al diablo la venida a los Estados Unidos y empezaba a comprender el engaño de que había sido objeto por parte de Pitacio. Así es que, mientras daba arañazos con la escoba, pensaba que lo mejor era pintar para su rancho en cuanto le dieran libre.

Como a las ocho terminaron la tarea y los volvieron al Hotel Municipal a esperar la calificación y sentencia, pero antes, como una gracia especial permitieron a los crudos que se curaran la cruda en la fuente para que de este modo calmaran sus angustias estomacales. En seguida los pusieron a lavar los excusados, no sin antes haber depositado lo que se habían comido el día anterior, y como dicen que de ver dan ganas, Sufrelambre no tuvo inconveniente en arrojar las tripas ya digeridas que se había comido la noche anterior en compañía de su amo.

Semejante desacato por parte de Sufrelambre tuvo que sufrirlo don Chipote, pues mientras que el perro hacía su necesidad corpórea estomacal, uno de los polizontes le echó la visual y obligó al amo a barrer y lavar el lugar donde descansaba el precioso contenido depositado por Sufrelambre.

Don Chipote no tuvo más remedio que cumplir con lo dispuesto y, aunque volteando la cara, levantó el cuerpo del delito.

Terminada la faena, los llamaron y en ordenada formación fueron introducidos ante la presencia del Juez, pues la hora de la calificación había llegado, por lo que, en menos que canta un gallo, se encontraban en espera del fallo judicial.

Los demás temblaban por la cruda que se cargaban, pero don Chipote temblaba de miedo.

Pasó el primer acusado y, después de las ceremonias de rigor, el juez lo sentenció en esta forma:

—Treinta días a la piedra y sin multa.

El juez, parece que no sabía más que esa canción, pues a todos los *feos* les iba cantando la misma. Cuando llegó el turno a don Chipote ya iba a repetir la misma tonada, pero como era el último, se le subió lo juez y quiso hacer interrogatorio más detallado, así fue que hizo a don Chipote que le contara de cabo a rabo su historia.

Cuando acabó de escuchar la relación, quedó convencido de la desgracia del reo, por lo que juzgó conveniente darlo libre.

Dictada la sentencia, se le entregó lo que la noche anterior le habían recogido, y antes de que se arrepintieran, amo y perro tomaron las de Villadiego.

Capítulo cinco

Como alma que se lleva el diablo salió don Chipote de la cárcel, y por algunas cuerdas no quiso ni voltear para atrás temeroso de que lo persiguieran, mas cuando se creyó seguro se puso a pensar en qué partido tomar, pues todo su capital consistía en una peseta, y como ya se lo llevaba el tren de hambre, no tuvo más remedio que deshacerse de ella para quitarle al estómago la tentación.

Después de arrempujarse un plato de menudo, del que partió a medias con Sufrelambre, decidió buscar trabajo para ganarse algo, ya fuera para regresarse a su rancho o para la pasada. . . Dirigió pues sus pasos a la estación, y llegó con tan buena suerte, que en menos que canta un gallo un paisano que acababa de llegar del interior lo cargó con la petaquilla y los velices.

Don Chipote, extenuado con la mala noche pasada en la cárcel, apenas podía con aquella carga, y ya le daban ganas de tirarla cuando el patrón se detuvo a la puerta de un hotel. Don Chipote ya veía los diablos a puños, pero al ver que ya habían llegado, sacó fuerzas de su flaqueza y entre pujido y pujido trepó la escalera. Después, cuando se hubo desembarazado de aquella carga y que la puso en el lugar que se le indicó, esperó a que la brillaran, cosa que no tardó mucho, pues el patrón le aflojó un tostón, con el que don Chipote quedó deslumbrado, puesto que el pobre no estaba acostumbrado a ganar tanto en un rato, ya que, para ganar la peseta que le pagaban cuando trabajaba en los ranchos, tenía que picarle la parte trasera al buey desde que Dios amanecía hasta que anochecía, así que, con miles de zalamerías para demostrar su agradecimiento se despidió del patrón echándole un sinfín de bendiciones.

Tan agradecido como empicado, salió corriendo en busca de otra liebre, la que no tardó mucho en encontrar, pues en esos días, con motivo de la avenida de agua en el río Bravo se estaban levantando bordes para evitar que la ciudad se inundara, y fue allí donde don Chipote agarró camello.

Seis días llevaba de camellar en las obras de salvamento y en ese tiempo había hecho amistad con sus compañeros, los que, enterados del objeto de su viaje, de que lo habían bañado y devuelto porque no tenía para pagar la inmigración y no saber leer, se encargaron de ponerlo al corriente de las artimañas de que se valen los que no satisfacen los requisitos que la Ley de Inmigración requiere. Uno de ellos hizo más. Esa tarde, cuando salieron del trabajo, lo llevó a casa de uno de los que se ocupan de pasar gente de contrabando.

Después de la presentación expusieron el objeto de su visita, y el *coyote*, dándose tono de lo que todo lo sabe, dijo que eso era pan caliente, que para él lo más fácil era ponerlo al otro lado sin correr el menor peligro y que sólo le cobraría diez dólares, sin cobrarle nada por pasar a Sufrelambre, con lo que quedó arreglado el trato y citado para la noche siguiente.

Don Chipote no cabía de gusto y tarde se le hacía el momento de verse en la tierra donde según le había dicho Pitacio se barría con la escoba.

Otro día, a la hora de comida pidió su tiempo con lo que pagó lo que había pedido prestado para pasarla mientras recibía pago y le quedaron quince pesos.

Empezaba a obscurecer cuando don Chipote se presentó en casa del *coyote* que lo iba a pasar y ahí se encontró con otra caterva de chicanos que, imposibilitados de pasar la línea conforme a la Ley, habían ocurrido a los servicios de aquel pícaro.

Cuando la noche cerró, aquella palomilla, encabezada por el *coyote*, se encaminó a las afueras de la población, con rumbo hacia la "Smelter" de El Paso, Texas. Todos iban guardando el mayor silencio conforme a la recomendación que les había hecho el *coyote*.

Largo tiempo caminaron en esta forma y como todo el que sabe que no obra bien, iban con el corazón que ya se les salía. Don Chipote, que nunca había tenido motivo para esconderse, no sólo sentía que se le salía el corazón, sino que llegó a sentir que sus pantalones se humedecían y no se explicaba por qué le pasaba esto sin su consentimiento.

Sufrelambre aguzaba el olfato pero no ladraba, pues temerosos de que fuera a lanzar algún alarido y los descubrieran, le habían amarrado el hocico con un paño.

Por fin, el *coyote* que guiaba la caravana, dio la voz de alto y la orden de que lo esperaran mientras se acercaba a la orilla para reconocer el terreno. No tardó mucho en volver y les recomendó que se arriscaran los pantalones, hecho lo cual, les dijo que se cayeran muertos con la fierrada y en menos que canta un gallo casi dejó brujas a los pobres paisanos, pero como ya estaban entendidos no hubo ni quien dijera pío.

Después con pasos sigilosos, se acercaron a la orilla y comenzó la pasada. Don Chipote fue el primero en dejarse ir, pues pensó que lo mejor era jugar el todo por el todo, pero el *coyote*, sabedor de que en estas empresas se juega la vida tuvo buen cuidado de ponerse al último. Por buena suerte de aquellos que dejaban su Patria, al silbato de la planta de la luz daba las nueve cuando todos se encontraban en terreno americano.

El Paso, la ciudad americana desde donde el emigrante mexicano puede ver y suspirarle al terruño, el que por desgracia suya y por las ambiciones de nuestros revolucionarios se ve obligado a dejar, es uno de los puestos por donde más se ha des poblado México. En esta población, en donde miles de braceros mexicanos llegan con la esperanza de poner término a la miseria sufrida y en donde tanto político ha encontrado amparo contra las persecuciones del partido triunfante, fue donde se encontró don Chipote en compañía de los otros compatriotas que eran arrojados por la desgracia de no poder vivir en su propia tierra, que engañados por el brillo del dólar, la abandonaban para venir a sufrir más.

Sin necesidad de acuerdo, en cuanto estuvieron de este lado cada quien tomó el rumbo que le parecía y en menos tiempo del que se necesita para contarlos, don Chipote se encontró sin más compañía que el fiel Sufrelambre. Dirigió pues sus pasos hacia el caserío que la colonia mexicana tiene en derredor de la fundición, y como la distancia del río a la línea de los carros eléctricos que hacen el recorrido al centro de El Paso no es mucha, no tardó mucho tiempo en encontrarse allí.

Como la mayoría de los habitantes de la "Smelter" son mexicanos, le fue muy fácil a don Chipote informarse de cuanto necesitaba saber, pues el primer chicano con quien se topó lo puso al tanto de cómo llegar a El Paso y le dio el norte de dónde podía dormir aquella noche.

Don Chipote no esperó más y se fue a la parada de los carros eléctricos, la que, no estando retirada, no tardó mucho en que amo y perro subieran a aquella carreta que se movía sin bueyes y que según él pensaba, la movía el demonio, así es que, por aquello de las dudas hizo la señal de la cruz y esperó a que aquella carreta lo jalara a donde Dios quisiera.

No hacía mucho tiempo que se habían sentado en los *arelapados* asientos en los que, a pesar del temor, se sentía muy tres piedras, cuando otro de los parnas que había pasado con él el río se le acomodó por un lado. En el momento se reconocieron, y como el carro empezara a caminar ellos le dieron vuelo a la sinhueso y se pusieron al corriente de sus proyectos.

Don Chipote, que desde la salida de su casa no había tenido con quien explayarse, le desembuchó todo lo que traía en el costal, y el otro, que se llamaba Policarpo hizo otro tanto.

La llegada del carro a la Plaza de San Jacinto o de los Caimanes, que es como le llaman los chicanos residentes en El Paso, *contó* sus juramentos, así es que, bajándose, se pusieron a torear automóviles para poder ganar la banqueta del edificio Sheldon. No fueron pocos los aprietos en que se vio la trilogía formada por don Chipote, Policarpo y Sufrelambre para escapar de que una carreta con ruedas de hule los hiciera tortilla, pero cuando estuvieron a salvo, según las informaciones recibidas por don Chipote, la emprendieron por la calle del Paso en busca de refugio para pasar la noche.

La atención que iba llamando aquella trinidad no era poca, pues desde lejos se les conocía lo verde, como les llaman a los que están recién desempacados del terrenazo; además, deslumbrados y atontados, los pobres caminaban abriendo todo lo que Dios les había dado de boca. La admiración de estos campesinos crecía por momentos y creían estar soñando al ver semejantes casotas y tan elegantes, ya que, la mejor que habían visto era la del dueño de la hacienda y ésta les parecía un jacal en comparación de los edificios que de tan altos les parecía que se les venían encima; luego, eso de ver las calles tan lisitas y que toda la gente vestía tan a lo *curro*, y sobre todo tanto carretón que corrían sin mulas, eran cosas que no podían caberles y los hacía abrir las quijadas hasta soltar la baba.

Serían las doce de la noche cuando nuestros extranjeros, después de haber cruzado las calles de San Francisco, San

Antonio, Overland, y las numeradas hasta la Sexta, llamaban a la puerta de un edificio que la da de hotel, y pedían posada.

La clientela de ese hotel, o lo que sea, son puros mexicanos que, después de haber camellado los seis meses en el traque regresan a sus patrios lares llevando anudados unos cuantos dólares ahorrados a fuerza de sacrificios.

Con motivo de las leyes prohibicionistas y las restricciones a las mujeres públicas, esa clase de hoteles son el albergue de tales vicios, pues con toda seguridad nunca faltan dos o tres mujeres que en calidad de huéspedes, y en combinación de la dueña o dueño del establecimiento, despluman a los infelices que después de trabajar en los desiertos que cruzan las líneas ferroviarias, no titubean en gastar su dinero con las pérdidas que de un modo o de otro los dejan sin con qué volver a su patria.

En uno de estos hoteles fue donde don Chipote y compañía habían tocado pidiendo posada, no tardando en presentarse la encargada, y conoedora del oficio, a primera vista se dio cuenta de que aquellas vacas eran de las fáciles para ordeñar, así que, con miles de atenciones los hizo entrar.

Don Chipote, que desde que saliera de su casa no había sido objeto de tales atenciones, pensaba para sus adentros que la gallona era el ángel de su guarda, ya que, no obstante su mala presentación, la hotelera casi lo mimaba.

Una vez dentro, la señora les presentó un librote y les dijo que tenían que poner sus nombres, anotar de dónde habían venido y a dónde iban, mas como ni don Chipote ni Policarpo sabían escribir ni una letra, ella, con todo comedimiento hizo el registro y les pidió que en vez de firma pusieran una cruz. Llenados los requisitos los invitó a seguirla para enseñarles el cuarto, y ya en él, les prendió la luz, y deseándoles una buena noche se despidió no sin antes recomendarles que si necesitaban algo la llamaran y en seguida vendría.

El cuarto que les había destinado no era de lo mejor no obstante que les había bajado un *dollar* por cabeza, pues todo el mobiliario consistía en una cama, un espejo roto, una silla, una jarra con agua y como extra un ejército de chinches que se paseaban por la pared en espera de víctimas a quien sacar el alimento cotidiano, pero los viajeros, no contentos con la extra, se pusieron a matarlos. Después, cansados de aquella

carnicería chinchinezca, desataron sus maletas, fumaron un cigarrón y empezaron a quitarse las prendas de vestir con objeto de entregarse al sueño, pues después de las emociones del día sus cuerpos reclamaban reposo.

Como buenos cristianos, no quisieron entregarse al reposo sin antes rezar algo para descanso de su alma y conseguir las bendiciones del cielo, así es que, como tenían *quórum* contando con Sufrelambre, se hincaron y le atoraron al rosario y se lo mandaron de cuerito a cuerito. Luego, sin más ni más a la mimi.

Ya estaban en la cama más para el otro lado que para éste, cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó don Chipote.

—Yo, muchachos —dijo una voz femenina—, abran.

Don Chipote, aunque pobre, tenía ribetes de bien educado, de modo que sabiendo que a las damas nunca se les dice no, se levantó y abrió la puerta para preguntar qué se ofrecía, pero en cuanto abrió un poco, la guapetona se coló dentro sin decir ni agua va. Don Chipote se sorprendió pero no tanto para no contestar el abrazo con que lo saludó la gallona, cosa que hizo a Policarpo levantarse más que de prisa, no precisamente por un abrazo, sino porque la gallona una vez desprendida de don Chipote se sacó del seno una anforita y les invitó a echarse un trago. Don Chipote no era de los que le atorán al tencuarnis, pero como su educación le recomendaba que a las mujeres no hay que decirles no, después de Policarpo se aventó su pajuelazo no sin antes brindar por la pollona. Con seguro que ni Policarpo era de lo bueno para el trago, pues en un dos por tres se empezaron a poner vaciladores y la emprendieron con la cantada en tanto la guapetona repartía sus caricias por partes iguales. Luego, como a don Chipote se le subiera el vino hasta la punta de los pelos de la cabeza, le dijo a Policarpo que silbara “El Abajeño” e invitó a la chula a revalsar. La proposición no tuvo discusión y Policarpo empezó a silbar la melodía pedida y la pareja a darle patadas al piso.

pero en cambio aventaba pura saliva. Don Chipote, por su parte ya no bailaba y sólo arrastraba los pedales, pero no se aflojaba del pescuezo de la gallona, y ésta, entre tanto, sólo esperaba que rodaran diatiro para hacer lo que a día-

rio hacía con los incautos paisanos que se hospedaban en el hotel.

La fiesta siguió todavía por buen rato, y la guapetona empezaba a desesperar de poder vacilarse a la Compañía Chipotesca, cuando de improviso, Policarpo dejó de silbar o de aventar saliva y se dejó caer en la cama. Don Chipote, al ver esto, fue dizque a lavarlo, pero sólo logró caerse sobre él y quedarse también de a seis. La gallona, que sólo esto esperaba para hacer de las suyas, los dejó que agarraran bien el sueño y luego se les dejó ir a las bolsas como gato al bofe y les esculcó hasta lo más oculto, les sacó toda la fierrada que traían y los dejó que durmieran la mona.

Cuando cerró la puerta tras sí, Sufrelambre se arrimó a su amo, y éste, pensando que era la guapetona se lo arrejuntó, lo besó y siguió roncando.

Así, abrazado de Sufrelambre, don Chipote pasó la noche y siguió de frente con el día, pues por los efectos del trago que se había empujado, su sueño era de lo más profundo. En cuanto al de Policarpo, no dejaba nada que desear y jugaba parejas con los ronquidos de don Chipote. Sólo Sufrelambre, que jamás había visto que su amo estuviera con el ojo cerrado después de las cinco de la mañana, se empezaba a inquietar.

Serían más o menos las once de la mañana cuando Policarpo en una volteada que se dio, le dio una bofetada a don Chipote y éste, aunque estaba dormido a todo trazo alcanzó a ver las estrellas y peló el ojo. Todavía entre azul y buenas noches, pero siscado, despertó a Policarpo para pedirle una explicación de su modo de proceder, pero como éste dijera que no sabía de lo que se trataba, y que si algo había hecho era cosa del sueño, pasó a risa el asunto, pero ésta no duró mucho, pues la cruda con sus horrores se empezó a sentir, y entre los dos reales se empacaron la jarra de agua que les habían puesto para que se lavaran.

Don Chipote, que era la primera vez que se ponía pedernal, no entendía el porqué de su inapaciguable sed, pero Policarpo se encargó de explicarle lo que era una cruda, sus efectos y su procedencia, así como la manera de la cura, que según dijo Policarpo sería endilgarse otros tragos para fin de poner al corriente a la barriga. Sin embargo, como todas las cosas tienen su salida, ellos pensaron que lo mejor era salirse del

cuarto y pintar en busca de algo que comer a fin de reponerse para buscar camello y salieron del cuarto.

Ya en la calle, aquella tricomía se puso a buscar dónde recetarse el plato de menudo que, según la receta de Policarpo, era lo mejor para la cruda.

No tardaron mucho en encontrar lo que aquí se conoce por *restaurant*, y que ellos, nomás porque le vieron cortinas para el sol, dijeron que era un agachado. *Restaurant* o agachado, ellos a lo que iban, así es que se colaron y tomaron asiento.

Inmediatamente se les dejó venir un “bolillo” a tomarles la orden, pero no hicieron más que mirarlo, pues ninguno de los dos entendió ni jota; por fortuna de nuestros héroes, en la mesa siguiente estaban “pipiriniando” otros chicanos y éstos ya muscullaban el toquinglis, los que, para sacar del atolladero a don Chipote y Co., hicieron la orden según a lo que se les antojó pedir.

En menos que canta un gallo, y con la prontitud que caracteriza a los meseros que quieren sacar propina, se vio a la compañía chipotesca empujarse una taza de avena, un par de huevos con jamón, y todo el acompañamiento de los almuerzos a la “gringa”. Uno y otro, que pocas veces habían comido huevos y que del jamón no conocían ni el nombre, se sentían los mortales más felices con lo succulento del almuerzo; sin embargo, con todo y lo sabroso del pipirín, a don Chipote se le empezó a hacer un nudo en la garganta al pensar que tal vez sus chipotitos y su vieja estarían con necesidades.

En fin, con todo y sus apuraciones, le arremetió tan recio y tupido al martillo que casi no se acordaba de Sufrelambre, que con los ojos moribundos, esperaba que soltaran alguna cosa. Pronto fue reparada esta falta, pues cuando don Chipote se dio cuenta de que había dejado en la ancla a Sufrelambre, inmediatamente le ordenó su ración de la que el perro dio buena cuenta mientras su amo y Policarpo se fumaban uno de Prince Albert.

Como recordarán, don Chipote había ganado 18 dólares en la camellada que había dado en las obras de salvamento de Ciudad Juárez; recordarán que de éstos pagó tres que le habían prestado para cuando le pagaran, y diez al coyote y uno por el cuarto del hotel; total que le quedaban cuatro. Desgraciadamente para él; también recordarán que la pollona que la noche anterior les había dado los tragos y con ellos un rato de

vacilada, los había desplumado después de que los emborrachó, de modo que, cuando se llegó el momento de pagar el almuerzo se encontraron a obscuras y en el aprieto más apretado de su vida. El mesero no quiso o no pudo entender las disculpas que don Chipote le daba y por poco los manda a la cárcel, si no es que alguien le recomendó al patrón que mejor los pusiera a camellar para que le desquitaran el martillo.

Dicho y hecho, después de echarles una runfla de maltratas en inglés, los empujó a la cocina y los obligó a que lavaran platos, a lo que ellos accedieron de muy buen gusto, temerosos de que el gringo tomara medidas carcelarias; así que sin decir ni pío, se fajaron un hilacho que les dieron y se pusieron a desquitar con el sudor de su frente lo que habían comido.

Capítulo seis

Por gorda que les haya caído la fregada de platos a don Chipote y Policarpo, no pudieron menos que quedar agradecidos de los patrones por haberles dado la oportunidad de salir del aprieto en que se habían encontrado, y más, cuando ya para terminar su tarea les dieron un plato de piltrafas para que comieran y no fueran a tener hambre hasta el siguiente día. En cuanto a Sufrelambre, el día fue de fiesta, pues no recordaba en su perruno recordatorio haber pasado un día tan abundante pues, mientras que su amo estaba entrado en la fregada, él se engullía cuanto desperdicio iba llegando, cosa que al principio le costó uno que otro arañazo que le propinaba el gato que veía en él a un advenedizo que le quitaba el biberón.

El lance que tan buen fin tuvo para la chipotesca compañía terminó cuando los dueños del restaurant se sintieron pagados de las órdenes que nuestros héroes habían engullido en la mañana, así es que, echándoles un *gudbai* para que pintaran, les enseñaron la puerta, y hételos aquí, brujas, harapientos, pero en los Estados Unidos.

Ya en la calle, sin más patrimonio que las bolsas para meter las manos, pensaron la manera de buscar "camello" para lo cual decidieron a parar al primero que pasara a fin de pedirle informes sobre el lugar en que podrían conseguirlo. Y como el que busca halla, pronto detuvieron a un sujeto que por su color parecía mexicano.

Policarpo, un poco más aguillilla, fue el que se animó e hizo la pregunta:

—Oiga, jefecito; dispense su mercé; ¿no quiere decirnos dónde podemos jayar trabajo?

A lo que el interpelado contestó poniendo una cara de desentendido:

—Juát du yu sei? Ai du no tok spanish.

Ni Policarpo ni don Chipote entendieron nada de lo que les dijera ese sujeto, pero no les cabía que aquél, que demostraba a

todas luces su origen, no les entendiera. De cualquier modo, todos escurridos prosiguieron su camino mientras que el que ya no sabía español se burlaba de los pobres compatriotas.

No quiero pasar adelante sin hacer un pequeño estudio de la debilidad de algunos mexicanos que, como el terpelado por Policarpo, nomás cruzan la línea divisora y ya no saben hablar su idioma. Por desgracia, abundan mucho y éstos, que han llegado a Estados Unidos con una mano atrás y otra adelante; que han pasado como todos o la mayoría de los emigrantes mexicanos innumerables vicisitudes, por el hecho de haber recibido de nuestros primos las atenciones que trae el trabajo en los caminos ferrocarrileros y haber aprendido una que otra palabra del idioma yanqui, se olvidan hasta de la parroquia en que les mojaron la chonteca cuando los bautizaron y presumen de gringos, principalmente cuando encuentran paisanos recién desempacados, a quienes les presumen de su sabiduría en el *tok inglis*. Estos tipos, al igual que todos los mexicanos que vienen en busca de trabajo, han recibido de los mayordomos infinidad de vejaciones y han servido de esclavos a los negros que, por tener contentas a las compañías ferrocarrileras, para sostener su hueso los hacen trabajar como si fueran bestias o peor.

Sin embargo, estos mexicanos llegan a engreirse tanto con los "finos" modales con que son tratados, que no son pocos los que llegan a negar a su patria sin más razón que la de haber probado el jamón con huevos, lo que según parece, los hace ser la peor astilla para el bracero mexicano que en busca de un pedazo de pan para su familia ha venido a este país.

¿Podrá haber más maldad que la de estos malditos, que por pasar por gringos, se niegan a hablar su propio idioma reneando hasta del país donde nacieron? Creo que no.

De estos renegados que no son ni agua ni pescados, que no hablan ni español ni inglés, que son, en una palabra, unos ignorantes, es de donde salen los más duros epítetos para nosotros, pues eso de "cholos", "verde" y "zurumato", son cosas suyas para zaherir a los recién llegados de México.

De esta clase de desgraciados era el que detuvieron nuestros héroes para pedirle informes de dónde podrían conseguir trabajo y ya hemos visto el escarnio de que fueron víctimas por su parte.

Escurridos, decíamos, siguieron su camino pensando para

sus adentros con un gringo prieto. Como la cuestión era dónde encontrar chamba, decidieron preguntar una vez más, pero esta vez fue don Chipote quien lo hizo, porque Policarpo se había amoscado un poco con la burla del gringo prieto.

Fue pues don Chipote el que abordó a otro paisano de éstos que, aunque con todos los modales de los que tienen largo tiempo de vivir en los Estados Unidos, no han aprendido sino la manera chusca de hablar.

—Oiga, patrón — dijo don Chipote —, ¿Qué no sabe dónde podríamos jayar qui'acer? Mire que no traímos ni un centavo.

—¡Ah que paisanos! —contestó el otro—; se conoce que están *deatiro* verdes y recién desempacados. Pos si ahí están los reenganches que mandan a todo el que se les para por enfrente. Eso sí, al *traque*, que aquí no hay más para los chicanos. Mire, ahí está aquella Agencia que pide gente para California. No más arrímese y sólo que no quiera no sale.

Policarpo al oír la información que le estaban dando, se le quitó lo amoscado y le dijo al sujeto:

—Oiga, jefecito, ¿por qué no nos hace su mercé el favor de llevarnos a ver si nos dan salida? Su mercé ya conoce aquí y nos puede hacer la caridad de ayudarnos.

El paisano comprendió el apuro de la compañía chipotesca y recordando además los aprietos que él había tenido cuando había venido, se prestó de buena voluntad a llevarlos a la oficina y arreglarles la salida. De modo que diciendo y haciendo cruzaron la bocacalle y se arrimaron a la oficina que pedía gente para California.

Como siempre, se dejó venir el reenganchador como un gato al bofe echándoles la letanía que se saben hasta dormidos: —Pasa paisano, tenemos salidas para todas partes. Treinta y cinco centavos la hora, no le hace para dónde quieras, el Santa Fé o el Sur Pacifico. . . Te llevan y te dan pase a los seis meses.

Existe en las ciudades fronterizas y entre ellas El Paso, cierta clase de gente que son mexicanos y que se ocupan de abusar de la ignorancia de nuestros compatriotas, pues sin ningún escrúpulo se prestan a ser instrumentos de las compañías o terratenientes que, sabedores de que los braceros mexicanos son útiles en todas entidades, ponen estas oficinas de reenganche, empleando en ellas la mayoría de las veces, como jefes o gritones, a mexicanos que se encargan de cargar “verdes” para

el traque o para los campos algodoneros donde la mayoría de la veces son tratados como animales. Estos negreros, que viven de la desgracia del mexicano, nos parecen nuestro ángel de la guarda cuando nos topamos con ellos. Como la mayoría de nosotros cruzamos la frontera sin cinco y sólo con esperanzas, y como estas langostas salen hasta media calle para ofrecernos el trabajo en el cual nos prometen no sólo buen pago y buen trato sino hasta el viaje de regreso, pues ¡caramba! no se puede menos que creer que hay ángeles en la tierra, por lo que echándoles bendiciones, se mete uno y se amarra para lo que le tienen a todos lo chicanos: “pico y pala”

Esto o algo parecido les ha de haber pasado a nuestros cuates al ver que el reenganchador, que sin duda tenía un pedido de camellos, con miles de atenciones los invitaba a pasar para que se inscribieran y con un perico digno de un buen orador, les ofrecía el oro y el moro.

No necesitó mucha saliva para convencer a don Chipote y socio, pues como de eso pedían su limosna, en menos que canta un gallo ya estaban apuntados para la primera salida, sólo que tenían que esperar hasta que se completara el número.

—Eso vale cuete —decía don Chipote al darle las gracias al paisano que los había llevado—, esperaremos. Lo único que pienso es cómo la pasaremos mientras trabajamos, pues no contamos con nada ni para comer.

—No se apure —contestó el otro —, pues mientras que llegan a trabajar y a tener cheque, el “*suplai*” les dará el martillo. No quiero decir con esto que se los dará regalado. No, señores, se les fiará y después se les rebajará de su pago.

—Eso no le hace, su mercé, pues estando como estamos, no hay más que agarrar cántaros de agua a peso —advirtió Policarpo—, y con esto se despidió el paisano, deseándoles felicidades.

Casi en seguida el reenganchador llamó a sus reenganchados para que fueran a entrarle al biberón. Nuestros cuates con la hartada que se habían dado en el restaurant no tenían mucho apetito, pues las sobras que les habían facilitado se las habían embutido temiendo que las cosas se les pusieran color de hormiga en cuanto a lo martillo. No obstante, como a nadie le dan pan que llore, se metieron con el fin de no desairar a su ángel tutelar.

Las compañías ferrocarrileras y el *suplai* están de acuerdo y como las oficinas de reenganches son dependencias de las mismas, resulta que desde que se apuntan para trabajar, tienen por fuerza que comprar al *suplai* y éste, desde ese momento, tiene un cliente forzado, obligado a comprarle su mercancía al precio que se le antoja, con una, la única ventaja, de que les fia para el primer pago. Es esto por lo que los reenganchistas les dan de comer a los que pescan, pues saben que en cuanto empiezan a trabajar, el *suplai* les exprime hasta dejarles en cada pago nomás haciendo la cuenta.

Como lo habían pensado don Chipote y Policarpo sólo olieron el martillo que consistía en galletas de soda y latas de sardinas, de éstas que por viejas ya no tienen salida pero que no obstante dado lo que a veces apremian las tripas, a los paisanos se les hace agua la boca con el manjar.

El que no se aplomó y aprovechó la ración fue Sufrelambre, pues no obstante la barriga que se había puesto en el restaurant, se apalancó todo lo que sus amos despreciaban y que de todos modos tendrían que pagar.

Capítulo siete

Tres días habían pasado desde la fecha en que don chipote y compañía se habían enrolado para entrarle al traque, los mismos que, según ellos, se habían pasado a cuerpo de rey; pues dormían hasta que se les daba la gana y sólo les hacía levantarse el hecho de que las galletas y sardinas endilgadas el día anterior, estuvieran ya digeridas y quisieran salirse del caso, cosa que como el lector sabe, es de primera necesidad a la que hay que atender, o exponerse a una peritonitis.

Nuestros emigrantes como no tenían nada más que hacer que comer y darle gusto al cuerpo, en cuanto sentían los primeros síntomas, no esperaban impuestos a las cosas naturales y no como la gente de sociedad que están obligados a fingir hasta en lo más natural.

Tres días decíamos, llevaban de dormir, comer y cantar cuando el reenganchista anunció la salida para el día siguiente; pues se habían decidido a mandar a los que tuvieran en la jaula debido a que en las secciones los mayordomos estaban escasos de camellos y necesitaban quien "trampara las tallas".

Así pues, notificados, se les advirtió que arreglaran sus mochilas y que si era posible, durmieran vestidos porque el tren salía muy temprano y debían de estar mucho antes para chequear sus bultos.

La noticia fue recibida con más o menos gusto por parte de los enjaulados porque al fin no había más que salir a ganarse la vida y para esto no había más remedio que entrarle al camello. Al que le cayó gorda la noticia fue a don Chipote, pues el reenganchador que no había dicho nada respecto a Sufrelambre, ese día le advirtió que fuera viendo donde dejaba al perrito, porque la compañía no daba boleto sino para los que iban a trabajar.

Don Chipote no contestó nada al reenganchista, pero estaba decidido a cargar con su perro o a renunciar al camello, porque según le dijo después a Policarpo, no era justo que después que

lo había acompañado desde la salida de su casa y habían pasado juntas tantas apuraciones, ahora que la cosa se ponía buena y que iba a empezar con una paseada en tren, lo fuera a dejar nomás porque se le antojaba al vale reenganchador.

Policarpo se puso de plano de parte de don Chipote y se dedicaron a buscar el medio de llevarse a Sufrelambre aunque fuera de contrabando. Esa noche, después de la cena, todos se pusieron conforme a lo ordenado por el reenganchista a hacer sus mochilas y maletas y, mientras que todos estaban ocupados, nuestros cuates se devanaban los sesos para hallar la solución al viaje de Sufrelambre; pero todo era en vano pues no hallaban cómo hacer dobles al perro y sobre todo, en caso de que consiguieran acomodarlo, ¿cómo lograrían que se estuviera quieto y más cuando le dieran ganas de tirar la comida engullida? Sencillamente esto era imposible, por lo que cuando llegó la hora de acostarse a dormir, lo hicieron con la idea de pasar la noche y en la mañana separarse de la danza si es que no admitían a Sufrelambre como sonaja.

Dicen que el tiempo es buen amigo y sabe desengañar, así es que estiraron la pata y se pusieron a roncar, lo que debido a la apuración lograron hacer demasiado tarde.

En cambio Sufrelambre, que era la causa de tanto soponcio, hacía rato que despedía zetas sin importarle cuete que lo llevaran o lo dejaran.

Las cinco de la mañana dio el reloj de la corte y, como si se movieran con la misma cuerda, el reenganchista las dio a gritos para despertar a sus púpiles.

—¡Vamos, arriba, muchachos! que ya es hora. Bueno es que se vayan imponiendo al camello. Ya han tenido bastantes vacaciones, conque prevenirse que a las siete sale el tren.

Al primer grito toda la palomilla se puso en pie y empezaron las carreras. En cuanto a don Chipote se le recrudecieron sus aprietos, pero como la necesidad aguza el ingenio, esperó a que todos hicieran sus mochilas, y como había pescado una idea, ordenó a Policarpo que le hiciera las maletas y que dejara un zarape.

En seguida sacó a Sufrelambre a la calle para darle oportunidad de que evacuara lo que tuviera en reserva. El perro, que sin duda comprendió de qué se trataba, no se hizo del rogar e hizo

lo que pudo; luego volvieron y en un rincón tendió don Chipote el zarape que le había dejado Policarpo. En él vació todas las galletas que habían ahorrado y, como es natural, Sufrelambre se dejó ir al martillo y cuando estuvo en el centro y tragando, don Chipote le envolvió en un tambache.

Sufrelambre no hizo ninguna demostración y como nunca había gozado del privilegio de que lo cargaran en brazos, esto le cayó al pelo y dejó a la bola rodar.

Mientras don Chipote hacía su liacho, Policarpo arregló lo demás, de modo que, cuando el reenganchista dio la voz de marcha, ellos fueron de los primeros en ponerse a la orden.

Para los habitantes de El Paso es cosa corriente ver a cualquier hora del día las peregrinaciones de paisanos que, con sus bultos a cuestras, se dirigen o, más bien dicho, les dirigen a la estación de unión de los ferrocarriles. Para los que hemos pasado por estos trances, es triste y doloroso ser el punto de vista de los transeúntes que, muchas veces hasta burlas tienen para los que, obligados por la necesidad, recurren a las oficinas de reenganche para conseguir trabajo, para enviar algo a sus familias que se han quedado en México.

Pero dejemos estas divagaciones y sigamos a nuestros paisanos que llevan a retaguardia al reenganchista. Caminaban casi con alegría a quién sabe dónde, pues los reenganchistas son los únicos que lo saben y están encargados de ir distribuyendo los camellos en las secciones donde hacen falta.

La peregrinación siguió a lo largo de la calle de El Paso hasta la de San Francisco, siguió luego hasta la estación y dando la vuelta por el exprés, los amontonaron como borregos a esperar que el reenganchista arreglara todo lo concerniente al viaje.

Don Chipote, cuando hicieron alto, dio gracias al cielo, pues aunque Sufrelambre no andaba muy bien de carnes, no por eso dejaba de pesar, de modo que, por liviano que estuviera, a don Chipote ya le daba fiebre con la carguita.

No tardó mucho en volver el reenganchista y, mandóles seguirle, los llevó a la báscula para que pesaran sus bultos, lo que fueron haciendo uno por uno y recibiendo su contraseña. Llegó su turno a don Chipote y, aunque con susto, puso a Sufrelambre en la báscula. Éste por su parte no se movió, pues sin duda la telepatía le hizo saber que don Chipote temblaba

por él. La operación pasó sin novedad pero cuando lo pusieron en el montón para echarlo al carro del exprés, don Chipote pidió que le permitieran llevarlo con él en el carro, alegando que llevaba en el bulto cosas de primera necesidad y cosa rara, sin ninguna dificultad le permitieron que recogiera su bulto. No esperó más don Chipote y con la garganta hecha nudo, recogió el tambachi que formaba su querido acompañante.

Después que el agente del exprés terminó de pesar todo el equipaje de los reenganchados, el reenganchista les dijo que era la hora de subir al tren y, en un carro agregado al tren ordinario, nuestros paisanos se fueron acomodando a tiempo que abrían la boca admirados de ver un cuarto tan largo y con sillas tan bonitas y, lo que es más, tan blanditas.

Cuando todos se acomodaron lo mejor que pudieron, el reenganchista se dejó venir con botes de frijoles, salmón y sardinas y las inseparables galletas, cosas que fue distribuyendo entre todos para que le entraron al martillo, y como ya era hora de hacer este trabajito, se dedicaron con amor y con ganas a dar buena cuenta de los anticipos que papá *suplai* da con ese amor que para sus hijos, los camellos, tiene.

Sufrelambre, que había sido colgado a un lado, en cuanto empezó a oler las sardinas y oír el rechinar de dientes, se puso chango y empezó a relamerse el hocico, pues creyó, con razón, que esta vez iba a estarse como su compañero el perro del carnicero; viendo la carne y... nomás. Con todo, Sufrelambre no contaba con que don Chipote no lo olvidaba, pues en una descuidada de los que podían verlo, le destapó la cabeza y le empezó a dar su biberón. Sufrelambre que de eso pedía su limosna, empezó a apalancarse de lo lindo.

El sonido de la campana y el jalón de la locomotora, hicieron a todos volver a su postura. Don Chipote, que en su vida había sido jalado por más fuerza motriz que la de sus bueyes cuando andaba detrás del arado, soltó un Ave María, se persignó y se puso a rezar el Yo Pecador por el descanso de su alma, pero como los compañeros más aguzados que él, empezaron a hacerle burla, hizo de tripas corazón y además como empezó a sentir muy suave los meneaditos del tren, se animó y sacó la cabeza por la ventanilla y vio que el tren corría dejando tras de sí una serpiente de humo que se perdía a lo lejos.

Ahora, lectores, aquí tienen a don Chipote camino de California.

¿Llegará?

Tú que te has reenganchado dime, ¿le faltará mucho?

Rueda que rueda y pita que pita, el tren que cargaba la palomilla de paisanos que, por una causa o por otra, venían a trabajar a suelo extranjero, venían a dejar sus energías y tal vez su vida en este país; que a pesar de ser religioso y dizque demócrata, o sea el país de la libertad, no deja de tratar al mexicano con la punta del pie; rueda que rueda y pita que pita, decíamos, el tren cruzaba los áridos desiertos de Nuevo México y Arizona.

Después de la salida de El Paso, habían caminado todo el día con rumbo a Albuquerque y, ya en la noche, llegaron a una estación que se llama la Isleta, que está situada poco antes de llegar a la ciudad antes dicha. En esta estación bajaron todos los reenganchados y, como borregos, los hicieron caminar en trecho hasta darles entrada en un jacalón que a propósito tiene papá *suplai*, para darles algo caliente a sus hijos. Alumbrado de mala muerte, casi nomás con las llamas que despedía la fogata donde hervían un perol de frijoles y otro con café o algo que le parecía, estaba el bodegón donde introdujeron a nuestros paisanos, que casi entumidos de venir sentados, les cayó pero tres piedras un rato de estirarse.

La chicanada, que váyale bien o mal, muy rara vez pierde su buen humor, aunque cansados y con hambre, pues no les habían dado martillo desde la mañana, empezaron a vacilar, tomando como tema el cazo de los frijoles que, según todas las posibilidades iban a ser para ellos.

¿Y don Chipote y Policarpo? ¿qué había sido de ellos? ¿Por qué no se veían por allí?

Muy sencillo, conocedores de las debilidades humanas y tomando en cuenta los apuros que traería Sufrelambre, que, a pesar de lo incómodo de su viaje, no había dado guerra, en cuanto vieron oportunidad salieron para espaldas del jacalón

y, desatando el tambachi dejaron al perro que hiciera lo que pudiera y quisiera. Éste, que sólo esperaba una oportunidad para poder, puesto que querer hacía algunas horas que quería, en cuanto se vio libre, sin tomar en cuenta la presencia de su amo, ni ponerse colorado, hizo todo lo que pudo, que no ha de haber sido poco, si se toma en cuenta los atracones de galletas que de algunos días acá se venía dando. Alguna vez, lector amigo, has tenido atravesado algún eructo y cuando has logrado echarlo fuera, ¿qué tan satisfecho te has sentido? Pues ya puedes imaginarte qué tan a gusto se sentiría Sufrelambre después de haber evacuado la plaza. Cuando hubo pasado este incidente de tanta trascendencia para Sufrelambre, don Chipote volvió a extender el zarape e invitó al perro a que pasara a su escondrijo, cosa que éste, aunque de mala gana y con alguna repugnancia, aceptó, ya que no había más que dos sopas, fideos o ... quedarse abandonado.

En seguida regresaron al jacalón a tiempo que el reenganchista, cuchara en mano, repartía platos de frijoles y cajas de galletas a sus pupilos; de modo que, recibida su ración, empezaron a engullirse sus hijitos el platillo mexicano, que dicho sea de paso, se les hizo de los cielos por el hambre que traían, aun cuando tales frijoles estaban nomás remojados y bien se podían usar como proyectiles en caso de pleito, a falta de piedras. De todos modos como con hambre no hay mal pan, y a falta de éste buenas son las semillas, nuestros héroes arremetieron con desnudo a sus enemigos y sin andar con mucha delicadeza, en menos tiempo del que se necesita para contarlos, se encontraron los calamacos en sus estómagos y se quedaron los paisanos harpiando. Afortunadamente el perol tenía bastantes y, a invitación del reenganchista, doblaron la ración. Después, en una taza de peltre que a las claras decía no haber sido lavada desde que era taza, les empezaron a dar una solución de humo de ocote o maíz quemado que dizque era café. Pero sea lo que fuere nuestros cuates le apechugaron de lo lindo, porque harta falta les hacía algo que les calentara la pechuga. Así es que, entre quemada y quemada, sacaron a relucir los botes del tabaco del Prince Albert, Tuxedo y costales del Toro y, por vía de sobremesa, la emprendieron a chupetes.

Como es natural, a barriga llena corazón contento y más si se refina con humo, pronto la empezaron a dar por contarse

sus procedencias y familiares y ya empezaban a irse muy profundo en las dinastías, cuando el pitazo del tren que venía del Este, les hizo ponerse en pie y a la orden, pues el reenganchista, al igual que el pito, había dado la orden de prepararse pues, según dijo, ése era el tren que había que tomar para seguir a California.

La borregada salió y en ordenada formación esperó a que el convoy se detuviera para abordarlo, cosa que no tardó mucho, pues el monstruo de hierro se acercaba a todo vapor.

Cuando sus frenos crujieron a impulsos del aire, toda la bulichada se dejó ir como gato al bofe, atropellándose a nuestro modo por ganar el mejor asiento.

Sólo don Chipote y socio esperaron a que pasara la bola, pues temían y con razón, que en uno de tantos empujones Sufrelambre fuera a gritar y les agriara el atole.

Cuando todos los parnas subieron y la entrada estuvo de modo, nuestros cuates abordaron el carro y, gracias a aquello de que para todos hay como no arrebatan, alcanzaron asiento. Apenas se habían acomodado cuando la campana de la locomotora contestó al "All aboard" del conductor y el convoy se puso en movimiento.

Pronto el tren tomó velocidad y corre que corre, empezó a cruzar los áridos terrenos del estado de Nuevo México y nuestros compatriotas, animados y confortados por la suculenta cena y el descanso que habían dado a las sentaderas, dieron suelta a la alegría que acompaña a todas partes a los mexicanos, y como nunca falta quien le entre a la canta y, entre reenganchados, quien rasguñe la guitarra, pronto se escuchó el afinar de cuerdas, a lo que siguieron los acordes del tono de sol mayor. Pasados los registros que echa por delante el que pulsa una guitarra, el guitarrista dijo:

—¡Vamos! ¿Quién la suelta?

Como allí no había señoritas para que costeara hacerse del rogar, la mayoría contestó:

—Ahí te va.

Como era imposible que el músico les diera batería a todos al mismo tiempo, se decidió que de dos en dos tomaran la palabra para que se hicieran segunda y con un "Vóitelas con carbonato" y un "dale vuelta que se te quema", el primer dueto la emprendió con la siguiente:

“Si supieras, chaparrita, cuanto te amoooo porque tú eres el bien de mi vidaaaaa, chaparrita, tú serás la consentidaaa Ándalee, ándaleeee, correspóndele a mi amor.”

Una vez repetida la anterior, conforme se estila, siguieron con lo más sentimental.

“¿Para qué quierooooo amores que sean fingidoooooooooos? Chaparrita, todas las noches te sueñooooooooo ándale, ándaleeeeeee correspóndele a mi amoooooor.”

Cuando terminaron, el entusiasmo se desbordó y hubo aplausos y chocar de manos para los cantantes. En seguida con el permiso de la asamblea, tomaron el lugar otros cuates y soltaron la siguiente:

“Cuando el zenzontle vengaaaaa venga niña a cantaaaaaar, déjaleeeeeee, vida mía, que acabe de cantaaaaaar, déjaleee, vida míííííí, que acabe de cantaaaaaar. Son las treeeees, vida míaaaaa, y no sales a veeeeeeeeerme, ¿cuánto diera por verte y estar cerca de tííííí? Son las treeeees, vida mía . . .”

Y son las tres y son las tres, y . . . como no sabían más o se les había olvidado, como era de esperarse, se dejaron oír los aplausos y las felicitaciones y, como de por sí somos medio románticos y la canción había despertado el recuerdo de pasados amoríos, vino la repetición con lo que quedaron muy satisfechos cantantes y oyentes.

La alegría aumentaba y a éstos lo sustituyeron otros y otros a éstos. A cual más hacía gala de sus aullidos al interpretar las canciones del terruño.

Cuando toda la compañía hubo prestado sus servicios en calidad de público y cantante y no faltaba por desfilarse más que don Chipote y Policarpo, se les hizo la previa invitación y éstos, que se habían contagiado con la alegría de sus camara-

das, aceptaron hacer oír su maravillosa voz y, sin muchos preámbulos, como corresponde a la gente sin pretensiones, rasparon el galillo, tosieron y echaron fuera lo raspado y se pusieron de acuerdo sobre lo que iban a cantar y soltaron al aire lo siguiente:

“Señores, les contaré de todos los animales que les vi tejer huacales con un tejido de hilachas cuatro palomas rascuachas pelándome tantos dientes los tenían tan relucientes que parecían de marfil, les conté más de dos mil aparte de los colmillos los pericos amarillos regañando a los coyotes también vi cocer camotes a una triste cucaracha y vide agarrar su hacha a un perro sin dilación, también vide a un abejón unciendo dos jabalines, y era un sapo con botines que iba a montar a caballo, y vide pelear un gallo con un torito barcino, también vide beber vino a un grillito en la taberna, también vide una mancuerna de un gato con un caimán y a un pobrecito faisán descargando su escopeta, a una borrega prieta con su coco bien partido, con su coco bien partidooooooooo. . .”

El éxito alcanzado por don Chipote y Policarpo, no puede compararse con el autor de Sangre Yaqui, de modo que dando vuelta al ruedo se les pidió que hicieran una vez más gala de su maravillosa voz.

Iban a empezar a repetir tan hermosa composición, cuando Sufrelambre, que había escuchado las tristísimas notas de su amo, no pudo aguantar la gana y lanzó al aire un do de pecho, lo que puso en movimiento a todos los camaradas y principalmente al reenganchista.

Inmediatamente todos se pusieron a buscar a la persona que había lanzado tan triste lamento, pues debido a las precauciones tomadas por don Chipote, lo que menos se figuraban era que Sufrelambre fuera haciéndole compañía en la peregrinación.

Don Chipote y Policarpo no hacían más que pelar los ojos y ponerse cenizos, esperando que de un momento a otro descubriesen a su fiel amigo, lo que no tardó mucho en suceder, pues Sufrelambre que sin duda se había enfadado de pasar desapercibido, y quería que se le tomara en cuenta en la reunión, lanzó por segunda vez la nota discordante, con lo que tuvieron los que indagaban la procedencia del lamento, para dejarse ir derecho al tambache.

Descolgarlo, desamarrarlo y poner a la vista a Sufrelambre, fue cuestión de un abrir y cerrar de ojo. El asombro fue general y, como era de esperarse, el reenganchista comenzó a darle suelta al diccionario infernal, cosa que al perro le importó un cacahuete y, moviendo el rabo, se dejó ir hasta donde estaba don Chipote y empezó a hacerle dengues.

Don Chipote ni veía ni oía del apuro en que lo había puesto su fiel can. En cuanto al reenganchista, muy pronto dio solución al asunto, y hecho un energúmeno, decidió jondear de la cola a Sufrelambre y tirarlo por una ventanilla. Ya iba a poner en práctica su resolución y lo hubiera hecho, a no ser por los reenganchados que en masa protestaron y le dijeron que si tal cosa hacía, por el mismo camino saldría él. El vale reenganchista no tuvo más remedio que doblar las manos ante la simpatía que había despertado el perro entre aquella gente, por lo que, haciendo de tripas corazón, puso cara risueña, le hizo unos cariños al perro y dijo que todo había sido una broma, con lo que se salvó el ilustre acompañante de don Chipote.

Capítulo ocho

Serían las ocho de la noche cuando el tren se detuvo para dejar la primera remesa de paisanos destinados al traque y, como el reenganchista no había perdonado a Sufrelambre, en la primera oportunidad se decidió a deshacerse de él, de modo que llamando a don Chipote y compañía y dos más de los defensores del perro, les dijo que tomaran sus chivas y que bajaran, que ya habían llegado a la sección donde tenían que quedarse. Como no había tiempo que perder pronto se alistaron, con una mirada se despidieron de sus compañeros de viaje y se bajaron. Inmediatamente el tren se puso en movimiento y no tardó mucho en perderse de vista, mientras don Chipote y sus cuates abrían la boca buscando a dónde dirigirse.

Como el mayordomo de la sección ya se hallaba enterado de la remesa, en cuanto vio desde su casa la llegada del tren, se dirigió a la pequeña estación a recoger a los nuevos pupilos. Luego que los vio se dio a conocer a ellos por medio de señas y en inglés y una que otra palabra en español y como pudo, les hizo entender que era el *boss* y que lo siguieran para llevarlos a los cuartos de la sección.

No se hicieron mucho del rogar y uno tras otro siguieron a su *boss*.

La sección estaba casi enfrente, de modo que muy pronto se encontraron instalados de dos en dos en cada cuarto, con lo que el mayordomo se fue.

Los paisanos que había en la sección en seguida fueron a visitar a sus nuevos compañeros, a la vez que a ponerlos changos en todo lo que había que hacer. Además les llevaron la cena y les prestaron con qué se alumbraran.

Mientras la trilogía chipotesca engullía lo que les habían llevado las visitas, les preguntaron cómo estaba México, si ya se componía y en fin todas las preguntas que se hacen a los que sabe uno que acaban de llegar del terruño.

Nuestros protagonistas contestaban lo poco que sabían,

procurando hacerse simpáticos a los que tan amablemente los habían recibido.

Largo tiempo charlaron y ya como a las diez se despidieron sus visitantes recomendándoles que con la provisión que les habían dejado, hicieran sus lonches para entrar por la mañana al trabajo, porque al "viejo", como le decían al mayordomo, no le gustaba que nadie se quedara sin salir a trabajar.

En seguida nuestros amigos dieron trazas de prender la estufa y preparar todo lo demás para hacerse el lonche o bastimento.

Mientras Policarpo puso a cocer los frijoles en un bote, don Chipote se lavó las manos y se puso a amasar para hacer tortillas. Como en su vida le había entrado al amasijo, pronto se embarró de harina hasta las cejas y la masa quedó como para hacer atole.

Vino en su ayuda Policarpo y, entre los dos y más harina, lograron poner la masa en condiciones de tortearse, lo que en seguida empezaron a hacer, sólo que querían tortearlas como si fueran de maíz, es decir, a palmadas. Como no les dio resultado el procedimiento, procedieron a hacerlas como buñuelos y obtuvieron mejor éxito. En estos casos el genio ayuda, se pusieron aguzados y, con una botella, acabaron por hacer unas gordas como huaraches, a las que después de darles el punto vieron que estaban comibles y les importó un cohete la forma, por lo que siguieron laborando.

Mientras esto hacían, don Chipote, que no obstante las muchas peripecias, no se le olvidaba su Chipota y sus chipotitos, con esto tuvo para acordarse más y se figuraba verse rodeado de sus chamacos y a doña Chipota de rodillas ante el metate echando calientes, mientras él les hacía "chucos" con sal a los escuincles, a tiempo que se empujaba la que iba saliendo. Una quemada al poner la tortilla en la estufa lo sacó de su sueño y volvió a la realidad y siguió dale que dale a hacer su estreno en el traque o "minita".

La quemada hizo que don Chipote se pusiera chango y para acabar el resto de las gordas que le quedaban por hacer, puso sus cinco sentidos, mientras los frijoles retozaban en el bote y empezaban a ponerse colorados, señal de que no tardarían en ponerse en punto de masticarse.

Para los que en México nunca han atizado una olla y vienen

a Estados Unidos, la cuestión culinaria es la primera que les hace sufrir, pues en el trabajo del traque, cada uno tiene que hacer su martillo o quedarse sin comer; pues no hay más cera que la que arde, y como el estómago no sabe de etiquetas, no hay más remedio que hacer su biberón. Como en México la mayoría de los hombres nos atenemos a las viejas nomás porque somos hombres resulta que aquí en el destierro, donde no tenemos quién nos haga las cosas, primero tenemos que llorar por la humareda.

A don Chipote, aunque ranchero, le había pasado algo por el estilo, pues en su casa estaba acostumbrado nomás a ro-dearse al comal, no obstante lo cual, como la necesidad tiene cara de hereje, mal que bien estaba llenando su cometido.

Ya hacía rato que habían acabado de hacer sus huaraches o tortillas, según ellos, y sólo los frijoles los tenían en pie; por lo que Policarpo dándoles el visto bueno, opinó que era tiempo de tirarse boca arriba y, sin más ni más, soplaron el suelo, tendieron lo que traían que tender y se entregaron a hacerle segunda a Sufrelambre, que desde que habían llegado se encontraba roncando como un bendito.

Desvelados y cansados por la caminata, durmieron de un tirón las horas que quedaban de la noche y hubieran seguido a no ser por los golpes que en la puerta estaba dando el boss, a la vez que les llamaba para que entraran al camello, y como los pobres no despertaban a los primeros, el mayordomo, con toda cortesía acompañada de *jeles* y *godemes*, redobló las llamadas, con lo que nuestros paisanos, creyendo que se caía la casa, se levantaron y dándose cuenta de lo que se trataba, pronto se pusieron a la orden, envolvieron unos tacos con frijoles y se presentaron listos para empezar la faena traqueril.

Entretanto, sus compañeros ya estaban en la casa de carruchas o *puchicarros*, echando la herramienta, de modo que cuando llegaron, ya sólo ayudaron a echar la carretilla a la vía o traque.

El viejo se desató en habladas contra ellos, pero como todo lo decía en inglés, ellos lo oyeron como quien oye llover y no se moja; además de que, como nuevos y "verdes", no les quedaba más remedio que aguantar la tormenta.

Cuando todo estuvo listo, la carrucha arriba, los picos, las palas, *yaques*, *clobarras*, *renches*, en fin, todo lo necesario en su

lugar, el viejo dio la orden de partida y cada quien tomó su puesto; tocándole a don Chipote y a Policarpo en el bambilete que, a fuerza de darle para arriba y para abajo, hace andar la carretilla.

Con frío se habían levantado nuestros cuates, pero con el ejercicio del sube y baja, pronto empezaron a sudar y a sacar la lengua.

Dale que dale, la carretilla rodaba mientras que el viejo iba echando agua a la vía, buscando el lugar donde poner a sus camellos a "levantar" o a cambiar "tallas" o sean los durmientes. Por fin, donde se le hizo bueno, dio la orden de alto, bajaron la herramienta, sacaron la carruda y se pusieron a esperar a que el viejo se levantara, pues tirado de barriga, echábale ojo a los rieles. Por fin se levantó, mandó armarse a la gente y los distribuyó, a unos a los *yaques*, a otros listos para "trampar las tallas", a unos a sacar una talla vieja y meter una nueva. Tanto don Chipote como Policarpo fueron destinados a esto último, de modo que pico en mano empezaron la camellada.

Pocos picazos habían dado cuando divisaron a Sufrelambre que, lengua fuera y a todo correr, se acercaba a ellos. El pobre perro había salido junto con ellos, pero pronto se quedó atrás. No obstante había seguido tras de sus amos con la seguridad de alcanzarles, cosa en que no se había equivocado, pues a los pocos momentos de que lo habían divisado estaba al lado de don Chipote haciendo dengues y meneando la cola.

Don Chipote le hizo una caricia y siguió dándole vuelo al pico, por lo que Sufrelambre, que con la carrera había llegado con sed, en cuanto vio la barrica de agua, se dejó ir y engulló a sus anchas hasta calmar su calor.

Estaba relamiéndose el hocico, cuando el mayordomo que lo había visto, le atizó una patada en el puro centro, luego preguntó de quién era el perro y, haciéndose presente don Chipote, lo mandó con cajas destempladas hasta la sección a que trajera más agua para pagar el delito cometido por su fiel can.

Como recordará el lector, no era ésa la primera vez que don Chipote tenía que pagar por las hechuras de Sufrelambre, de modo que a buen trote se volvió a la sección a llenar la barrica y volver a seguir entrándole a la faena.

Por el camino iba pensando en el tiempo que hacía que no veía a sus familiares y se hacía cruces para poder comunicarles lo que le había sucedido desde que los había dejado, pues aunque tenía confianza en Pitacio, sabía que nadie como él, podía cuidar a sus chipotitos. Como quiera que fuera, estaba decidido a comunicarse con ellos. Pero ¿cómo, si no sabía leer ni escribir? Pues buscaría entre los compañeros alguno que le hiciera el favor; lo esencial era no dejar pasar más el tiempo sin saber de su familia.

Cavilando nuestro hombre en la carta, llegó a la sección, llenó la barrica y, después de limpiarse el sudor y dar una resollada, emprendió el regreso.

Cansado llegó don Chipote al lugar donde estaban sus compañeros, con la barrica en el lomo, y el mayordomo, compadecido de él, le dio el pico para que descansara, sin tomar en cuenta que el pobre venía rendido después de cargar por más de una milla con la barrica de agua.

Estas consideraciones para los pobres que trabajan en campos y secciones, son cosas que por comunes no hay quien las tome en cuenta y como, además, en estos trabajos el mayordomo es el amo negrero de los infieles mexicanos que tiene a sus órdenes, le importan muy poco los sufrimientos de éstos, con tal de tener grata a la compañía que los ocupa.

El que esto escribe que, en época no muy lejana, al igual que la mayoría de los que vienen de México, tuvo que meterle al famoso traque, se dio cuenta exacta de los abusos que los mayordomos cometen con los trabajadores, pues en una ocasión el mayordomo, nomás porque lo era, se le puso que entre otros dos paisanos y el que escribe, habían de poner un *switch* o cambio en la vía recta en media hora que faltaba para que pasara el tren de pasajeros. Tómese en cuenta que había que cortar los rieles y subir el "sapo" o parte principal de estos *switches* desde abajo del terraplén. Los que conocen este trabajo saben perfectamente que en media hora es imposible hacerlo, menos con tres hombres. Con todo y esto, aquel mayordomo nos hizo sacar la lengua, trabajándonos a lo desesperado, sin haber logrado hacer el trabajo, pues el tren llegó y hubo necesidad de arreglar momentáneamente para que pasara.

Después de esto el mayordomo nos empezó a regañar de una

manera tan soez que, no pudiendo soportar más sus insultos le contesté, me dio un golpe que contesté con otro, y ¡a volar! perdiendo hasta el tiempo trabajado. Casos por el estilo pasan a diario en las secciones y no son pocos los mayordomos que hasta han matado a mexicanos, quedando tales crímenes sin castigo; así como ha habido mexicanos que han despachado a mayordomos con un recado para el Padre Eterno. Por supuesto que cuando el camello del traque se decide a comerse un mayordomo, es porque éste ya le colmó el plato con sus abusos.

Un mayordomo de esos maloras le había tocado a nuestro héroe, pues por la consideración que le había mostrado al verlo llegar rendido, se puede ver lo amable que era.

Don Chipote que no era de darlas ni de tomarlas y que además sabía que había ido a trabajar, tomó su herramienta y siguió dándole piquetes a la tierra.

El día se pasó sin más incidentes, de modo que a las cuatro y treinta de la tarde, el mayordomo dio la voz de alto, mandó poner los fierros en la carretilla y emprenderla para la sección. Tras la soba que les había dado el mayordomo, todos le sacaban a darle al sube y baja, por lo que unos de un modo y otros de otro, iban dejando el lugarcito. Sólo don Chipote y Policarpo, los más "verdes", se dejaron ir derecho a las palancas, pues como ellos le habían dado en la mañana por orden del mayordomo, creyeron que a ellos les seguía tocando, por lo que sin decir pío, empuñaron su bambilete y a darle que es mole de olla.

La esperanza de llegar pronto y ponerse a descansar los hacía darle con todas las fuerzas que les quedaban después de la friega del día; así que muy pronto llegaron a la casa de carruchas. Entre todos metieron la carretilla, alzaron la herramienta y volados se dejaron ir a sus respectivos cuartuchos en busca del descanso que tanto necesitaban.

Tan bien servidos habían salido don Chipote y Policarpo que ni ganas tenían de hacer cena y por buen rato se estuvieron tirados boca arriba, sin hablarse, pues ni de eso tenían ganas. Sólo don Chipote en su interior se acordaba de las delicias que Pitacio le había contado que por acá se gozaban pensando en que para él, desde el momento de salir de su casa, no había tenido sino sufrimientos.

De un modo o de otro, la plancha que se había tirado por el momento no tenía remedio y sabedor del dicho que dice "Si tu mal tiene remedio para qué te apuras y si no lo tiene, lo mismo", vino a la cuenta de que lo que convenía era levantarse y preparar la cena y el lonche para el día siguiente. Policarpo lo secundó en seguida, pues, según dijo, las tripas ya se le pegaban al espinazo.

En menos tiempo del que se necesita para contenerlo, don Chipote se lavó las manos, se levantó las mangas de la camisa y le entró a la clase de amasijo.

Naturalmente esta vez, con la práctica del día anterior, estuvo más atinado en sus menjurjes y pronto la bola de masa estuvo lista para pasarla al procedimiento del palote o botella, que era lo que ellos tenían para suplir a éste.

Mientras don Chipote estuvo preparando lo anterior, Policarpo limpió los frijoles, arregló la olla y cuando iba a prender la estufa, se encontró con que no tenían leña partida.

Como no había más remedio que partir leña y encontrándose sin ganas para entrarle al hacha hizo convenir a don Chipote para que él lo hiciera, diciéndole que mientras él iba a barrer el cuarto y a sacudir y a tender la cama o lo que tenían para dormir.

Don Chipote, que no tenía la mala costumbre de replicar, salió a la *yarda*, empuñó el hacha y, más a fuerzas que con ganas, empezó a meterle hachazos a una talla.

En cuanto tuvo bastante para el gasto de esa noche, paró la obra, o mejor dicho tiró el hacha, y haciendo una brazada se dejó ir a prender fuego a la estufa; pues también a él, en su barriga, las grandes se querían comer a las chicas.

Pronto la estufa empezó a echar humo y los platillos a ponerse rojos. El amigo Policarpo puso la olla y ésta no tardó mucho en empezar a hacer gorgoritos. Entretanto don Chipote, botella en mano, estaba dale que dale aplastando las bolas de masa, mientras que Sufrelambre veía con sentimiento que a su amo no se le caía ni una al suelo, no obstante que hasta se chupaba los dedos por la quemada que se daba. Por fin, cuando la última gorda pasó por la estufa y de ahí al montón, se compadeció de él y se la ofreció con toda cortesía, creyendo sin duda que se la despreciaría; pero el perro con toda cortesía,

lejos de hacer esa *majadería* con su amo, se dejó ir con tantas ganas que si se descuida le masca la mano.

Estaba don Chipote admirando el apetito de su fiel perro, cuando Policarpo le llamó la atención, diciéndole que la provisión se les estaba acabando y, conforme se los había explicado el mayordomo, tenía que hacer una orden para mandarla por su conducto a Niles que era donde había tienda del *suplai*. Don Chipote decidió que después de cenar, irían a ver a alguno de los compañeros para que les hiciera la orden y, de paso, pedirle por favor que le hiciera la carta que quería enviarle a su familia.

Policarpo quedó conforme y como ya no aguantaba el hambre, se dejó ir a tantear los frijoles, pero éstos, para su tormento, todavía estaban buenos como para pelear.

Ante tal decepción, don Chipote no esperó más y, dándole otra gorda a Sufrelambre, empezó a hacer tacos de sal y embutírselos con tal rapidez que Policarpo, temeroso de quedarse sin parte, lo secundó en la destrucción de aquel montón de gordas sancochadas.

Tan fuerte fue el ataque de aquellos valientes al enemigo, que muy pronto no quedó ni rastro de él, y nuestros héroes se sentían con valor para destrozarse a otro enemigo igual o más grande, pues sentían en su interior espacio más que regular.

Como ni uno ni otro tenían ganas de hacerlo, sino de comerlo, decidieron llenar lo que les faltaba con agua y así lo hicieron, sentándose en seguida a reposar tan suculenta cena.

Pesado les había caído el atracón que se habían dado y en la reposada ya se andaban quedando dormidos, cuando don Chipote se acordó de que no tenían provisión y tenían que buscar quién les hiciera la orden. Ante el temor de quedarse otro día sin biberón, Policarpo se levantó y aquellos dos infelices que no sabían ni poner su nombre, fueron a buscar quién les hiciera el favor de escribirles unas cuantas letras para pedir su provisión.

Por suerte para ellos, el primer paisano que vieron y de quien solicitaron el favor, se prestó en seguida y les ofreció que cuantas veces necesitaran de sus servicios, él estaba listo para prestárselos.

Encantado quedó don Chipote de la bondad del paisano por lo que le rogó le hiciera la carta para su familia, cosa que el

interpelado aceptó de buena gana y tomando el papel y lápiz esperó a que le dictaran la orden para el *suplai*.

Don Chipote y Policarpo nomás pelaban los ojos, pues no sabían ni que encargar, hasta que el paisano les fue preguntando.

—¿Quieren harina?

—Sí, señor, si nos hace favor —contestó don Chipote.

—¿Qué más? —preguntó el escribano.

—¿Pos qué más se le hace bueno a su mercé? —contestó Policarpo.

—¿Tienen frijoles? —les volvió a interrogar.

—Sí, señor, pero son los últimos y los tenemos en la olla, ya les pusimos sal, pero como ya teníamos mucha hambre, pues nos comimos las tortillas puras.

El paisano que les hacía la orden no era una lumbrera, pero no dejó de reirse con la candidez de aquellos hombres y lo que hizo fue decirles:

—Bueno, les apuntaré frijoles.

—Pos si quiere y nos hace favor —dijeron a una voz don Chipote y Policarpo.

—Sigan ustedes —agregó el escribiente.

—¿Que más será bueno? —le preguntaron los cuatezones.

—¿Ustedes fuman? —les preguntó el de la lista.

—Sí, señor —contestaron.

—Bueno, les apuntaré tabaco, mechas y papel, y ¿qué más?

—Pos la verdá, señor —dijo don Chipote—, como no sabemos nada de lo que se come y si nos lo mandarán, ai si usted nos hace favor, ponga lo que quiera.

La luminosa idea de Don Chipote fue apoyada por Policarpo, así es que el paisano, haciendo uso de las facultades concedidas, puso en la lista lo creyó él que necesitaban. Terminada la lista se la leyó de cuerito a cuerito, mientras la compañía chipotesca alababa y reconocía la inteligencia del escribidor por haberles atinado todo lo que ellos querían.

Cuando acabó la lectura, nuestros cuates no hallaban cómo demostrarle su agradecimiento. En cuanto al paisano, se limitó a decirles que se la llevaran al mayordomo para que la mandara esa misma noche, a ver si era posible que les llegara la provisión otro día.

Don Chipote comisionó a Policarpo para el asunto y se

quedó para pedirle al paisano que le hiciera la carta que quería mandarle a su inolvidable Chipota.

Policarpo se fue a cumplir su comisión y don Chipote se quedó retorciéndose las manos, pues no hallaba cómo decirle al amigo letrado que le hiciera ese otro favor. Por fin, como no quería despreciar la oportunidad, le dijo:

—Oiga, señor, ya que tan bueno es para escribir, ¿por qué no me hace la mercé de hacerme una carta para mandarla a mi casa?

—Con mucho gusto —contestó el otro—. Usted me va diciendo lo que le ponga.

—Ande pues, que algún día se lo pagaré.

El paisano abrió su cuaderno de papel, afiló la punta del lápiz en el suelo y se puso a esperar el dictado de don Chipote, que fue lo siguiente:

“Mi güena Chipota”:

—Espéreme —interrumpió el maestro del lápiz—. Déjeme poner el encabezado. —Y diciendo y haciendo, lo planteó de esta manera:

“Peach Spring, Arizona, noviembre 3 de 1924”

“Mi güena Chipota:”

Terminado esto le dijo:

—Ahora sí. ¿Qué más le pongo?

—“Mi güena Chipota— repitió don Chipote.

—Eso ya lo puse —le contestó el señor del lápiz.

—No le hace —dijo don Chipote—, así verá que me acuerdo mucho de ella.

El paisano le hizo el gusto y siguió dándole vuelo a la mano, pues don Chipote siguió dictando como una tarabilla.

Me dan ganas de que yo fuera este papel para poder verte a tí y a mis chipotitos, pero como a mí no me llevan con dos centavos, te mando ésta pidiéndole a la Señora del Sauce que estén bien, que a mí me deja con salud a Dios gracias. Te noticio que ya estoy trabajando en un trabajo que llaman traque y sirve para componer los rieles por donde camina el tren. ¡Si vieras que demonios son los gringos! Por acá hay unas cosas que hasta Sufrelambre se queda con la boca abierta.

Aquí el administrador del trabajo, no se llama así; se

llama *hos* y cuando no esta enfrente se llama viejo, pero es tan aguzao que ¡hasta ahí nomás! Yo y un amigo que anda conmigo y que se llama Policarpo, le hemos caído muy bien al viejo, pues afigurate que luego nos hizo de su cnfianza y nos cargó el manejo de una maquinita que se llama puchicarro y nadie más la agarra para hacerla andar, sino nosotros, de modo que ya veras si nos tiene confianza.

Como no puede decir mi nombre me dice Chipoto y a Policarpo le dice Polocarpo, pero esto de vez en cuando, pues desde que entramos al trabajo hasta que salimos nos habla por un apodo muy chistoso que yo no entiendo bien, creo que es “gaideme” “sanabagan”. Yo creo que nos habla así porque nuestros nombres no los puede pronunciar.

Si hayas quien te haga una carta, mándame una donde me digas como has estado que tal va el sembradío y que tal están los chipotitos de mi corazón, que tantas ganas tengo de verlos.

Dime qué tal te ayuda Pitacio y dile a él que nada de lo que me contó es cierto o de lo que me dijo que hay en Estados Unidos. De lo bueno ya se acabó pues yo he encontrado pura friega desde que llegué.

No se te olvide poner el espantajo en el *chilar*, pa' que los pájaros no se coman la semilla. Si te hace falta algo vende el cochino grande, pero la cochina déjala a ver si hace más cochinitos para el otro año.

Ya no te escribo más porque yo creo que el señor que está escribiendo ya tiene sueño. Adiós, y pídele al Señor del Saucillo que me vaya bien para prontoirme a verlos a todos.

Tu consorte,
Chipote de Jesús María Domínguez

Mándame la carta a Peach Spring, Sección 7.

Don Chipote quedó como si le hubieran quitado un peso de encima al ver que la carta que tanto deseaba para su familia, estaba lista y agradecido se volvió cumplidos para el cuatezón

que se la había hecho, tanto por eso como por ver si le sacaba los dos centavos para la estampilla, pues él no tenía ni en qué caerse muerto.

El cuatezón, que comprendió de lo que se trataba, no se hizo mucho del rogar y se dejó caer muerto con la fierrada, cosa que le valió el mayor agradecimiento de aquel pobre, que con todo respeto lo llamó el ángel de su guardia.

Estaban en eso cuando se presentó en escena Policarpo que venía de entregarle la orden al mayordomo y dijo que le había dicho que en cuanto pasara el tren la iba a mandar.

Como ya era tarde se despidieron de su bienhechor y pintaron a dormir, no sin antes ir don Chipote a dejar la carta a la pequeña estación.

Capítulo nueve

La noche la pasaron de un jalón, y la razón no era para menos, pues la soba que habían llevado el día anterior no había sido poca.

Ya el sol estaba alto y los demás estaban listos para salir; el mayordomo había dado la orden de salida, pero al notar que le faltaban dos camellos, se puso furioso y se dejó descolgar a su cuarto.

Don chipote soñaba en sus chipotitos cuando el mayordomo empezó a querer tumbar la puerta con sus golpes, cosa que hizo que sus dos parnas se levantaran de un brinco y, aguantando la tormenta que el mayordomo les echaba, se fueron a la carrucha, dejando al viejo que dijera lo que quisiera, al cabo no entendían nada.

El día fue como todos, pues en ese trabajo no hay diferencia, siempre es lo mismo: pala y pico o pico y pala; un día aquí, otro más allá, pero siempre doblados y aguantando las inconsecuencias del mayordomo. Sólo hay un día en que se animan y ése es el día de pago. Entonces es cuando se muestran, si no satisfechos, cuando menos con ánimos para seguir soportando las inclemencias, ya sea del frío o del calor. Este gusto al recibir el cheque la mayoría de las veces termina en rabias, pues obligados a comprarle al *Suplai* la provisión para la quincena; éste, que tiene facultades por la compañía, de cada pago les rebaja lo que le pega la gana; resultado que los pobres camellos, por más que tratan de economizar, siempre salen cortos.

Casi no se puede creer que las autoridades de los Estados Unidos no se hayan dado cuenta de este robo de que son víctimas nuestros compatriotas, pues es imposible que tales abusos no se los sepan. En este caso lo único que se puede pensar es: o que no hacen caso porque somos mexicanos, o que son cómplices de las sinvergüenzadas de las compañías.

El que esto escribe, en la temporada que tuvo que entrarle al traque, no recuerda haber recibido un cheque conforme al

tiempo trabajado; ni que le hayan mandado la provisión tal como la ordenó; pues la famosa tienda manda lo que se le pega la gana y lo cobra como quiere.

Todas estas injusticias no tienen más remedio que aguantarse, pues si reclama se saca la misma, esto si acaso puede uno hacerlo, pues falto del idioma no hace más que renegar, y esto en español, cosa que por un lado les entra y por otro les sale.

Sin embargo de estos abusos de que son víctimas todos los paisanos que vienen al camello a los Estados Unidos, no hay uno que regrese a México y que llegue y cuente la verdad; pues todos llegan recantoneándose y contándoles las costillas a los que les preguntan cómo les fue en el país del oro. Es debido a esto que la mayoría de los que andamos por estos rumbos, nos hemos dejado venir dizque a barrer el dinero con la escoba. Y como dejamos dicho, fue por las papas que Pitacio le contó a don Chipote por lo que abandonó a sus chipotitos y a doña Chipota.

Como quiera que sea, don Chipote ya estaba ensartado y no tenía más remedio que hacerle pulmón al camello; y así lo hacía el pobre con la esperanza de volver cuanto antes a su terrenazo.

Uno de tantos días, de los muchos que llevaba trampando tallas, al volver de la camellada, se encontró con que tenía una carta del terrenazo, cosa que por poco lo vuelve loco; pues con mucha razón y seguridad, pensó que era de su chipotesca familia.

Atragantándose por la emoción buscó don Chipote al cuatezón que según él era el más leído y escrito del mundo, y en cuanto lo encontró, le suplicó que le diera lectura a la carta que acababa de recibir.

El parna con todo gusto se prestó a ello y empezaron a romper el sobre, mientras que a don Chipote se le salía el corazón por la impaciencia que tenía por saber de su familia. Por fin el letrado empezó la lectura relatando lo siguiente:

Tepislatitlán, noviembre 28 de 1924

Mi güen compañero de mi vida don Chipote de Jesús María Domínguez:

Ya se me figuraba que no te acordabas de nosotros; cuando esta mañana vino tu compadre Severiano y me trajo la

carta que me mandas desde ese pueblo que tiene el nombre tan chistoso. Ya me andaba de ganas de saber lo que me decías, pero como tú sabes que sólo acabé el silabario y eso en limpiarles a los muchachos las entrepiernas, pos me tuve que aguantar las ganas hasta que vino Pitacio de la parcela.

Cuando Pitacio llegó y pude saber todo lo que te ha pasado, me dieron ganas de llorar, pero luego me dio coraje, pues me acordé que no me hiciste caso de lo que te decía y que mejor le hiciste caso a Pitacio.

En fin que esto ya pasó y sólo le pido al Señor de los desamparados que pronto te vengas otra vez con nosotros. A más que si cuando te vengas ya sabes manejar la maquinita esa que dices que le manejas ya al mayordomo, buscas trabajo en el pueblo para ver si nos vamos a vivir allá.

Pitacio se ha portado así... medio bueno, medio malo, pues si para el trabajo es casi flojo, mientras está en la casa no deja de trajinar de un lado para otro ayudándome. Afigúrate que ya me tiene bomba en la cocina para que no vaya tan lejos por agua, y no sólo eso, sino que él mismo me bombea y no me deja que me bombé yo, dizque para que no me canse. Con eso has de ver si te quiere a ti, pues me hace cuanto puede a mí; lo que no me gusta es que no atienda bien la siembra, pues todo el día se lo quiere pasar en la casa; de modo que la milpa no creció mucho, porque no le dio la segunda escardada.

En cuanto al chile, ése si lo ha cuidado, como que es el que le gusta más. El otro día fui al sembradío y me lo enseñó, por cierto que lo tiene muy colorado. También te digo que el otro día llevó chile y cominos, y me picó tanto que hasta me hizo sacar la lengua...

Espérame tantito que Chipotito Crispín hizo una cosa y lo andan siguiendo las moscas; nomás lo limpio y te sigo contando más. Ya acabé y te sigo diciendo que de lo que me dices que si me hace falta algo, que venda el puerco y no la puerca para que haga más puerquitos, te digo que aunque me hacen falta muchas cosas, no es bueno vender el puerco, porque para mí, sola la puerca no tendría más puerquitos, pues has de saber que se murió el gallo y desde que se murió, las gallinas ni más han sacado pollitos.

En fin, tú sabes lo que será bueno hacer, en otra carta

que me mandes me dices si al fin vendo el puerco, pues los muchachos se han quedado sin calzones y mi único chomite está que ya no hallo cómo remendarlo.

Antes que se me olvide te quiero decir que el señor cura ha venido algunas veces a preguntar por ti, y luego nos encerramos a rezar para que te vaya bien y, sobre todo, para que no te vayas a volver protestante, pues dice el señor cura que allá está la mera mata de ellos y que a todos los que van por allá los engaratzan y les quitan la religión de sus padres. De modo que tú no te dejes engaratzar y te vayas a protestantar, y si esto te pasa, mejor no vuelvas, pues dice el señor cura que entonces estarás condenado.

No se te pase decirme cómo está Sufrelambre, si es que está contigo y, sobre todo, que en cuanto tengas, me mandes lo que puedas para ver si se escapa el puerco de la venta.

Esta carta me la está haciendo el tío Calistro, el padre de Nicomedes la tuerta, pues no quise que la hiciera Pitacio, pa poderte decir todo. Contéstame pronto pa saber cómo te va y con ésta te digo que los muchachos te mandan saludos y yo lo mismo, a la vez que le pido al Señor del Martirio que te guarde de todo mal, y recibe el cariño de tu Chipota que te quiere mucho.

Chipota de la Encarnación Morado de Domínguez

Cerró el pico el amigo de la lectura, y don Chipote quedó extasiado con los ojos pelones y la boca abierta, pues con la lectura de la carta se había transportado al terruño donde estaba su chipotesca familia; después de algunos momentos, al no oír la voz del cuatezón, preguntó:

—¿Ya se acabó?

Y el interpelado contestó:

—Si, es todo lo que dice la carta.

Don Chipote no estaba muy satisfecho con la carta, pues había cosas que no había entendido muy bien y, francamente, no hallaba cómo pedirle a su amigo que se la leyera otra vez para poder enterarse de todo lo que decía su Chipota. Lo que más le calaba era eso que le decía: "que Pitacio no quería salir de la casa y que por estarle bombeando a su mujer no atendía el

sembradío" y si no fuera bastante con eso el señor cura se encerraba con ella a rezar porque le fuera bien. Él se hacía cruces y se preguntaba: por qué mientras él estaba allá nunca se le antojó al cura ir a visitarlo. Con tales pensamientos ya no le importaba a don Chipote que la puerca no tuviera puerquitos si se vendía el puerco, o que Pitacio tuviera el chilar con el chile colorado y que la milpa se hubiese quedado sin la segunda escardada.

¡Pobre don Chipote! Él quería mucho a su chipota y tenía mucha confianza en ella, pero con lo que ella misma le mandaba decir, estaba poniéndose celoso de Pitacio y hasta del cura, con todo lo santo que fuera.

Por fin, se decidió y suplicó a su amigo que le diera lectura otra vez a la epístola, a lo que éste accedió muy complaciente.

Don Chipote se puso chango y hecho todo orejas se puso a escuchar las inocentes puntadas que su vieja le mandaba decir.

Cuando el amigo que estaba haciendo uso de la palabra llegó al fin, don Chipote estaba con la cabeza entre las manos y llorando. El cuatezón le preguntó por qué lloraba y cuando don Chipote le dijo el motivo, él le hizo ver que no tenía por qué pensar mal de su Chipota, pues la mejor prueba que le daba ella era que le mandaba decir todo sin ocultarle nada; que estuviera seguro que si ella pensara hacer algo tendría buen cuidado de callarse para que no lo supiera su marido.

Después de lo dicho por el cuatezón, don Chipote quedó casi convencido de que su chipotesca costilla ni por un momento había pensado en hacerle de chivo los tamales. Con todo eso no se le quitaban las ganas de agarrar a Pitacio o al cura y darles una entrada de diablazos.

Como hemos visto, don Chipote estaba celoso, y por más seguro que estuviera de su media naranja, él sabía que tanto le iban a rondar la plaza que bien pudiera ser que cayera en manos del enemigo y, con seguridad, al caer la plaza le empezaban a salir los pitones.

Decidió pues, en su interior, que cuando ajustara los seis meses de reenganche y que le dieran su pase, pelaría gallo para su cantón y no se despejaría más de las faldillas de su consorte.

Dicen que el hombre propone y Dios dispone, y como vamos a ver más adelante, a don Chipote le salió el tiro por la

culata y lo que él había puesto, de arriba se lo dispusieron de otro modo.

Don Chipote después que le dio las gracias al parna que lo sacaba de los aprietos lecturales, se fue a su cuarto, donde Policarpo estaba entregado a las labores culinarias.

Cuando entró don Chipote, ya tenía en un cajón que le servía de mesa, un montón de gordas y en un bote que les servía de olla, unas cuantas docenas de frijoles que daban vueltas al compás de los últimos hervores.

Policarpo invitó a don Chipote a que se sentara, que al cabo ya mero acababa con la masa y no valía la pena de que se embarrara las manos.

Don Chipote, ensimismado con las puntadas conyugales que se cargaba, contestó que no tenía apetito y que prefería acostarse.

Policarpo no se la tragó y le preguntó si le habían mandado decir algo malo, a lo que don Chipote contestó que no, que lo único que le decían era que se fuera pronto y que les mandara algo de dinero, porque estaban en la pura chilla.

—Esto me pone triste, pues ya ves que de estos pagos que nos han dado la mayoría lo ha recogido la tienda del *suplai*. Parece que trabajamos por la pura comida. En fin, a ver si de este pago que viene me queda algo para mandárselos y voy a decirle al señor que nos hace órdenes para la provisión que no me apunte tantas cosas, a ver si así puedo juntar algo más.

Con esto don Chipote sopló el suelo, hizo la señal de la cruz, se persignó y se tendió a descansar de las faenas del día.

Policarpo le rogó dos o tres veces que comiera, que no se acostara sin cenar, que le hacía falta el alimento para tener fuerzas para el camello del día siguiente; pero don Chipote, tendido boca arriba, no hacía caso y trataba de dormirse para quitarse de encima el pensamiento de su familia que tanto le mortificaba.

Policarpo hizo lo que pudo con el montón de gordas que había hecho y, cuando estuvo satisfecho y con la barriga a reventar, hizo uno de calzonera y mientras le daba chupetes, lavó los trastes, preparó el martillo para el otro día y, haciendo la señal de la cruz, sopló lo mismo que don Chipote su pedacito y se tendió cuan largo era a roncar.

No hay como que se nos atravesara algo entre ceja y ceja para que nos pasemos la noche de cuerito a cuerito, y más si se trata de asuntos de familia. Don Chipote no oyó ni la una ni las dos, porque en la sección no había reloj, pero en cambio, toda la noche oyó los ronquidos de Policarpo, quien, importándole tres cacahuates el cuatro de julio, aventaba más aire por arriba y por abajo, es decir, por las narices y por la boca, que una bomba.

Don Chipote se acomodaba en una costilla, luego en otra, no le gustaba ese modo y se ponía boca arriba, luego boca abajo y, ya fuera de un modo o de otro, no podía pegar los ojos para echar una pistojeada.

La noche la pasó en este suplicio, siempre pensando en que Pitacio, o el santo cura, le estaban haciendo sus chaparreras; pero cuando más seguro se hallaba de ello, se acordaba de las palabras de su amigo que le había dicho:

—Si ella tuviera culpa y quisiera hacerte de chivo los tamales, no sería tan cándida que te lo mandara decir.

Esto, como es natural, hacía que el pobre de don Chipote se calmara un poco y que medio se amodorrara, sin que lograra del todo quedarse tranquilo.

En una de estas amodorradas se pasó de tueste; cantaron los pájaros, salió el sol; se levantaron los camellos, se fueron a la casa de carruchas, y nuestros cuates como si se hubieran muerto.

El mayordomo, que no le gustaba que se le quedaran los camellos en casa, una vez más y con toda la rabia de que era capaz en tales casos, se dejó ir a levantarlos.

Nuestros cuates que ya se habían impuesto a levantarse a las horas de trabajo, sintieron muy gordo que los fuera a levantar, según creían, antes de tiempo; de modo que hasta se le pararon de uñas al viejo, no dándole cuenta de que se les habían pegado las zaleas.

Cuando se dieron cuenta de que la cosa no era como ellos pensaban, se prepararon a toda prisa y, mascuzando unos tacos de tortillas, salieron a darle duro y con sal a la minita.

Otro, que no fuera don Chipote, se hubiera levantado de un humor de todos los diablos, sin ganas de trabajar y quién sabe con cuántas cosas más, pero el bueno de don Chipote, la verdad que era bueno, pues no obstante la mala noche que

había pasado, le entraba lo más que podía al camello. Sin embargo aunque su voluntad fuera mucha, tenía mucho sueño, y esto hacía que en ratos se quedara cabeceando.

En una de estas cabeceadas, que sin duda fue una de las en que durmió más, el mayordomo se enfadó y fue y le pegó el *godeme* en la pura oreja. Don Chipote volvió en sí como si le hubiera picado una víbora, levantó el pico sobre su cabeza lo más alto que pudo y lo dejó caer sobre la talla con tan mala puntería, que, en vez de darle a ésta se encajó el pico en un pie.

El trancazo que se dio lo hizo despertar más todavía, pero fue para sentarse a contemplar su pie que sangraba de una manera horrible.

Tanto el mayordomo como los demás compañeros, en cuanto se dieron cuenta de lo que había pasado, se rodearon de don Chipote, tratando de hacer algo por él.

Uno sacó su pañuelo y se lo amarró arriba del tobillo; otro corrió y trajo la barrica del agua y empezó a lavarle la herida; Policarpo, el más apurado de todos, hizo pedazos su camisa para hacer una tira con que vendarlo y Sufrelambre, que nunca se separaba de ellos, no hacía más que gemir junto a su amo, como si comprendiera lo que éste estaba padeciendo.

Don Chipote, haciendo gala de ese orgullo que tenemos los mexicanos, por más que le dolía, decía que no era nada, que ya pasaría.

Como sucede en todos estos casos, don Chipote fue objeto de todas las atenciones por parte de sus compañeros y hasta del mayordomo, que era un desgraciado como lo son casi todos, se apresuró a mandar que pusieran la carrucha para llevar al herido a la sección.

Todo esto se hizo en menos que canta un gallo y en seguida, ayudado por uno de sus compañeros, don Chipote se encaramó en la carrucha, la que volando al impulso de las palancas humanas se dirigió a la casa de carruchas.

Don Chipote sufría horriblemente, pues sin nada que le calmara el dolor, se veía obligado a aguantárselo, ya que estaba grandecito.

En las secciones, que no se componen más que de la casa de carruchas, la del mayordomo y las de los camellos, es imposible atender a los que en el trabajo sufren algún accidente, por lo que en tales casos lo único que se hace es enviarlos en el

primer tren que pasa al hospital de la compañía más cercano. Así pues, a don Chipote lo acomodaron en su cuarto lo mejor que pudieron en espera del primer tren que pasara para mandarlo a que lo atendieran en el hospital.

El mayordomo ordenó que se quedara uno de los hombres con el herido, siendo éste su compañero, Policarpo, quien de buena gana aceptó, pues su amistad con don Chipote era tan leal, que estaba decidido a quedarse, aunque no se lo hubieran ordenado. Los demás se volvieron al camello que habían dejado abandonado por el accidente de don Chipote.

Pronto don chipote fue preso de la fiebre y empezó a desvariar sacando en su locura al cura y a Pitacio, a su Chipota y a sus chipotitos, con lo que puso a Policarpo al corriente de sus asuntos.

Así pasó la mayor parte del día, por lo que Policarpo se alarmó a tal grado que pensó que su compañero y cuatezón pelaría gallo y, con el propósito de verle el fin, decidió no abandonarlo, aunque para esto tuviera que dejar el trabajo. Pensando y haciendo, envolvió sus hilachas y los de su parna, lo arregló todo y esperó a que regresaran del camello para pedirle su tiempo al mayordomo y pelar gallo para donde se llevaran a don Chipote.

A la hora acostumbrada llegaron los camellos y en seguida se fueron a saber el estado del enfermo, de lo cual los puso al corriente Policarpo. Poco después llegó el viejo, se informó de don Chipote y le dijo a Policarpo que a las diez llegaba el tren en que tenían que mandarlo.

Policarpo que era tan metido en la concha como don Chipote, se armó de valor y, sin muchos rodeos, le dijo al mayordomo:

—Mire usted, amo, para que mi compañero no se vaya solo, he decidido irme con él, de modo que deme mi tiempo en seguida.

El mayordomo se quedó como antes y después, pues no entendía español sino tanto como Policarpo entendía inglés.

Desesperado Policarpo de que no le entendía, quiso hacerse entender por señas y, como Dios le dio a entender, por medio de gestos y ademanes, le repitió lo que quería.

El viejo se dio cuenta de lo que pedía Policarpo, pero no quería entender porque no le convenía que se le fuera un camello; mas como Policarpo insistiera, mandó llamar al ca-

mello que más picaba el inglés, no tanto porque no supiera de que se trataba, sino para que le fuera explicando mejor.

Con el intérprete delante, Policarpo gritó y pataleó más para acabar de convencer al viejo, quien, no teniendo más remedio y no pudiendo obligar a Policarpo a que se quedara, le arregló su tiempo para que lo cobrara en Los Ángeles, pues al hospital que la compañía del Ferrocarril Santa Fe tiene en esa ciudad para sus trabajadores, era a donde iba a mandar a don Chipote.

Satisfecho de que al fin se había salido con la suya, Policarpo se puso a arreglar bastante lonche o bastimento para el viaje, ya que los compañeros le dijeron que Los Ángeles estaban muy lejos.

Después de que cenó y que hizo bastimento como para cruzar el desierto de Sahara, se puso a hacer una olla de atole de harina para darle a don Chipote de cenar y llevar el que le sobrara para darle en el camino. En seguida juntó la poca provisión que le quedaba y la repartió entre los camellos que tan bien se habían portado con ellos.

Poco faltaba para que llegara el tren y Policarpo estaba armado a que don Chipote se endilgara una taza de atole, cosa que éste se negaba a hacer, pidiendo en cambio que le diera agua.

Momentos después se presentó el mayordomo con los pases y ya listos, Policarpo se despidió de carrera de sus compañeros y ayudado por ellos llevó a don Chipote a la estación. Ya en ella se repitieron las despedidas. Pitó el tren, se acercó, se paró, subieron a don Chipote, subió Policarpo, subió Sufrelambre, volvió a pitar la máquina y nuestros paisanos empezaron su viaje con rumbo a Los Ángeles.

Capítulo diez

A toda velocidad venían nuestros cuatezones sin decirse una palabra, pues don Chipote, con los dolores, ni ganas tenía de hablar y Policarpo, por no molestarlo, guardaba silencio.

El tren en que habían sido empacados, era el famoso *limited* o volador, como le dicen nuestros paisanos. En cuanto subieron les habían desocupado dos asientos, tanto porque eran chicanos, como para darle mayor comodidad al enfermo, así es que luego que se encontraron acomodados a sus anchas, estiraron las patas, sintiendo la satisfacción de sentarse en algo blandito después de tanto tiempo de sentarse en el suelo. Además, como desde que estaban en la sección habían dormido en el puro colchón-suelo y se habían tapado con sus sombreros, al sentirse en aquellos asientos hechos como para que se sentaran reyes y sentir el calorcito del carro tan bien abrigado, se habían quedado extasiados.

Con todas estas condiciones, no tardó mucho tiempo sin que unas burbujas de saliva y unos resoplidos tirando a bajo si bemol, los denunciaran de que dormían como lirones.

Esto, que de día hubiera sido motivo para que los bolillos que iban en el mismo carro criticaran y vacilaran a nuestros paisanos, pasó desapercibido, pues todos o la mayoría hacían lo mismo, porque nadie se fijó en las barrigas de nuestros cuates que se hacían como acordeones.

De esta manera pasaron nuestros cuatezones la noche y cuando pelaron el ojo se encontraron en la estación de Needles, que es la primera ciudad que visita el tren en California.

Policarpo, después que se hubo restregado los lagañosos ojos y se limpió las babas que se le habían salido durante el sueño, volteó a ver a don Chipote para saber en qué condiciones había pasado la noche enterándose de que todavía dormía y roncaba en tono profundo. En seguida, como sintiera hambre, sacó el morral en donde había puesto el bastimento y

comenzó a trincar los dientes en los tacos de frijoles con un apetito peor que si hubiera trabajado toda la noche.

Al poco rato de estar moviendo las quijadas se despertó don Chipote e inmediatamente Policarpo le preguntó cómo se sentía de males y cómo había pasado la noche, a lo que el interpelado contestó:

—Pos, te diré, que no me siento tan mal como anoche, tal vez será porque pasé la noche de un jalón.

Policarpo con toda solicitud le preguntó si tenía hambre, a lo que don Chipote contestó que no tenía mucha, pero Policarpo le dijo que era necesario que le entrara al biberón, porque si no lo hacía, se iba a poner muy débil para aguantar las curaciones que le tenían que hacer y, sin esperar a que don Chipote diera su consentimiento, desempacó la olla de atole, se salió a la plataforma del vestíbulo y con cerillos se puso a calentarlo. Estaba en esto cuando el conductor le cayó y le dijo que eso no era permitido, y aunque se lo dijo en inglés, Policarpo entendió y a señas le dijo que era para el enfermo que iba al hospital de la compañía. Entonces el conductor lo cogió de la mano y lo jaló hasta el carro-cocina, ordenando al negro cocinero que le calentara el atole a Policarpo y le diera algo más de lo que tuviera.

Policarpo quedó encantado de la bondad del conductor, pero más agradecido quedó cuando el negro le dio un plato con un trusco de carne, unas rebanadas de pan embarradas de mantequilla y una taza de café, cosas que el enfermo, pensó Policarpo, se endilgaría de buena gana en cuanto que las viera.

Mientras cargaba el martillo para don Chipote por el camino fue dándole la prueba, de modo que cuando llegó iba relamiéndose los bigotes.

Don Chipote en realidad no tenía ganas de entrarle al martillo, pero a la vista de lo apetitoso del potaje, se dejó ir como puerco a lo que se encuentra tirado, no sin antes convidar a Policarpo a que disfrutara en su compañía del regalo.

Policarpo que de eso pedía su limosna, no se hizo repetir la invitación y, a diente desplegado, se dejó ir sobre los platos.

Entregados a esta tarea, por buen rato no se oyó más que el tronar de las quijadas; pues aunque sin decírselo, estaban jugando parejas para ver quién se empujaba más y no dejarse del otro, por lo que uno y otro despachaba de lo lindo.

Con la prisa que se dieron muy pronto terminó el banquete y, después que uno lamió la taza del café y el otro el plato, Policarpo se dejó ir al depósito del agua y abriéndole a la llave empezó a lavar los trastos, cosa de la que protestaron inmediatamente los bolillos y llegando el conductor, le dijo que se los llevara al negro para que allí los lavaran.

Policarpo volvió a la cocina con ruedas y puso en juego otra vez su sistema de señas para decirle al negro que le diera agua para lavar los trastos, cosa a la que el güerito accedió gustoso y dándole un trapo para que se lo pusiera como delantal y enseñándole dónde estaba el agua, lo dejó que lavara sus trastos.

Policarpo, que a eso iba, le entró a las labores cocineras y con toda diligencia terminó su tarea. Cuando el güerito puso el visto bueno, Policarpo se quitó la indumentaria y ya se largaba cuando el negro le dijo que se arrempujara otro taco y que a la hora de comer, volviera para darle más para él y su compañero.

Como no hay a quien le den pan que llore, Policarpo se endilgó lo que le ofrecieron, prometiendo además que estaría listo para cuando llegara la hora del martillo, para recibir lo prometido.

En seguida volvió al lado de don Chipote y lo encontró durmiendo para hacer la digestión, cosa que comprobó con los resoplidos que éste lanzaba acompañado de uno que otro quejido, pues como no había recibido más curación que la lavada con agua que le habían hecho en la sección, la pata se le estaba poniendo cada vez más hinchada y colorada como un tomate.

Policarpo se compadeció de su cuate, y con cuidado para no moverlo se aplastó a su lado. Luego prendió uno de fajero y se puso a darle chupetes para disipar la monotonía del viaje.

Entre tanto la locomotora sigue echando humo y jalando el convoy sobre las paralelas de acero.

Los ojos a medio cerrar de Policarpo ven pasar las secciones, los pueblos, las ciudades. En las secciones ve paisanos que doblados y pico en mano, le entran al camello, levantando la vista solamente para ver pasar el tren.

En los pueblos y en las ciudades, también ve caras morenas y hasta le saludan. El tren en unas partes se detiene, en otras

sigue su marcha de frente, sin hacer caso de la gritería de los chamacos de la paisanada que, a todo pulmón, gritan saludando el paso de la culebra de hierro que, en vertiginosa velocidad, cruza el continente.

Serían las dos de la tarde, cuando el tren entraba en la estación del Santa Fe en Los Ángeles. Crujieron los frenos del convoy e hizo parada. La campana de la máquina seguía tocando como saludando a la populosa Perla del Oeste.

Policarpo que venía dormido, despertó con el trajinero que hacían los pasajeros al abandonar el tren. Asustado con el barullo se restregó los ojos y en seguida, con todo cuidado movió a don Chipote para que despertara.

Don Chipote luego que peló el ojo, preguntó a Policarpo: —¿Ya llegamos?

A lo que éste contestó:

—Sí, manito, ya estamos en Los Ángeles. Mientras yo arreglo los liachos, tú prepárate para ayudarte a bajar.

Don Chipote trató de ponerse en pie, pero al intentarlo se le escapó un pujido que hubiera sido grito, si no es porque se mordió los labios.

Don Chipote no había sufrido realmente durante el viaje porque había traído la pierna tendida sobre el asiento, pero al tratar de pararse, la sangre bajó con tal fuerza al pie que dando el pujido no tuvo más remedio que volver a sentarse.

Policarpo entre tanto había bajado el equipaje y, después de dejarlo en una de las bancas que hay al aire libre, volvió para ayudar a su cuate a descender del tren.

Cuando llegó con don Chipote, éste soplaba como un fuelle por los dolores que tenía; pero como no había más remedio que desalojar el carro, se hizo el ánimo y, con una pata casi colgando, o más bien dicho, casi cargado por Policarpo, descendió del carro, haciendo más gestos que si estuviera comiendo hiel.

Con miles de sacrificios y con la rapidez de una tortuga, lograron llegar a la banca donde había dejado las maletas Policarpo. Se sentaron y, abriendo todo lo que nuestro Señor les había dado de boca, se pusieron a ver para todos lados sin saber qué hacer ni para dónde ganar.

El hospital de Santa Fe, que está enfrente del Parque Hollenbeck y en el que van a curarse todos los lesionados o

enfermos que trabajan con esta compañía, tiene un troquecito Ford para ir a recoger a la estación a los que vienen de fuera y que no pueden ir por su propio pie al hospital. Para esto, siempre son avisados con anticipación de la llegada del tren en que vienen los enfermos, de modo que con toda oportunidad están en la estación para recogerlos.

Esta vez, como en todos los casos, habían ido a esperar a don Chipote, pero como éstos se habían bajado por el lado contrario, resultó que se perdieron y no los podían encontrar.

Entre tanto nuestros cuatezones, haciendo lo que todos dizque para disipar, habían hecho uno de fajero y aventaban bocanadas de humo.

Como los empleados del Hospital andaban buscándolos, no tardaron mucho en encontrarlos, de modo que no había pasado mucho tiempo cuando se les pararon por enfrente y después de hacerles las preguntas de rigor para saber si eran ellos a quienes esperaban, les dijeron que hicieran hilo con rumbo a la troca que los estaba esperando para llevarlos.

Nuestros cuatezones más bien habían adivinado que entendido lo que les habían dicho y, como don Chipote lo que quería era que lo curaran y acostarse, no se hizo sordo, por lo que sostenido por los que habían venido por él, se dirigió al troque, mientras Policarpo los seguía cargando las garras.

Cuando estuvieron arriba y que el chauffeur echó a andar la máquina, nuestros cuates se pusieron en la otra vida y por poco se tiran al suelo, pues ésta era la primera vez que ellos se trepaban en una carreta que se movía sin que la jalaran los bueyes.

Pasada la primera impresión lo que hicieron fue ya no moverse, pues temían que el animal echara un respingo y sin avisarles, los plantara en el suelo.

Todavía llevaban desconfianza pintada en sus rostros, los ojos pelones y el corazón queriéndose salir, cuando el Forito hacía su entrada en el jardín que está frente al hospital y, después de pararse frente a la puerta, dijeron a nuestros cuates que ya habían llegado.

Policarpo fue el primero que echó pie a tierra para bajar el equipaje y ayudar a su parna, pero éste no tuvo tiempo de hacerlo, pues cuando peló los ojos ya los empleados llevaban a don Chipote para adentro como alma que se lleva el diablo,

por lo que verlo y arrancar detrás de ellos, todo fue uno, alcanzando a entrar junto con ellos.

Don Chipote fue llevado en seguida a la oficina para inscribirlo y darlo de alta como enfermo de la compañía.

Los paisanos, como todos los que llegamos a estos terrenos, abrían la boca de lo lindo al pasar de sorpresa en sorpresa, pues con todo lo que les estaba pasando, se les figuraba que estaban soñando.

Don Chipote una vez más tuvo que dar sus generales, es decir: dar razón de su padre, de su madre, el lugar donde había nacido y todo cuanto en estos casos se necesita para llenar el papelote en donde se desembucha la confesión, antes de pasar a formar parte de los asilados.

Una vez que don Chipote se desembuchó de todo lo que a su persona se refería, uno de los enfermeros le puso la trompa con rumbo a la sala en donde estaba el lugar que le habían destinado, cosa que al pobre le cayó de los cielos, pues ya los dolores en la pata le sacaban lumbre.

Policarpo, que estaba con el ojo chicharo en la puerta de la oficina, en cuanto vio que jalaban a su cuate para otro rumbo agarró las maletas y picó detrás de él, solamente que en esta vez le marcaron el alto y, enseñándole la puerta, le hicieron comprender que el hospital no era para los buenos y sanos, que don Chipote se quedaría allí, pero él tenía que pelar gallo para donde mejor le pareciera.

La explicación les cayó como bomba a los cuates, pues como recordarán nuestros lectores, se habían jurado no separarse y menos en caso de enfermedad. Como el asunto no tenía remedio fuera de la separación, con los ojos aguados y ya casi con las de San Pedro de fuera, se dieron un abrazo de despedida.

El enfermero los consoló, pues les dijo que la cosa no era para tanto, ya que podían verse diariamente de la tres a las cuatro de la tarde, que es la hora de visitar a los enfermos.

Con este consolón y como no había más cera que la que ardía, Policarpo soltó el bulto de don Chipote y, echándole una última mirada de borrego mal tatemado, salió del hospital con la apuración de dejar solo a su cuate y la de pelar gallo quién sabe a dónde, pues no traía en su bolsillo sino un bote de tabaco, un libro de papel de fumar, unas *mechas* o cerrillos y el papel para cobrar su tiempo, por lo que con tales elementos de

vida, ya puede figurarse el lector los apuros de Policarpo.

Haciendo, pues, de tripas corazón y, como decimos los que tenemos tiempo por estos rumbos, importándole cuete el cuatro de julio, cruzó la bocacalle y se metió en el parque, donde viendo el zacate tan verde, pensó en aplastarse un poco para pensar en lo que tenía que hacer, por lo que, buscando el lugar que más le gustó, se dejó caer sobre los dos cachetes de la retaguardia. Después de un suspiro de esos que salen de lo mero jondo, se torció uno de fajero para vacilarla mientras tanto veía que se le ocurría. Estaba saboreando las primeras chupadas cuando Sufrelambre le llegó por detrás y le empezó a lamer el pescuezo a la vez que gemía como quejándose de que lo querían tirar, pues como recordarán nuestros lectores, nuestros cuatezones con la sanfrancia de la bajada del tren no se acordaron más del perro, pero como éste ya colón, se pegó tras de ellos, sólo que cuando llegaron los del traque y se los cargaron, entonces sí que se quedó a pezuña, pero sin desanimarse la emprendió a carrera tendida detrás de ellos. Como es natural, por más que el polvo, no obstante, siguió ayudado por su olfato y ya ven que sus esfuerzos no le fallaron, pues cuando menos pescó a Policarpo.

La llegada de Sufrelambre vino a consolar un poco a Policarpo, pues ya no se sintió tan solo en el mundo y menos con un compañero como era el perro, pues si era cierto que no le ayudaría más que con su compañía, dicen por ahí que el hambre repartida entre dos toca a menos. Por largo rato uno y otro se estuvieron papachando y felicitándose por haberse encontrado otra vez. Después Sufrelambre se tiró de largo sin importarle tres cacahuates los aprietos de Policarpo.

Entre tanto, el sol comenzaba a pelar gallo y con las sombras que llegaban Policarpo empezó a ver que había muy buenos lugares para pasar la noche si era que la suerte no determinaba otra cosa.

Cuando terminó de fumarse un cigarro, como sintiera que había descansado y que además las tripas empezaban a gritar: ¡A comerse unas con otras! Policarpo se levantó y puso la trompa más o menos para el rumbo donde lo había traído, pues quería aprenderlo para poder regresar a visitar a su buen cuatezón, don Chipote de Jesús María Domínguez.

Sufrelambre no vio con buenos ojos que Policarpo se levantara

tara, pues la carrera que había dado para alcanzarlos, no le había dejado ganas más que de dormir. No obstante, como no podía protestar y como no tenía más remedio que quedarse abandonado o hacerle jalón a la troteada, optó por seguir a la retaguardia de Policarpo.

Cargado de su mochila, Policarpo bajó por la calle Cuatro y muy pronto se encontró en la avenida Santa Fe y siguiendo esta avenida, pronto se encontró en la estación, pero en vez de meterse, siguió de frente hasta la calle Primera. Como si la Placita tuviera imán, Policarpo sin pensarlo se acercaba a ella, cosa que a decir verdad no le caía del todo mal, pues empezaba a ver que por esa calle le jalaban muchos chicanos.

El sol había tirado la vuelta y se había largado a dormir, cuando Policarpo llegó a la famosa calle Main después de haber pasado los mil y un sustos con los malditos automóviles que a cada rato se le querían echar encima y en cuanto a Sufrelambre, ya no hallaba a qué santo encomendarse, pues en repetidas ocasiones estuvo a punto de que lo hicieran tortilla. En esta temblorosa condición llegaron a la calle Primera, y como imán otra vez siguieron con rumbo a la Placita.

Para los que tienen algún tiempo de vivir en Los Ángeles, ya no es novedoso encontrarse con paisanos, que como nuestro cuatezón, enseñan lo verde desde a legua y como es natural, aunque no debía de serlo, no hay quien no se fije en ellos y éstos, como recién llegados, se sienten atarantados y cortos hasta para preguntar la menor insignificancia. Esta cortedad de nuestros paisanos es la que los hace sufrir lo indecible al llegar a esta ciudad o a cualquier otra de los Estados Unidos.

Sufrelambre en cuanto vio que Policarpo se acomodó, se hizo rosca debajo de la banca. Policarpo de su parte, tiró un suspiro con rumbo al terrenazo y para disimular sacó su costalito de Tuxedo, el librito de papel y torció otro de fajero para darle chupetes y arrojar bocanadas de humo.

Sumido en sus vacilaciones considerando lo mal que les va a los paisanos por estos terrenos, no se había dado cuenta de que ya la noche se le había echado encima, pero esto lo echó de ver a los tristes sonidos de la campana de la iglesia de Nuestra Señora de Los Ángeles, que con sus sonidos llamaba a los fieles al rosario.

Estos campanazos que para los que tienen tiempo de estar en

Los Ángeles son nada, para el recién llegado, al que todavía no se le va de las narices el olor de la tierra que lo vio nacer, significa mucho. Por eso Policarpo, a pesar de lo macho que era, se le rodaron las de San Pedro al pensar en lo tarugo que son los mexicanos al dejar su México por venir a aventurar a este país, en donde con tantos sacrificios y vejaciones se consigue sacar apenas para el plato nacional. La campana seguía sonando y Policarpo le dio vuelo a la lágrima sin que se le saliera un quejido, pero sí a moco tendido.

En una de tantas limpiadas de ojos, un paisano que estaba a su lado se fijó y compadecido de él, se animó a preguntarle:

—Dígame, paisano, ¿qué le pasa? ¿está usted enfermo?

—Nada, paisano —contestó Policarpo tratando de disimular su pena.

Sin embargo, al ver que alguien le había dirigido la palabra, no desaprovechó la oportunidad para pedir un consejo y conseguir un amigo que podría ayudarle en algo, si no con dinero, cuando menos dándole el norte de algún trabajo, así es que poniendo cara risueña, sacó su costalito de tabaco y le ofreció un cigarrito.

El nuevo amigo de Policarpo no se hizo del rogar y mientras torcían sus fajeros entablaron animada conversación.

—Dígame —preguntó Policarpo —¿en este lugar hay muchos lugares dónde trabajar?

—Pos diré, señor, que está muy amolado, hay mucha gente sin camello y según dicen, no se compondrá hasta dentro de un mes o dos, y usted, ¿de dónde viene? Porque según veo, acaba de llegar.

—Sí, señor, yo acabo de llegar; vengo de la sección en donde estaba trabajando, pero un compañero que viene conmigo se lastimó y yo vine con él, pues a él lo mandaron al hospital aquí. Él ya se quedó en el hospital y yo me vine sin saber ni para dónde, pues no conozco a nadie y lo que es peor, que no he traído ni un centavo, hay nomás afígúrese, yo no sé qué hacer ni para donde mirar.

Mientras Policarpo estaba contando su situación, el paisano la daba chupetes al de fajero, y de cuando en cuando se rascaba la chonteca y duro otra vez con el cigarro.

Después de rato que se quedó pensando y que Policarpo

aprovechó para darle unos chupetes a su jumiante, alzó la cabeza, y le dijo:

—Pos la verdad que la cosa está peliaguda para que consiga camello; yo estoy muy arrancado y también estoy con la lumbre en los aparejos, pero para que esta noche no la pase a cuerno limpio, véngase a mi cantón a dormir y mañana saldremos a buscar camello.

La salida que dio el paisano, llenó de asombro y de agradecimiento a Policarpo y con todo gusto y pena se agarró al palo que se presentaba en la tormenta, de modo que antes que se fuera a arrepentir, le dijo:

—Mire, paisano, si usted me hace este gran favor, yo le aseguro que no me doy por bien servido, y que con la ayuda de Dios, luego que tenga camello le pagaré lo que hace por mí.

Sin más averiguaciones, el nuevo amigo de Policarpo lo invitó a que pintaran para la choza a estirar la pata y cerrar el ojo. De pasada para el cantón, el amigo que se llamaba Cirilo, se compró diez fierros de esas roscas que aquí se llaman "donas", cosa que hizo que a Policarpo y a Sufrelambre se les hiciera agua la boca, pero Cirilo no les aflojó nada hasta que llegaron al cuarto y una vez dentro las repartió por partes iguales, es decir, a dos por cabeza, pues le habían dado tres por cinco.

Las dos roscas no les sirvieron ni para empezar, pero como no había más, llenaron lo que faltaba con agua, y mamando un fumatérico se extasiaron mientras hacían la digestión.

Con tan basta y nutritiva cena, y las metidas de humo que se estaban dando en cada chupete que le daban al cigarro, nuestros valedores se empezaron a quedar de a seis en los brazos de Morfeo, mas como ninguno había apagado la colilla del fumatérico, la quemada que se dieron en los dedos los hizo volver a la vida.

Sin embargo, como el sueño los vencía, lo único que hicieron fue quitarse las llantas y los tubos interiores, y tirarse de largo a largo pues si no se quitaron las demás prendas de vestir, fue porque en primer lugar: eran de verano, y en segundo, porque no había cobijas suficientes, de modo que haciéndose rosca lo mejor que pudieron, se prepararon a pasar la noche imitando a Sufrelambre, que desde que se había engullido su parte de rosca, roncaba como un bendito.

Capítulo once

La noche la pasaron sin novedad y sobre todo feliz, pues toda la noche estuvieron soñando en quesadillas de queso, tal vez debido a que los zapatos les quedaron muy cerca de la cabeza. De todos modos, como decimos, la noche la pasaron sin novedad, pues aunque la atmósfera estaba cargada, no había habido más que puros truenos, pero nada de agua, o lo que es lo mismo: en el cuarto había habido revolución de truenos y gases asfixiantes, pero sin haber heridos. Como quiera que sea, nuestros cuates un poco atontados por los efectos de la revolución se levantaron a los primeros destellos de la aurora del foco que se había quedado prendido toda la noche y según ellos, sacrificaban un poco de su sueño por levantarse temprano para ir a buscar trabajo; en cuanto a Sufrelambre, alzaba la cabeza y seguía rolando.

Cuando estuvieron listos para salir, dieron la voz de marcha, no sin antes darse una alisada con saliva en el greñero que con la dormida se les había engrifado más que de costumbre. Así es que después de cumplir con esta regla de limpieza, abrieron la puerta, tocaron paso redoblado y se lanzaron a la calle seguidos por Sufrelambre que les servía de retaguardia. Nuestros cuatezones que habían dormido en un cuarto interior y con la luz prendida, se habían levantado según ellos muy temprano, pero cuál sería su sorpresa al ver que el sol estaba en lo más alto y que la hora de buscar camello había pasado.

Como quiera que lo que les hacía buscar camello era sólo cuestión de las exigencias de la barriga y en el momento no los molestaba en lo más mínimo, decidieron pelar gallo a la Placita y esperar que fuera la hora para ir a visitar al cuatezón don Chipote de Jesús María Domínguez.

No había pasado mucho tiempo de su llegada a la Placita, cuando sin duda por el ejercicio que habían hecho y por la indigestión de la cena pasada, las barrigas de ambos

empezaron a pedir martillo y los dos parnas a echarse ojos de carnero mal tatemado.

Sería la una de la tarde cuando en una de las lamentaciones de Policarpo se le salió decir:

—Si al menos supiera dónde cobrar este papel que dijo el viejo que era el tiempo.

Estas palabras parece que le pusieron lumbre al otro paisano, porque pegando un salto le preguntó:

—¿Cuál papel? A ver, enséñamelo, quien quite y lo cobremos en seguida y nos armamos.

Policarpo sin más sacó el famoso papel y se lo enseñó, y no bien lo hubo visto el valedor, le dijo que eso era el juego Juanelo, que pintaran para el “Dipo” del Santa Fe y que en el Departamento de Carga el papelito sería pura fierrada.

El cuate Policarpo vio con estas declaraciones un pedazo de carne que le bailaba por enfrente y relamiéndose de sólo pensarlo, se levantó y acompañado por el otro que ahora no le quería aflojar ni medio dedo, pintaron con rumbo al “Dipo de carga del Santa Fe”.

Con la lengua de fuera y soplando como fuelles iban nuestros parnas como alma que se lleva el diablo, tanto por la jaspia que les atormentaba como por temor de que les fueran a cerrar el establecimiento y se quedarán sin miel y sin jícara hasta el día siguiente. Pero no obstante sus temores, cuando llegaron no eran más de las dos de la tarde, de modo que después de indagar quién era el gallón que las podía en eso de pagar aquel papel, se le dejaron ir derecho y sin muchos cumplimientos se le presentaron y le dijeron que se dejara caer muerto con la fierrada.

El gringo que los atendió le dio una mirada a Policarpo y le dijo que firmara un papel, cosa que no hizo Policarpo porque no sabía, por lo que sólo puso una cruz y después de esta ceremonia, le arrojaron la pastilla en número de diez y ocho dólares.

Los que la dibujamos por los famosos Estados Unidos sabemos lo que quiere decir el no haber amartillado y estar bruja y de pronto armarse con algunas jolas. Así es que ya pueden figurarse el gusto que sentirían estos pobres parnas al ver relucir sobre las manos la bonita suma de diez y ocho dólares.

Policarpo luego que se deleitó con la fierrada que acababa de recibir, lo primero que hizo fue echarles nudo en su pañuelo y metérselos en la cintura para tenerlos más seguros y en seguida le dijo al compañero que pintaran a arrempujarse la cantidad de pan que se le antojara.

El parna que de eso pedía su limosna, tomó la delantera y en esta vez Sufrelambre no se dejó ganar, pues habiendo entendido de lo que se trataba, tarde se le hacía que no llegaban al lugar de los acontecimientos. Otra vez nuestros parnas se dejaron ir por la calle Primera con rumbo a la calle Main, pues aunque se encontraban algunos restaurantes no querían meterse en ellos por temor de que los echaran para afuera, pues sabido es que la chicanada por muy diabla que sea, bien sabe en dónde se ha de aparecer para no echar cuero malo.

Como alma que lleva el diablo y que llega a las puertas del infierno, así llegaron nuestros compatriotas al primer restaurant de la calle Main y sin andarse haciendo de papeles se ordenaron cada cual *jamaneg* a lo gringo, y que a lo español son huevos con jamón.

En casos como éste, por fiel amigo que sea el perro y por todas partes nos haya acompañado y aguantado nuestros maltratos, siempre resulta que nos olvidamos de pedir platillo para él, pero Sufrelambre que no era de aguantar tales cosas y acosijado por la jaspia que ya lo trozaba, empezó a protestar a ladridos y araños de que no le hubieran dado su orden al mesero. Las protestas de Sufrelambre no fueron como las de los obreros que se levantan en huelga y chillan y patean sin que los patrones les hagan caso, pues Policarpo a la primera protesta del perro ordenó también que le trajeran *jamaneg* cuando por fin se vieron delante del apetecido manjar, se dejaron ir como gato al bofe.

Ya pueden figurarse nuestros lectores lo duro y con sal que le darían a lo que les pusieron por enfrente, tan sólo les diré que por algunos momentos no se escuchó más que el tronar de dientes y el chapalear de la lengua al darle su pasada de saliva al *jamaneg*. En cuanto a Sufrelambre, no hay para que decir a ustedes que, con más hocico y lengua, en menos que canta un gallo se quedó echándoles agua y con la misma hambre, pues la ración le vino muy guanga para la barriga tan vacía que se

cargaba, mas como cada quien estaba ocupado en su quehacer no se dieron cuenta de que le había sobrado verso y le faltaba música, de manera que se amarró la tripa y se aguantó para mejor ocasión.

Por mucho rato nuestros cuatezones no se dirigieron la palabra y sólo sus ojos veían que desaparecía como por encanto el suculento platillo y cuando por fin lamieron el plato hasta dejarlo limpio, como para no darle trabajo al lavaplatos, se sintieron satisfechos.

Después de relamerse los bigotes, empujarse un vaso de agua y prender un cigarro, se levantaron, pagaron la cuenta y pelaron gallo con la intención de ir a visitar al cuatezón Chipote, pues Policarpo creía y con razón, que éste lo esperaba con ansia para saber qué había sido de él. De modo que poniendo la trompa con rumbo al hospital, le abrieron la gasolina a todo lo que pudieron para llegar lo más pronto posible, pues ya era tarde.

Ya iban llegando cuando Policarpo se acordó de que no llevaba nada al enfermo y en la primera tienda que encontraron hicieron parada para mercarle algo y cuando salieron de allí iban cargados con cigarros, pasteles y fruta de toda la que encontraron.

Como pollo que está enamorado y no ha visto a su gallina por algunos días, así llegó Policarpo a ver a don Chipote de Jesús María Domínguez y tarde se le hacía que no daba con el cuarto donde se alojaba el enfermo para saludarlo y darle todo lo que le llevaba, de modo que cuando al fin dio con él, se deshizo en cumplimientos y en seguida le presentó a su nuevo amigo de hambres.

Don Chipote, después de ofrecerle sus respetos al nuevo parna lo primero que le preguntó a Policarpo fue lo siguiente:

—¿Y Sufrelambre? ¿Qué es de él? ¿No lo has vuelto a ver?

A lo que Policarpo le contestó para que se calmara:

—Allí está afuera, sólo que no lo dejaron entrar por perro, aunque él hubiera querido, pero con seguridad le manda saludos.

No había acabado de decírselo, cuando Sufrelambre que no se podía pasar con que lo dejaran en la calle sin ver a sus amos, se metió de rondón a la sala echando aullidos de contento al ver a

su amo y con saltos de todas clases demostraba el gusto que le causaba el encontrarlo con vida.

Todavía no terminaba el perro de demostrar su gusto, cuando un enfermero entró garrote en mano para castigar al que así se había metido sin dar la contraseña, pero Sufrelambre, ya colón, se dejó ir derecho a la cama de su amo y de un salto se le acomodó al lado creyendo que allí le hacían lo que el aire a Juárez.

Cuando el enfermero vio que el perro se había puesto en el lado del consulado, se le bajó el coraje que llevaba y no tuvo más remedio que decirle a don Chipote que lo bajara para echarlo fuera, pues los reglamentos del hospital no permitían que entraran los perros.

Tanto Policarpo como don Chipote estaban apenados por la vacilada que les había dado Sufrelambre y no hallaban qué hacer, pues el enfermero les echaba unos ojos como si no hubiera comido. Por fin Policarpo se animó y mientras le daba vueltas al sombrero, dijo:

—Oiga, señor, háganos la mercé de dejarlo, que al cabo ya vamos a pelar gallo y yo me lo llevo y le prometo que ya no volveré a venir, ándele, no se haga como yo era de antes, que al cabo un día con otro se le ha de ofrecer.

El enfermero más entendió por la cara triste que le ponían que por lo que le decían y bajando el palo que lo había tenido en alto y bajándose el coraje les dijo:

—Está bueno, pero pele gallo en seguida, porque si viene el jefe, va a echar para afuera al perro junto conmigo.

Después de hacerles esta advertencia, pintó y en seguida Policarpo le dio vuelo a la lengua y como si estuviera rezando, le contó a don Chipote todo lo que le había pasado y lo que había hecho y entregándole lo que le había traído y despidiéndose de toda carrera, le prometió que al día siguiente vendría.

El otro parna por su parte hizo lo que pudo demostrándole lo que sentía por mal y le dijo que no faltaría a la visita en compañía de Policarpo.

Ya nuestros parnas iban llegando a la puerta cuando don Chipote les gritó que vinieran por Sufrelambre, pues éste no quería bajarse de la cama y por lo que veía pasar la noche de dormitorio con su amo a quien desde que había llegado había estado lamiendo de una parte a otra, como para demostrarle lo

mucho que lo quería; sin embargo, como él era el que tenía la culpa de que Policarpo pelara gallo antes de que fuera la hora, no hubo más remedio que sacarlo de entre las sábanas a jalones de cola y de este modo fue como entre aullidos y mordiscos, abandonaron el hospital.

Capítulo doce

Para todos los que conocen Los Ángeles, no son un misterio las vicisitudes que pasan todos los mexicanos que embobados por lo que les cuentan o por lo que les aprieta el zapato en el lugar donde están camellando, se dejan venir, dizque a barrer el dinero con la escoba. Y no es precisamente que la ciudad no tenga recursos para dar a sus habitantes sino precisamente por lo grande que es y por sus medios de vida es por lo que la mayoría pela gallo a Los Ángeles dizque a mejorar, resultando de esto una aglomeración de braceros que no hacen otra cosa que descomponer el volado y poner muy alta la canasta de las tortillas, pues los que tienen trabajos al ver esta aglomeración se chiquean y pagan lo menos que pueden. Tómese en cuenta que los camellos nunca tenemos cuartilla alzada y se verá que la necesidad nos hace trabajar por lo que nos pagan, el caso es no aflojarle a los de la olla.

Policarpo que había venido tan sólo por no abandonar a su cuatezón, pero que también era un engañado, le había pasado lo mismo que a todos. Ya llevaban tres semanas de trotar por las calles de Los Ángeles en compañía de Sufrelambre, sin que se encontraran en dónde camellar y por más que se paraba a la hora como los panaderos, en todas partes le decían que estaban cabales. Los primeros días de estas peregrinaciones, le gustaban, pues más se le iba en abrir el pico, admirando lo *demonchi* que son estos gringos — como le decía a don Chipote todos los días que lo iba a visitar — que en buscar camello, pero cuando la fierrada que habían cobrado se les comenzó a acabar y empezó a ver la cosa media negra, le buscó con tanto amor como un recién casado, pero se sacó la misma, pues había chicanos sin camello como para atrancar el tren. Durante este tiempo nuestro cuatezón, don Chipote de Jesús María Domínguez, había ido mejorando del demoniazo que se había dado en la pata y la pura verdad pelada, como decía él, le había caído la descansada al puro pelo y solamente le apuraba

el recuerdo de su Chipota y chipotitos de los que no sabía nada, pues no obstante que otro enfermo le había hecho dos cartas y se las había mandado, no había recibido ni una letra del terrenazo y esto era lo único que lo tenía con cuidado. Por lo demás, ni siquiera se apuraba por el trancazo.

Por fin se llegó el día en que los doctores le dijeron a don Chipote que ya era tiempo para que buscara dónde pintar y que se fuera con la música a otra parte, que ya lo habían mantenido por algún tiempo y que sobre todo ya estaba bueno para que le entrara de nuevo al camello. Don Chipote que en efecto ya se sentía bien y que lo que quería era salirse del hospital para ponerse a trabajar, les contestó que esa misma tarde cuando fuera su amigo a verlo, se iría con él.

En la tarde le dieron su alta y cuando llegó Policarpo le dijo que ya estaba listo para pintar con él y darle vuelo a la hilacha por las calles de Los Ángeles en busca de camello.

A Policarpo se le volvió el alma al cuerpo con la noticia, pues ya no le quedaba fierrada para otro día y como don Chipote también traía su tiempo por cobrar, tenía la esperanza de que con él ya no le faltara martillo entre tanto conseguían en donde hacerle pulmón a la camellada.

Estaba don Chipote poniéndolo al tanto de la noticia cuando llegó un enfermero con el tambachi de la ropa y se lo entregó, diciéndole al mismo tiempo que se quitara el camisón del hospital.

Don Chipote no se hizo del rogar y en menos que canta un gallo, se la puso, los dos cuatezones pusieron las narices con rumbo a la puerta.

Ya se iban como los toros del jaral, con todo y reata, cuando don Chipote se acordó de que la gente no debía irse de ninguna parte sin dar las gracias y, queriendo cumplir con esta regla de educación, se regresó a la oficina, cosa que le sirvió, pues mientras él se desarmaba en cumplidos y agradecimientos para la guapetona de la oficina, ella le arregló el papel que debería presentar al *suplai* para que lo mandaran si querían volverse al camello a la sección de donde habían venido.

Si la pollona le entendió o no sus agradecimientos, él no supo, pero en cambio él quedó con la conciencia tranquila por haber cumplido con lo que manda la urbanidad.

Mientras don Chipote se entretenía en la oficina, Policarpo

se desesperaba, pues ya se le figuraba que cerraban el "Dipo" de carga y no alcanzaba don Chipote a cobrar la moneda que tanta falta les hacía; de modo que cuando salió, sin hacer caso de que su cuatezón había estado malo de la pezuña y de que todavía cojeaba, lo agarró del brazo y lo hizo que jalara lo más recio posible.

Nuestros lectores sin duda querrán saber lo que había sido de Sufrelambre y tienen razón, pero deben saber que el perro como ya colón, desde el susto que le había dado en la primera visita que hizo a su amo, había pensado que no tenía más remedio que aguantarse las ganas que tenía de verlo hasta que saliera del hospital.

Cuando de pronto se encontró de manos a boca con su querido amo, casi se volvió loco y se le echó encima lamiéndolo y bailándole, como si se lo quisiera comer de gusto de verlo bueno y sano. Según supe después hasta la cola se le quería caer de tanto que se la movió a su amo.

Don Chipote por su parte, no le escatimó las caricias al que tan fiel había sido desde que salió de su jonuco, mientras Policarpo se desesperaba por el miedo que tenía de no alcanzar a cobrar el tiempo de don Chipote. Policarpo enteró a don Chipote de las críticas circunstancias financieras en que se encontraban y en cuanto lo hubo sabido éste, echaron a andar como alma que se lleva el diablo a cobrar el tiempo.

Aunque la distancia del hospital a la estación no es muy grande, como don Chipote no podía andar muy aprisa, cuando llegaron ya estaba cerrada la oficina y, con la tristeza de amanecer al día siguiente sin cuartilla, pelaron gallo para la famosa Placita a surtirse de sol para pasar la noche ya que con seguridad sabían que tenían que hacerla al aire libre.

Ya sin prisas y tomando el tiempo que era necesario, llegaron a la Placita y tomaron asiento esperando la buena de Dios para más tarde, pues por el momento les venía guanga la situación, ya que don Chipote se había empanzado en el hospital y Policarpo todavía tenía para comprar "donas" y café para los dos reales.

Entre tanto Policarpo le explicaba a don Chipote todo lo que éste veía de nuevo, ya que para Policarpo eran estas cosas que veía de diario.

Como la chicanada es muy amante de saber lo que no le

importa, al ver a don Chipote medio cojo, no faltó quien le preguntara qué era lo que le había pasado y éste, como era natural, contó de cabo a rabo el percance y terminó diciendo que acababa de salir del hospital.

El paisano después de escucharlo, preguntó si ya había arreglado que le pagaran el golpe, a lo que don Chipote contestó que no sabía si tenían que pagarle; que le habían dado un papel para que lo cobrara, pero que eso era por los días que había trabajado.

El amigo le dijo, después de ver el papel, que ése era el tiempo y que lo que tenía que hacer era ver a un abogado para que le ayudara a arreglar su negocio, que seguro que la compañía tenía que pagarle su golpe.

El norte que le dio el cuatezón hizo que don Chipote se pusiera chango y que le dieran ganas de sacar algo por la pezuña, así es que con interés, le preguntó al paisano cuánto le costaría el abogado, puesto que no tenía dinero para pagar, a lo que el otro le contestó que podía conseguir quien le moviera el negocio pagándole después que lo arreglaran y, que si quería, él lo llevaría con un señor que las podía en eso de arreglarles asuntos a los paisanos. Don Chipote contestó agradecido y aceptando desde luego el ofrecimiento, prometiendo como siempre que no se daría por mal servido, que, mediante Dios, luego que se arreglara el negocio, le iba a dar algo.

Después que se peló el paisano, nuestros parnas se quedaron sumidos en sus meditaciones por largo rato, pensando sin duda en la inmortalidad del cangrejo y en lo distante que se encontraban del terrenazo y de sus familiares, mientras que Sufrelambre que se había encontrado también su parna, perteneciente al género femenino, se entretenía en hacerle el amor a ver si podía conquistarla para echarle el lazo conyugal. La perrita que sin duda estaba hecha a las costumbres de los Estados Unidos y que no hablaba español, no entendería a los ladridos que Sufrelambre le lanzaba y lo vacilaba de lo lindo mientras que Sufrelambre se ponía a babear y sacaba la lengua al ver que ésta no se daba por entendida de lo que él quería, sin comprender que la fulana lo que se proponía era probar su cariño para después darle todo su amor y premiar a Sufrelambre con todo lo que él pidiera.

Nuestros expatriados no se daban cuenta de los aprietos en

que el amor había metido al perro, pues engolfados como estaban en sus meditaciones les importaban tres cacahuates los efectos del amor.

Ya el sol se pelaba de casquete por el Oeste y las primeras sombras de la noche tendían su manto sobre este pícaro mundo invitándolo a echar un sueño en brazos de Morfeo o de lo que fuere. Ya Sufrelambre se había conchavado a la guapetona perrita, dueña de sus perrunos amores, cuando nuestros héroes se levantaron para ver a dónde pelaban gallo.

Como Policarpo era el que ya sabía las andadas, jaló a don Chipote con rumbo al "Postofe" por la calle Main, mientras que Sufrelambre le echaba unas miradas tiernas a la dueña de sus pensamientos, la que a su vez, se lamía, y se relamía, como diciéndole a su amor que se iba, que en aquel lugar vivía y no pagaba renta. Por su parte Sufrelambre no dejó de mirarla hasta que un transeúnte le dio una pisada que lo hizo volver a la realidad de la vida y, con un ladrido y un quejido, le mentó al bobo la progenitora de sus días.

Nuestros parnas, como toda la gente que no tiene qué hacer, iban contando los pasos y parándose en todos los aparadores echando agua a las cosas que más se les antojaban, siendo éstas los calzones y las camisas de lo que ya andaban escasos, las que si se quitaran de sus cuerpos había peligro de que se fueran, pues por las cascadas que de continuo se daban, se comprendía que tenía la peste que anda.

Mientras más veían, más les gustaban las cosas que les parecían tan baratas que se proponían comprar en cuanto que tuvieran camello, no sólo para ellos sino para sus familiares y, como por ver no se paga, seguían echando la baba delante de los aparadores.

Anda que anda, llegaron hasta el correo o "Postofe" y, como ya sentían que las grandes se querían comer a las chicas, resolvieron meterse a la fonda que les pareció que cobraba menos. Por supuesto que eso de fonda sólo a don Chipote se le ocurrió, pues Policarpo que ya estaba civilizado le dijo que se llamaban "restaurantes" y después de hacerle esta observación para "deslustrarlo" se metieron a entrarle al pipirín.

Inmediatamente Policarpo tomó aire de sabio y, queriendo presumirle a don Chipote que ya sabía inglés, pidió la orden en esta forma: "Gimi cofi y donas". Como el mesero le preguntara a don Chipote qué le servía, éste peló los ojos, pero su parna estaba listo y dijo: "Gifi sem tu, sabe", con lo que quedó muy pagado de su sabiduría y don Chipote asombrado de lo que sabía su cuate en tan poco tiempo.

Como con ganas de que no se les acabara el suculento martillo, nuestros parnas le daban vueltas y vueltas a cada mordisco, mientras que Sufrelambre se desesperaba dándoles rasguños para alcanzar alguno que otro pedacito que le tiraran para que no estuviera dando lata, cosa que al pobre le caía muy gordo, porque después de la enamorada que se había dado y de la hartada de amor, se había quedado muy débil. Por fin, después de ver que sus amos le estaban haciendo un topillo con su parte, se decidió a meterse con rumbo a la cocina, pues de ese lado le estaban llegando unos olores que casi le querían desmayar y sabiendo el dicho perruno que dice que perro que no sale no encuentra hueso y que el que no se arriesga no gana, se desapareció de la vera de sus amos y se fue a ver qué Dios le daba.

Éstos por su parte, metidos como estaban en saborear su "cofi", no se dieron cuenta de la hazaña de Sufrelambre hasta que en el interior se oyeron unos "You cateme dog", unos palos y unos lamentos que luego conocieron ser de alguno de la familia, y tan no se equivocaron, que casi al mismo tiempo pasó por junto de ellos el perro, cojeando, pero con un pedazo de carne en el hocico. Temiendo sin duda que les fueran a hacer cargos, se quedaron serios echando humo. En efecto, sus sospechas se confirmaron cuando el cocinero salió con un garrote en la mano preguntando de quién era el perro, pero nadie contestó, se volvió a la cocina echando sapos y culebras en su idioma.

Nuestros cuates, temerosos de que el parna Sufrelambre se diera la vuelta y los comprometiera, más que de prisa pagaron y pelaron gallo antes que les cayera tierra.

Apenas habían caminado unos cuantos pasos fuera del restorán cuando se les encuató Sufrelambre, llevando en el hocico un soberbio pedazo de salchicha a medio masticar. Verlo nuestros cuates y meterle de nuevo los nueve puntos a la

velocidad, todo fue uno, pero como Sufrelambre no se figuraba por qué se querían pintar, también apresuró el paso, de modo que cuando ellos llegaron a la Placita, el perro se les apareció y depositó a sus pies el fruto de su mal trabajo.

El perro los miraba de hito a hito, como diciéndoles: "Ahí está para lo que ordenen" y ellos, a decir verdad, le pelaban unos ojos a la carne que casi se les salían, mientras Sufrelambre se esperaba a que se decidieran a acompañarle en su banquete.

Nuestros cuates que no habían quedado satisfechos con las donas que se habían empujado, no pensaron largo rato y se dejaron ir sobre la carne, la que después de darle una lavada, la partieron en dos partes, dándole una al perro y partiendo la otra por igual entre los dos. Con este otro apuntito se pusieron parejas para pasar la noche.

Después que refinaron tan opíparamente, como ya estaba haciendo frío y el doctor le había recomendado a don Chipote que no se serenara, pensaron que lo mejor que podían hacer era pinta a la durma, cosa que hicieron inflándola a un hotel de mala muerte donde Policarpo había ya antes ocupado un cuarto, para ver si les echaban gancho y los dejaban dormir a cubierto.

Llegados al cuarto después de obtenido el crédito, se quitaron las llantas, luego la ropa dizque para que no se les arrugara y, después de rezar sus oraciones, se tiraron a la ruru.

Mucho extrañó don Chipote las comodidades del hospital, no obstante lo cual pasó la noche de un jalón y, como no tenía apuro de levantarse temprano, le hubiera seguido de frente a no ser por Policarpo que impuesto a levantarse a temprana hora a buscar camello, muy de mañana se puso en pie, lo que hizo que don Chipote cortara su sabroso sueño.

Después de rezar la oración de la mañana, se lavaron, se dieron su mano de gato, con lo que asentaron el greñero y pelaron gallo para la Placita a esperar al paisano que los iba a llevar con el que les iba a arreglar el pago del golpe.

El que espera desespera y más, si se toma en cuenta que tenían el estómago vacío. Como no hay plazo que no se cumpla, a pesar de que la cita era entre chicanos que tenemos fama de poco puntuales, el cuatezón llegó a las nueve en punto. Se saludaron, se movieron las colas y tomaron rumbo a la oficina de su famoso arreglador de negocios de los paisanos.

Como nuestros cuates andaban con el estómago vacío ya veían lucecitas y no teniendo con qué martillar nomás se miraban uno al otro. Por fin, no aguantaban y le dijeron al acompañante que si no quería que fueran primero a cobrar la fierrada del papel del tiempo, pues que no tenían para pagar si el arreglador les pedía algo adelantado.

El paisano les dijo que no, que no se apuraran, que aunque les pidiera anticipo, no le dieran nada por aquello de que música pagada toca mal son. Nuestros cuates bajaron el pico, pero al fin no se aguantaron y le dijo don Chipote:

—Pos la verdá le diré que si al amigo ése no hay que darle nada por adelantado, nuestra barriga nos está pidiendo lo que le debemos desde esta mañana, pues no le hemos dado nada qué hacer.

El paisano entendió desde luego que no le habían entrado al pipirín por lo que ya no se opuso a que fueran a cobrar el tiempo y la jalaron a la estación de carga.

Mientras iban por el camino don Chipote veía que le bailaban frente a los ojos los pedazos de pan con mantequilla que se había endilgado en el hospital, de modo que cuando hizo cuchara la mano y recibió el puño de pesos que le pagaron, sintió que el alma se la volvía al cuerpo.

Como era natural, por el momento no pensaron sino en dejarse ir al martillo para rellenar el vacío que sentían en el estómago y que los tenía tan débiles. Así es que sin dilación entraron al primer restaurant que se encontraron y a darle que es mole de olla.

Satisfechos con el banquete, en el que participó Sufrelambre pues le ofrecieron un platillo, y ya con valor para pelear la causa del trancazo, se dirigieron a la oficina del picapleitos.

Existe en Los Angeles una palomilla de pícaros que, desconocedores de lo que es ganarse el dinero camellando, se ocupan sólo de desplumar a los incautos paisanos que por falta del idioma se ven en la necesidad de recurrir a ellos. Estos pícaros tienen establecidas oficinas en las que prometen arreglar toda clase de negocios, trátese de lo que se trate. Los hay curanderos por medio de ciencias ocultas que hasta les consiguen el amor de la mujer que les guste; otros hacen traducciones, cartas amorosas y otros miles de desatinos con los que despluman a los paisanos que, confiados en la

sabiduría que les anuncian, caen como palomitas en las garras de estos chupa-dineros que, sin escrúpulo ninguno, se bailan al que se les pone enfrente.

No se sabe debido a qué, las Autoridades de Los Ángeles no acaban con esta plaga de zánganos que día con día se multiplican, pues sólo de cuando en cuando les dan su susto, cosa que no logra acabar con ellos.

El que esto escribe ha tenido oportunidad de conocer a gentes que han sido estafadas miserablemente y que debido a que estos pícaros tienen sus asuntos arreglados más o menos conforme a la ley, se han quedado estafados y con un palmo de narices, cuando han tratado de pedir justicia.

Con uno de éstos fue con quien los llevó el cuate, quien sólo porque en un tiempo le había arreglado que le pagaran lo que había trabajado, creía que el leguleyo era la jirviendo en la olla y ayudador de los paisanos.

Después de la presentación le dijeron de lo que se trataba y las pretensiones de don Chipote y el huizachero, en cuanto olió el negocio y vio que podía armarse, aprovechó la oportunidad y los engaratuizó para que no se pelaran.

Para esto, les ofreció que le sacarían a la compañía un montón de pesos ya que el golpeado tenía derecho a quién sabe cuántas cosas y en fin, los enredó de tal manera que nuestros cuates quedaron seguros de que con lo que sacara don Chipote por el trancazo que se había dado, tendrían para volverse al terrenazo y comprar algunas yuntas de bueyes y ponerse a trabajar por su cuenta. Policarpo estaba tan seguro de lo que les había contado el huizachero que hasta envidia le tenía a su parna y de buena gana hubiera querido ser él quien se hubiera dado el trancazo.

Don Chipote, que traía la barriga llena y el corazón contento, con las esperanzas que le habían dado no le cabía el gusto en el cuerpo y salió de ahí hasta con ganas de disparar, y como el que los acompañaba de eso pedía limosna, pues después de todo era más que uno de esos chicanos que nunca hallan trabajo, porque salen a buscarlo rogando a Dios no encontrarlo, en cuanto que le vio a don Chipote las buenas intenciones los invitó para la calle New Nigh donde estaban los lugares donde se vendía el vino que no emborrachaba y le

decían "saida" y que además por ese rumbo había muchas muchachas.

Nuestros cuatezones, que eran unos zopencos de primer orden, y como lo malo es lo que más llama la atención, se dejaron engaratusar por el amigote que les había salido y pintaron con rumbo a la calle que tanto les había ponderado.

No tardaron mucho en llegar y, sin más, como si él fuera a pagar, ordenó unos vasos de la famosa "saida", los que una vez servidos, los bebieron brindando por el buen éxito del negocio que les esperaba con el abogado.

Nuestros parnas que sentían calor y ganas, se dejaron ir sobre el trago que no emborrachaba y, de un sorbo, se lo acomodaron en la barriga y encendieron un cigarro para poder tomarle sabor. Como el trabajo es la primera y ésta les había entrado sin dificultad por las ganas que tenían, muy pronto se dejaron venir las otras, y luego otras, y de esta manera hasta la cuenta se les perdió, pues aunque el colero les dijo que no se les iba a subir, al poco rato de haberse empujado las primeras, comenzaron a sentir que la calle les daba vueltas y que el gusto se les quería salir del cuerpo porque ya no les cabía y como una vez borrachos todo nos importa cohete, los pobres parnas empezaron a hacer miles de pantomimas y a ser el hazmerreír de los que los veían. Las copas se seguían unas a otras, poniéndose la cosa muy suave, pues a Policarpo le dio por la gritada y empezó a lanzar al viento sus vivas a México y al santo patrón de su pueblo, mientras que a don Chipote le dio la tristeza y empezó a hacer recuerdos de su familia y, como era natural, le dio rienda suelta a las lágrimas y lloró a moco tendido recordando a su amorosa Chipota y a sus chipotitos, de quienes no sabía nada, pues no le había mandado ni una carta desde hacía mucho tiempo.

Por fortuna para nuestros paisanos, la salida no estaba muy fuerte y como se habían atrancado demasiado, pronto la barriga se les puso como bule y ya no les cupo más, de manera que la pararon y se recargaron en una banca a dormir y después de una pestañeada se levantaron casi en su juicio. El valedor quería que le siguieran, pero don Chipote se negó a disparar más, por lo que, saliendo de la cantina, se encaminaron a echarle algo al estómago y luego a dormir.

Capítulo trece

Por la mañana, después de que se lavaron la máscara e hicieron todas las necesidades de la mañana, se dejaron ir a empujarse algo que les calmara la cruda que sentían, así es que se fueron a uno de los restaurantes mexicanos y se metieron un menudo, cosa que fue muy del agrado de Sufrelambre, quien le dio duro a los huesos hasta dejarlos pelones, más de lo que los habían dejado sus amos. Después Policarpo decidió ir a buscar camello y para esto le pidió a su cuate que lo armara con algo para comer en caso de que agarrara chamba y le dijo que lo esperara en el cuarto en la tarde, pues no regresaría hasta que no consiguiera trabajo. Con esto, y después de que don Chipote le había dado un dólar, peló gallo, dejando a don Chipote en la calle Main viendo para todos lados a ver a dónde pintaba.

No tardó mucho en agarrar camino y se fue a la Placita, pues no sabía a otra parte, además de que allí encontraría a paisanos que le hablaran en su lengua. Ya llevaba gran parte de la mañana allí, había dormido, fumado hasta que parecía que se estaba emborrachando otra vez y, por último, ya estaba aburrido y bien asoleado.

No sabiendo en qué matar el tiempo, pensó en dar una vuelta por la calle Main y caminó sólo para que se le quitara lo entumido.

Así paso a paso, llegó a la puerta de uno de los cines y se pasó a ver los monos que ponen para animar a la gente a entrar. El gritón se desgañitaba anunciando la función, que, según él, era la mejor de la temporada; las vistas las mejores que se habían exhibido y poco faltaba que metiera a los transeúntes a la fuerza.

Don Chipote que no hallaba qué hacer y animado con la propaganda del gritón, preguntó cuánto costaba la entrada y, después de saber que costaba sólo diez centavos, compró su boleto y se metió a vacilar.

Sufrelambre al ver que su amo se metía y con todo que no le

había comprado boleto para él, lo siguió para ver también el “cho”.

Don Chipote en su vida había visto las proyecciones cinematográficas y para mejor decir, no sabía que el “cho” estuviera a oscuras, de modo que luego que se asomó y que no vio nada, le dieron ganas de echar a correr para atrás, pues pensó que aquello sería el infierno. más cuando por el cambio de la luz a lo oscuro no vio por donde iba y se dio un trancazo en uno de los pilares del salón.

Sufrelambre se repegaba a su amo y éste no se quería soltar del pilar en donde se había dado el trancazo. Sufrelambre gemía y a don Chipote le temblaban las piernas.

Por fin, poco a poco se fue imponiendo a lo obscuro y empezó a ver los asientos y todo lo que le rodeaba. Cuando ya pudo echar agua de todo a todo y ver bien, agarró el caminito y sin ver dónde se sentaba, se aplastó en frente de la pantalla y fue hasta entonces que se dio cuenta de que los monos que salían de la manta se movían, lo que hizo que don Chipote se empezara a poner nervioso, o lo más claro, con miedo; por lo que, haciendo la señal de la cruz, se encomendó a la Divina Providencia, y trató de emprender la carrera para donde había entrado, pero se detuvo al pensar que en la carrera podría caerse y que sobre caído se lo podía echar al plato.

Total, decidió agachar la cabeza y no ver para ningún lado, esperando a que nuestra señora del Perpetuo Socorro lo sacara del trance.

Ya tenía rato de estar azorrillado esperando la buena de Dios, cuando una carcajada de los espectadores lo sacó de su apuro, pues no pudiendo aguantar la curiosidad, levantó la cabeza y vio a la pantalla a tiempo que el actor cómico de la vista le aventaba con un pastel a un viejo y le pegaba a la novia. El resto de los espectadores seguían riendo de las nahualadas de que se componen las vistas cómicas y don Chipote sentía que se le iba volviendo el alma al cuerpo y también le daban ganas de reír con los chistes del mamarracho. No tardó mucho sin que le diera vuelo a la hilacha y se estremeciera el salón con sus carcajadas, llamando con esto la atención de los demás que, por estar vacilando con él, dejaban de reírse de la vista para reírse de don Chipote, a quien no podía caberle en la cabeza que los monos aquellos fueran tan chistosos al grado que le

daban más ganas de reír que cuando estaba en su luna de miel y que su Chipota le hacía cosquillas por la mañana, para que se despertara riéndose con ella, con lo que don Chipote se sentía más enamorado.

De plano, para sí mismo, don Chipote se confesó que su miedo no tenía razón de ser y que todos sus temores eran hijos de su tontera, pues ahora razonaba que para ir a los infiernos no hubiera tenido que pagar. Ya tranquilizado con sus propias ideas, se ocupó sólo de ver la vaciladora vista, y para que Sufrelambre no se quedara sin ver aquello se lo subió en las piernas y le enseñaba lo que él veía.

Por supuesto que al perro le importaba un comino lo que tanta risa le causaba a su amo, pero lo que sí le estaba dando de saz era estar arrellanado en las piernas de su amo, ya que hacía tanto tiempo que éste no le hacía ninguna caricia.

Don Chipote seguía entre tanto riéndose hasta caérsele la baba y dando lugar a los demás para que se rieran de él.

En estas y las otras se acabó la vista y anunciaron que seguía la variedad y aunque don Chipote no sabía qué era eso, se quedó sentado tan sólo porque los demás se quedaron.

Ya empezaba a fastidiarse de tanto esperar, cuando con todo beneplácito, vio que el amigo músico de la tambora se acomodaba junto al piano y pensó que sin duda iban a danzar los matachines como allá en su tierra.

Por fin llegó el maestro del piano, y después de darle una pasada general al teclado, lo atacó furioso en unión de su sonoro compañero tocando el pasodoble que ya saben hasta las lechuzas del campanario: “Sangre Mexicana”. Después de que pensaron tocar (porque en realidad no se escuchaba más que los tamborazos y platillazos) se levantó el telón y se presentó una gargantilla casi en cueros menores, lo que hizo que don Chipote se tapara la cara que se le puso color de vergüenza de ver a aquella mujer con tales vestiduras; y esto no vayan a pensar que era falso pudor de nuestro paisano, pues como deben comprender, en su terreno nunca había visto a mujer alguna, vamos ni a su mujer, más allá del tobillo; por lo que ya pueden imaginarse lo que pasó por él al ver aquella hembra enseñarle al público las piernas, que más parecían chorros de atole que piernas.

Como la tentación es lo peor con que cuenta el género

humano para que se lo lleve el diablo, don Chipote no pudo aguantar y poco a poco fue abriendo los dedos para ver otra vez a la que lo deslumbrara, y así poco a poco siguió hasta que por derecho se peló la mano de la cara y se puso a contemplar a la beldad y entonces sí que la baba se le salió de lo lindo.

Cuando acabó de cantar el sonsonete la bella tentación de don Chipote, dio las gracias y peló gallo. El público pateó, chilló, aplaudió y nuestro cuate, contagiado por los demás, hasta se paró de golpe dejando caer a Sufrelambre, que no aguantó el porrazo sin lanzar al aire un do de pecho, lo que hizo que los aplausos se redoblaran, pues el público creyó que era la cantante que, agradecida, empezaba una vez más desde adentro la canción.

La pobre bailarina y coupletista no era una de las mejores pero para la palomilla que tenía delante era algo del otro mundo, principalmente para don Chipote que, como hemos dicho antes, nunca les había visto a las mujeres, ni siquiera la suya, más arriba del tobillo.

La cantante hizo rabiarse al público por unos momentos y luego se decidió a repetir el número, sólo que esta vez sabiendo que lo que más les daba de alazo a los que la aplaudían era la exhibición de sus mórbidas zancas, cantó y bailó procurando enseñar el sitio de donde le pendían los calzones. Con tales demostraciones de arte ya pueden figurarse los lectores cómo se pondría el auditorio y principalmente don Chipote, a quien hasta la vista se le estaba nublando. Por fortuna, cuando ya casi se estaba quedando ciego, acabó la artista y peló gallo entre aplausos y patadas del público que a toda costa quería que le diera más de lo mismo.

La palomilla rabió, chilló e hizo todo lo que pudo y quiso, pero la gallona ya no salió, en cambio vino un gargantillo que vestido como los paisanos que se han metido, engullido o incrustado sus copiosas revueltas con curado de tuna, también quiso ganarse los aplausos del respetable diciendo chistes y tonterías tanto o más subidas de color que las canciones y piernas de su antecesora. En fin, que el mamarracho aquel los divirtió, no tanto por los chistes sino porque con la pantomima que representaba se acordaban de cuando en su terrenazo se ponían sus tragos. Así es que le premiaron sus malos trabajos con una salva de aplausos que él recibió haciendo cabriolas

mientras pelaba gallo, llevándose el alma llena de agradecimiento para los que tan bien sabían reconocer su arte.

Sin duda que pensaba que lo harían repetir, pero en cuanto se perdió de vista entre los bastidores se acabaron los aplausos.

Seguía a este número otro, o el mismo, sólo que ahora salieron los dos reales. Ella vestida de china poblana y él como antes, sólo que ahora ya no traía huaraches, y se portaba un sombrero charro que en sus tiempos había sido galoneado, pero que a la fecha brillaba por el montón de lentejuela que le habían prendido. Con estos disfraces nuestros artistas sostuvieron un diálogo callejero, que a la fecha en que lo ponían por novedad, ya lo sabían hasta los niños de pecho.

Tras de tan hermoso diálogo, en el que sacaron a relucir todo lo vasto de su repertorio, el maestro del piano se arrancó a manazos con el teclado, haciendo salir de entre las desafinadas cuerdas del instrumento las notas del jarabe tapatío, mientras que los eximios artistas le entraban a las patadas más o menos respuntadas o taloneadas.

La trifulca que se armó no es para describirla. La polvareda que se dejó venir tampoco podía describirse, pues a cada patada de los bailarines salía de las rendijas del tablado del foro tierra para hacer una casa.

La palomilla de cómicos que la vacila en los Estamos Sumidos, sabe que la chicanada se pone de puntas cuando le ponen por enfrente algo que le recuerde su santa nopalera y, como es natural, esta flaqueza se la explotan por todos lados. De allí que no hay teatro o jacalón en donde tengan contrato cómicos malos o buenos, en el que falte el peladito borrachento y un charro, más o menos charro. Cómico que anda por estos rumbos y que no sabe hacer el peladito y bailar el jarabe tapatío, está sin contrato y presumiendo de bohemio.

Mis lectores me perdonarán que me haya dado esta sacada, para darles a conocer entre azul y buenas noches el ambiente teatral de la ciudad de Los Ángeles; pero si lo hice fue para darles oportunidad a los cómicos que se quedaran bailando el jarabe, que lo acabaran y a la vez que se quitara la polvareda que las patadas sacaban de las rendijas del tablado.

Después que se le dieron las patadas reglamentarias al palomo y a la diana, el público se deshizo en aplausos y demás

yervas que se acostumbran, pero ya no hubo de piña y el telón se bajó, se oscureció el teatro y siguieron las películas.

Algunos de los asistentes a la función se levantaron y pelaron gallo. Otros se quedaron aplastados. En cuanto a don Chipote, no sabía qué hacer, si salirse o quedarse; mas viendo que a los que se habían quedado nadie les decía nada, se acomodó lo mejor que pudo y se puso a echar agua a la película de la que no entendió nada, pero que le divirtió tan sólo porque los monos se movían como si fueran gentes. Entre tanto Sufrelambre roncaba a más no poder a los pies de su amo.

Para no hacerles el cuento tan largo, les diré que don Chipote se metió el programa de cuerito a cuerito y que repitió la vacilada de la variedad y con seguro se hubiera estado allí hasta que lo hubieran echado fuera si no es que Sufrelambre dio muestras de enfado y de hambre, lo que hizo que él también notara que su estómago ya estaba descargado y que le estaba haciendo cosquillas.

Total, gracias a esto abandonó el teatro y salió a la calle medio asustado, pues se le figuraba que el mundo estaba pintado de amarillo, efecto por supuesto de haber estado tanto tiempo en la obscuridad.

Como la salida había tenido por objeto entrarle al martillo, se dejó ir derecho al restaurant que más le dio de alazo, lo que le cayó al perro de los cielos, pues también ya le daba el cuarto en su perril barriga. Después de que empacaron el martillo, que eructaron y se limpiaron los dientes y demás cosas que hace el que se ha empacado su ración, se encaminaron al cuarto a esperar a Policarpo.

Capítulo catorce

Como era de esperarse después de un día de jolgorio y teniendo la barriga llena, don Chipote sintió ganas de entrarle a la siesta. Así es que, después de llegar al cuarto, se tendió en la cama y el sueño se apoderó de sus ojillos piquete de gamuza.

Sufrelambre por su parte, como se sentía satisfecho con su amo, también se dio la vuelta y se tendió tan largo como era y se quedó dormido soñando en sus amores con la perra de la Placita.

¿Cuánto tiempo estuvieron roncando? No se sabe, pues despertaron cuando Policarpo hizo su entrada en el cuarto.

Regresemos un poco atrás de nuestra historia para saber lo que había acontecido a Policarpo después de que se separó de don Chipote para buscar camello.

Como hemos dicho antes, Policarpo después de la borrachera que se había puesto con la salida, de la cruda y demás acontecimientos, se decidió a encontrar camello y para su interior pensó no regresar hasta que llegara el hambre, pues ya sabía que si esperaba hasta conseguir camello, con seguro que se moriría de inanición. No obstante, la suerte lo ayudó y después de trotar mucho por la populosa City de Los Ángeles, dio con sus huesos en una construcción, donde estaban llenando las formas de las paredes con cemento batido y piedra quebrada.

El camello del cemento no es de los muy deseables y la mayoría de los trabajadores le sacan y se dejan ir a él sólo cuando no encuentran otra cosa y la necesidad los obliga. ¡Qué tal será el trabajito! La chicanada que no le tiene miedo al trabajo le alza arpa, y en repetidas ocasiones muchos camellan algunas horas o si mucho el día completo y no vuelven ni por el tiempo.

A tan suave camello fue a dar Policarpo y, sin conocerlo, y con ganas de trabajar, en cuanto que le dijeron si quería camellar, dijo que sí y sin más ni más le entró con ganas, como si se tratara de comer.

No tardó mucho sin que se le hiciera pesado el tercio, pues como la máquina batidora del cemento no fallaba y le había dado una carrucha para acarrear, la pura verdad que ya le estaba dando fiebre y sentía ganas de correr. Por fortuna, cuando ya se sentía con todas sus ganas juntas dieron las doce tanto en el reloj como en su barriga, por lo que se dejó ir a lonchar, teniendo tiempo así para descansar y animarse a seguir con el camello.

Los demás camellitos destaparon sus loncheras o los envoltorios donde llevaban el martillo y la emprendieron a dentelladas contra lo que en ellos llevaban, pero como Policarpo no llevaba nada con qué rellenar la escuálida barriga, se conformó con echarles antiparra, darle vuelta a la lengua y pasar saliva, pues aunque traía parte del dólar que don Chipote le había dado, no sabía dónde podría comprar martillo.

No tardaron mucho los compañeros en darse cuenta que el pobre no le atoraba al itacate y, como vieran que los ojos se le querían salir tras los bocados que los demás se embutían, uno de ellos se le acercó y le preguntó por qué no comía.

—Amigo —contestó Policarpo—, si no le atoro al biberón es porque no traigo, pero ganas me sobran.

El otro camello compadecido de la situación de Policarpo, le ofreció del suyo, oferta que éste aceptó en seguida, así es que se pusieron al “fifty-fifty” o sea a medias, a trincar de lo lindo.

Después de que terminaron con la ración de uno, dividida en dos, el compañero sacó un cigarro y le ofreció a Policarpo y, después de encender el propio, se tiraron a lo largo echando bocanadas de humo, mientras daba la una para entrarle de nuevo a la carrucha.

Policarpo estaba tan bombo con el rato que había camellado, que hubiera querido que esa hora no terminara nunca, pero por su mala suerte, no tardó mucho en oír los pitos de las fábricas que llamaban los camellos a seguir entrándole a la tarea.

Todos los camellos al oír el pito, se levantaron como con resorte y, pescando las palas, carruchas y demás yerbas que sirven para ganarse la vida, le entraron con amor a la faena para salir el día.

Policarpo, más a fuerza que ganas, pescó su carrucha,

mientras que las piernas le temblaban al pensar en la soba que le esperaba en tres horas.

Lo que sufrió Policarpo no es para describirse pues aunque era camello y de camello había pasado toda su vida, el trabajo del cemento lo traía loco, como pone a todos los que por primera vez le entran a la carrucha. Todos los vacilaban, se le volteaba la carrucha llena de cemento, le gritaba el mayordomo, se atrasaba en su turno para recibir la batidura y, como si estuviera enyerbado, cada rato pelaba gallo a tomar agua o se metía a la casita privada, como si lo que había comido hubiera servido de purga. Por fortuna el mayordomo se dio cuenta de que era la primera vez que Policarpo le entraba a esta clase de camello, y muy por el contrario de la mayoría de los mayordomos, le estuvo aguantando sin pensar siquiera en darle el tiempo.

Policarpo estaba tan bombeado que se le figuraba que a los relojes se les había acabado la cuerda y que nunca darían las cuatro, pues cuando se atrevió a preguntar la hora que era, supo con todo dolor que apenas eran las dos y media y eso que a él se le figuraba que ya había trabajado por toda una eternidad.

Ya seguía tras la carrucha casi sin esperanza casi inconsciente, cuando el pitazo de un tranvía del Pacific Electric le volvió el alma al cuerpo. Oírlo, y soltar la carrucha y arrancar, todo fue uno, pues creía el pobre que era el pito de la fábrica que daba las cuatro.

Un “hey” del mayordomo lo paró en su carrera y con cara de muerto regresó a ver qué se le había atorado al viejo, pues no se daba cuenta de que era el pitazo del tranvía el que lo había hecho correr, pensando que eran las cuatro.

El viejo le puso una jalada padre por haber tirado la carrucha y pelar gallo antes de tiempo, pero Policarpo se la aguantó, como se aguantó las burlas de los compañeros.

Decidido a morirse agarrado de la carrucha, pero a no ser por más tiempo el objeto de la burla de los demás trabajadores, Policarpo hizo un esfuerzo y pescó su carretita cargada con cemento, pensando para sus adentros que él era puro chicano y que no debía rajarse.

Como todos saben, la chicanada por lo general es de “Bolaños” y ya sea que se lo piquen a uno o que a uno solo se lo

pique eso que le llaman el amor propio trata de hacer hasta lo que no puede, así es que Policarpo sacó fuerzas de su flaqueza y siguió "puchando" la carretita.

Ya no hizo caso de que dieran las cuatro o que no las dieran de manera que cuando pitaron y los demás soltaron los herramientas, nuestro cuate siguió de frente hasta que el viejo le paró el alto.

Cuando ya le pasó la excitación de la camellada que salió a la calle, que se enfrió y que empezó a caminar con rumbo al cuarto, ya puede figurarse cómo iría. Las piernas abiertas y temblándole; las manos engarrotadas y caminando agarrándose de la pared. En ese estado hizo su entrada triunfal al cuarto donde don Chipote roncaba mientras Sufrelambre le hacía segunda.

Cuando despertó don Chipote y lo vio en tan triste estado, le preguntó qué le había pasado; si lo había machacado alguna de las carretas que andan sin güeyes, a lo que contestó Policarpo que no; que lo que pasaba era que había camellado y que el camello era duro.

Don Chipote siguió preguntándole más todavía, pero Policarpo no contestó puesto que ni de hablar traía ganas.

Don Chipote comenzó a contarle a Policarpo la vacilada que se había dado en el teatro, creyendo que con esto le volvería el alma al cuerpo, pero Policarpo no le hizo caso, se quitó las chanclas y se tendió a lo largo en el suelo, empezando inmediatamente a roncar.

Don Chipote se compadeció de su compañero y considerando que éste no tenía fierrada y que probablemente no le había entrado al martillo, pensó en salir y traerle algo de itacate para cuando despertara, pues con seguro que no se movería hasta en la mañana.

De todo corazón se encaminó don Chipote al restaurant donde en la mañana le habían entrado al martillo a traerle algo a su cuatezón para que le hiciera peso en el estómago. Sufrelambre, pensando que le esperaba otro atrancón, siguió a su amo. No tardó mucho en regresar nuestro paisano con un envoltorio debajo del brazo en el que ocultaba el itacate para Policarpo. Cuando entró hizo el mayor ruido posible para que despertara y viera lo que por él había hecho; pero Policarpo no

se dio cuenta, pues era tal lo bombeado que estaba que desde que se había tirado roncaba a más no poder.

Cuando don Chipote se dio cuenta de la plancha que se había tirado con su entrada triunfal, se acercó y lo movió, le habló e hizo todo lo que pudo por despertarlo, pero Policarpo gruñía y se volteaba para el otro lado. En vista de su fracaso, don Chipote tuvo una idea luminosa y la puso en práctica en seguida. Como sabía que Policarpo no le había entrado al martillo, destapó el contenido del bulto y se lo acercó a las narices y, ¡oh, maravilla! en cuanto los agujeros de las narices de Policarpo transmitieron el olor del martillo, despertó como por encanto. ¡Qué tal sería la jaspia que tenía! Lo demás para qué se los cuento, ya pueden figurárselo, sólo les diré que en menos que canta un gallo despachó lo que le había traído y se quedó mirando para todos lados, como si por alguno de los puntos cardinales le fuera a llegar otro envío.

Don Chipote, agradecido como estaba de la fidelidad de su cuatezón, gozaba con la atrancada que éste se había dado y antes de que acabara de engullir ya le había traído agua para que acabara de llenar la tripa. Policarpo bebió hasta ya no caberle y luego tiró un eructo que parecía cañonazo. ¡Estaba satisfecho!

Reanimado con el atracón que se había dado mientras se empujaba uno de la cajetilla de "Camellos" que se había comprado don Chipote le contó a éste los soponcios que había pasado y las pocas ganas que le quedaban de volver al día siguiente. Don Chipote pelaba los ojos durante la conversación y se le hacía imposible que fuera tan duro el trabajo para que Policarpo le sacara.

Ante las dudas de don Chipote, Policarpo le dijo:

—Si no le crees, no más date una vuelta por esos rumbos y pide trabajo y ya verás cómo tú también le corres.

Don Chipote se sintió picado en su amor propio y prometió que en cuanto estuviera bueno de la pata iría a pedir camello para probarle que a él no le hacía correr el trabajo.

Con ese trueno también Policarpo se sintió picado y decidió no fallar al siguiente día, de modo que para no desvelarse, después de fumarse otro camello ya en paños menores, se tendieron y a darle que es mole de olla.

Capítulo quince

Han pasado unos meses.

Don Chipote ha sanado completamente de la pezuña.

El negocito que había puesto en manos del huizachero se quedó sin arreglar para él, pues si se sacó algo se quedó en manos del que lo arregló tocándole a don Chipote un violón para que toque.

Después de algunas semanas de trote por las calles de Los Ángeles, pescó camello como lavaplatos en un restaurant y allí lo tenemos muy bien cebado y con algunos dólares en el bolsillo.

Sufrelambre sigue con ellos y también está muy gordo, dedicándose a sus correrías amorosas en gran escala, mientras su amo lo mantiene.

Policarpo después de los primeros días en que salía bombo del trabajo le agarró el hilo al camello y sigue trabajando, de manera que también cuenta con algunos *nickles*.

Nuestros cuates creen que están en la gloria, pues Policarpo gana tres cincuenta y don Chipote dos y medio dólares, teniendo además el martillo para él y el perro.

Como ya son gentes de posibles, se han comprado vestidos a la usanza de los paisanos que llegan y se arman y los cuales consisten en un traje de color azul marino con muchos botones, zapatos amarillos y sombrero texano. Además como están muy de moda los pantalones de campana y el saco rajado, moda que a ellos les gusta mucho, se han comprado panudos.

Don Chipote, aunque se siente en la gloria, no se ha olvidado de sus chipotitos y de su querida Chipota, pues cada ocho días recibe el pago, les manda alguna piquita, que al dos por uno en México, hace que la familia chipotesca viva también en grande.

En una de las cartas que don Chipote le manda a su familia les mandó su retrato que se tomó en la calle, con uno de los

fotógrafos que los sacan luego. Como en el retrato está vestido con los de campana, usando además zapatos y corbata, su familia no ha podido reconocerle luego, pero después doña Chipota ha enseñado el retrato a todas las comadres para que vean que su marido es todo un personaje en los Estados Unidos.

En la carta que le contestó le dice que por qué no manda por la familia para que estén juntos y para que les compre a ellos también vestidos elegantes; pero don Chipote no piensa traerlos por lo pronto, porque anda detrás de una pelona que sirve las mesas en el mismo restaurant, pero les promete que lo más pronto posible les mandará para que se vengan.

Otra de sus vaciladas diarias es el teatro, en donde lo tienen embobado las vistas y las que cantan y enseñan las piernas. Por lo demás, sigue siendo un buen hombre y tan tonto como siempre.

La prueba la tenemos de que anda empelotado con la mesera, la que, como todas las pelonas, es vaciladora y sólo trata de tantéarselo y sacarle lo más que puede.

Don Chipote está encabritado y poco le importan los consejos que le da Policarpo, pues en cada pago, después de apartar lo que les manda a sus chipotitos, la invita a que vayan a dar la vacilada.

Sin embargo, a tanto decirle, se ha dado cuenta de que la pelona le está jugando el dedo en la boca, pero como él está muy empelotado, ha tomado consejo y se lo han dado de lo mejor: lo han recomendado con un sinvergüenza que dizque es adivino, que cura todas las enfermedades sin medicina y que, como él está de mal de amores, que con seguro lo curará y que logrará que consiga el amor de su pelona.

Don Chipote no ha esperado que le repita el consejo y sin más ni más se dejó ir a donde está esta maravilla curadora.

El curandero en cuanto que lo ve, se da cuenta de que es uno de los suyos, de manera que se la hace de trueno y con miles de faramallas que don Chipote no entiende y con seguro que ni el sanador, le dice:

—La cuestión suya está peliaguda, pero yo puedo arreglarla y le aseguro que conseguiría el amor del objeto amado.

Don Chipote que, como llevamos dicho está empelotado y además es de "Bolaños", no se da cuenta de que le están

tomando el pelo y, queriendo saber lo que costará la maravilla, pregunta el precio.

El sanador, que ha visto lo manso de la res, le clava la uña pero le dice que le cobrará moderado, pues toma en cuenta que él también ha estado enamorado y que sabe lo que se padece, así es que cobrará sólo cien pesos.

Al oír estas palabras, don Chipote se queda con la boca abierta, y sin respiración, pues pierde la esperanza de ganar el amor de su pelona.

El sanador se da cuenta de esto y se apresura al volver a la vida, diciéndole que no se apure, pues que si no tiene este dinero, puede darle algo para empezar el tratamiento y que lo demás se lo abonará cada día de pago.

Don Chipote vuelve a resollar y a ver entre nubes la imagen de su pelona, mientras que el sanador se relame los hocicos al pensar en lo que le va a entrar por la maravillosa curación.

Después de los arreglos correspondientes, en los que don Chipote se deja caer con veinte trompudos, que es el entre, el sanador recomienda que le lleve una greña de la cabeza de la pelona, además, si es posible, una liga y un zapato, pues todo esto lo necesita para hacer una bebida que deberá tomar ella para que le entre el amor con fuerza.

Don Chipote salió del consultorio del sanador alegre y triste a la vez, pues bien es cierto que por cien trompudos le iban a conseguir el amor de su pelona, también era cierto que los ingredientes que le pidió para hacer el filtro del amor estaban trabajosos de conseguir. Quitarle una greña era muy fácil, pero ¿cómo quitarle una liga y un zapato sin que ella se diera cuenta?

Con estos soponcios iba don Chipote rumbo al restaurant a entrarle a la lavada de platos. ¡Por fin! ¡Oh, idea luminosa!, le regalaría un par de zapatos, de medias y unas ligas y le suplicaría que le dejara los repelos de recuerdo. Decididamente le había dado al clavo para sacarle los ingredientes que necesitaba para el filtro del amor.

Con esta magnífica idea llegó al camello, se quitó el de campana, se puso el mandil y le entró a lavar platos mientras que el agujero de la cocina le echaba agua al ángel de sus amores que iba y venía sirviendo las mesas y repartiendo

sonrisas a los clientes, sonrisas que partían el arrugado corazón chipotesco.

Por la tarde, después de que acabó las horas de camello, se puso de nuevo el de campana, se dio su lamida en los parados pelos que no le dejaban que le sentara bien el sombrero; luego se dirigió con el patrón y, sin andar con todos le cantó para que le prestara algo adelantado a cuenta de lo de la semana.

El patrón, que había visto que don Chipote era muy camello y que no faltaba nunca, no tuvo inconveniente en prestarle lo que pedía, así es que más contento que unas pascuas, salió nuestro cuatezón a comprar los zapatos, las medias y las ligas.

Ya pueden figurarse el desembolso que hizo el pobre, que a toda costa quería quedar bien para sacarle los repelos para hacer la condimentación de la que resultaría el filtro del amor que tanto había ponderado el sanador.

¡Pobre don Chipote! Para alivio de sus males fue a dar a la tienda de unos judíos, de esos que una vez entrando no hay quien salga sin haber comprado algo o con una maltratada de padre y muy señor mío. Como nuestro héroe iba con todas las intenciones de comprar, los vales judíos se atacaron de lo lindo y por poco lo dejan sin cinco a cambio de unas garraletas que le vendieron. No obstante, salió muy contento a ofrecer el regalo, que sin duda le abriría más el corazón a su pelona por la que ya se le fundían las planchas. Entre tanto, Sufrelambre, con más suerte que su amo, traía enamoriscadas a cuantas perras encontraba en su camino.

Volando, más que corriendo, se dejó ir don Chipote a la esquina del restaurant donde trabajaba, a esperar la salida de su pelona, pues ella le entraba al trabajo más horas que él, por lo que tenía tiempo de esperarla a que saliera.

Para los que se han enamoriscado no es difícil imaginarse la impaciencia que tenía nuestro cuate porque saliera su "guisa", pues no hay que olvidar que, como pananudo, ya estaba aprendiendo el idioma de éstos y llamaba a su adorado tormento "guisa".

Como no hay plazo que no se llegue, dio por fin la hora en que salía su amor y se puso chango para pegársele, lo que no tardó mucho en suceder, pues al poco rato apareció ella y don Chipote se le dejó ir como gato al bofe.

Dándose sus embarradas de polvo y meneándose de un lado

a otro, iba la pelona que traía de cabeza a nuestro valedor, cuando él, que iba tras de ella a las volandas, se le acercó y dándole a su voz un tono meloso, le dijo:

—¿Pa' donde va tan a la carrera que no le podía alcanzar? Dígame si quiere que la acompañe y si usted quiere pos la llevo al cho, y pa' que se anime, pos le diré que le tengo una cosita y quero dársela lo más pronto posible.

Ella, que sólo se lo andaba vacilando, pero que le daba de saz la coleada, no se hizo de rogar y, echándole una mirada de borrego mal tatemado, le dijo:

—Pos iré con usted, pero si me promete estarse quieto, porque ya ve que como el cho está oscuro. . .

Él, que de eso buscaba su limosna, le prometió lo que pedía diciéndole además que ya sabía que él no era de los que hacen travesuras y que cuantas veces había ido con él nunca le había hecho nada.

Sin más ni más se le acuadriló y siguieron juntos con rumbo a uno de los chos de la calle Main.

En cuanto llegaron se apresuró a sacar los boletos y adentro fueron a dar buscando el lugar más solo para poder echar perico sin que los demás se dieran cuenta, pues a él ya se le quemaba la miel por ofrecerle el regalo y poder sacarle los repelos para llevárselos al sanador para que hiciera el famoso condimento.

En cuanto que se aplastaron don Chipote dio rienda suelta a su pasión y con frases entrecortadas por la emoción, le dijo que la quería mucho y que le había comprado unas cosas para probárselo; que las cosas que había comprado no eran de gran precio, pero se las daba como una prueba de su amor.

La pelona luego que oyó de regalos, paró la oreja, le echó una mirada tierna, se le arrejuntó y le dio otra mirada al paquete mientras que el pobre de don Chipote se creía transportado al cielo, mientras que Sufrelambre que no se le despegaba y que se había metido sin pagar, no le despegaba la vista y se relamía al acordarse de sus perriles aventuras.

Como los lectores lo habrán comprendido, don Chipote con todo y que se había vestido de campana y que, según él, se veía muy elegante, cuando en realidad sólo se veía ridículo, no había dejado de ser don Chipote de Jesús María Domínguez y la pelona, como habrán visto, no era de las pulgas que brincan

en su petate y sólo trataba de tomarle el pelo. En consecuencia, con todo y los regalos que le había hecho y el cocimiento del sanador, no consiguió nada, como no fuera gastar sus centavos, ya que el remedio no le dio resultado. No obstante, él seguía emperrado como Sufrelambre.

También se habrán fijado los lectores que don Chipote por andar en sus amoríos se estaba desatendiendo de la chipotería que había dejado en México, lo que no le caía muy al pelo a doña Chipota, quien ya empezaba a parar las orejas. Si a esto se añade que Pitacio, que se había quedado de encargado de la familia, ya se quería pintar de nuevo para los cantones de los bolillos, se verá que doña Chipota no estaba muy conforme con que su marido los tuviera como candeleros viejos.

Como recordarán, cuando don Chipote dejó su cantón para probar fortuna en los Estados Unidos (cosa que hizo encampanado por las papas que le contó su compadre Pitacio), éste quedó al cuidado de la chipotesca familia y de sembrar el terrenito, lo que el compadre Pitacio en los primeros meses hizo de muy buena gana. Doña Chipota, aunque no era de parecer que su marido pelase gallo, convino en que fuera, esperando que pronto volvería después de barrer con la escoba todo el oro que había en los Estados Unidos. No obstante, como pasaron los meses y las noticias que recibía de su marido eran malas, fue la primera en decirle por carta que se volviera aunque no llevara nada, pues que Pitacio no trabajaba bastante, con lo que la siembra iba de mal en peor. Vino después la carta en que su marido le decía que ya estaba bueno y trabajando y el retrato que parecía de los curros del pueblo y con esto volvió a volar, al extremo de que le dijo a su marido que mandara por ella y la familia. Como don Chipote andaba enamorado de la pelona, no le hizo jalón y sólo le mandaba sus fierros para el pipirín, prometiéndole que muy pronto se iría y les llevaría vestidos de los más guapos que hubieran visto.

Con todo y estas bellas promesas, doña Chipota no se convencía y sólo pensaba en la manera de reunirse con su esposo.

No tardó mucho en presentársele la ocasión, pues Pitacio en

una de tantas le dijo que él pensaba en darse una vuelta para donde estaba don Chipote y que si quería, él se lo mandaba.

Doña Chipota repasó y repasó el asunto de que Pitacio le mandara a don Chipote, pero pensó que los hombres todos se tapan con la misma cobija y que lo mejor sería ir ella y traérselo. Cuando más decidida estaba a llevar a cabo su propósito, pensó en cómo dejaría a los chipotitos y de dónde sacaría el dinero suficiente para los gastos del viaje.

Pensando y pensando acerca de esto, decidió por fin marcharse con toda la pipiolera y para sufragar los gastos, vender los bueyes, el arado y demás implementos de labranza. Una vez decidida, sin pérdida de tiempo buscó quién le comprara los bueyes y mientras la venta se arreglaba, empezó a lavar todo el garrero de los muchachos.

Todo el mundo sabe que es más fácil detener un río que una mujer, de modo que ni los consejos que le dieron sus parientes ni los que le dio el cura, fueron bastantes para sacarle de la cabeza su puntada; así es que una vez que hubo rematado todas las cosas, dejando sólo unas gallinas para el bastimento, señaló el día de la salida, pues habiendo sacado un buen puño de pesos, pensó que podía llegar hasta el fin del mundo, si era allí donde su marido se encontraba.

Todos estos arreglos naturalmente los había hecho sin decirle nada a don Chipote, pues estaba segura que si le decía que iba por él, don Chipote le diría que no fuera.

Por fin llegó la antevíspera de la salida y con ésta la ejecución de las gallinas que rellenarían la barriga de la chipotesca familia durante el viaje. Unas en tacos y otras atacadas de lo que se pudo fueron ocupando un costal en que tenían que viajar.

A todo esto, como Pitacio pensaba venir a donde estaba su compadre, doña Chipota le pidió que se fuera con ellos y que de esta manera, él que sabía inglés, les podía decir todo a los de la inmigración y que en cambio no se apurara por el gasto del tren ni de comida, pues por eso había matado bastantes animales y vendido las cosas para que no les faltara nada.

En efecto, con la venta de las cosas, había sacado suficiente para llegar y, aunque no sabía cuánto era lo que costaba el pasaje, para eso iba Pitacio con ella.

Éste no desaprovechó la oportunidad de venir a Los Ángeles sin que le costara nada.

Llegó por fin el día de la salida y toda la parentela chipotesca se reunió en el jacal para despedirse de la chipotería que se pelaba de casquete para los Estados Unidos.

La despedida fue de lo más conmovedor, pues hubo llanto a gritos, suspiros por todos lados, desmayo y todo lo que se acostumbra en tales casos. Al fin se desprendieron unos de otros y montados en unos burros alquilados exprofeso para que los llevaran a la estación, partió la caravana chipoteril, dejando atrás los lares donde habían visto la luz primera.

Aunque doña Chipota estaba impuesta a trajinar de un lado para otro, a treparse en burros y bueyes, no había salido jamás de los límites del rancho; de modo que cuando habían caminado algunas leguas, ya no hallaba cómo acomodarse en los lomos del pollino y, como en un brazo cargaba al chipote más chiquillo y con el otro le jalaba la gamarra al burro, ya le daban las doce.

Los demás chipotitos que, al principio del viaje iban retozando y haciendo travesuras mientras que doña Chipota los quería poner en juicio a gritos, acabaron por ponerse quietos también, para después empezar a dar la lata a chillidos, pidiendo que se volvieran a casa, pues ya estaban cansados. Doña Chipota, que ya caminaba con un humor de todos los diablos, le gruñía a uno, le gritaba a otro y el que pagaba el pato era el pobre burro, en quien descargaba su mal humor convertido en palos.

Pitacio por su parte, ni sudaba ni se abochornaba embebido en sus sueños, viéndose con pantalón de campana cuando llegara a Los Ángeles y le importaban un pito las rabetas de doña Chipota.

Para que los lectores se den cuenta de cómo marchaba la brillante caravana les daré una idea de ella. Eran cuatro burros. En uno iba Pitacio dirigiendo la marcha; en otro doña Chipota con el chipotito menor en los brazos y a los lados, colgando del aparejo, unas quiligas, canastas piscadoras en las que venían las gallinas del bastimento, en otro los tres chipotitos herederos del nombre de la familia, uno en el pescuezo, otro en el aparejo y el último en lo último, el burro de menor suerte, cargaba el hilachero compuesto por calzones,

camisas, enaguas blancas, chomites, un tápalo para cuando se ponía de gala, cobijas, la refacción de mantillas para las necesidades del chamaco y mucho garrero más que es inútil enumerar, pues no se sabía lo que era. Así a toda prisa de paso de burro, caminaba la familia rumbo a los Estados Unidos.

Serían como las dos de la tarde cuando, motivados por las sacudidas de las cabalgaduras, sintieron el estómago vacío, por lo que pensaron las cabezas grandes que era tiempo de destapar los costales del bastimento para entrarle al pipirín; por lo que, jalándoles las gamarras a los burros, hicieron parada a la sombra de unos zapotes, con el fin de dar fe de las facultades culinarias de doña Chipota.

Como era natural, para que los estómagos se sintieran vacíos, era porque lo que se habían comido en la mañana ya estaba cocido y listo para descomerse; de modo que apenas pusieron los pies en el suelo, se retiraron un poco de la comunidad para hacer lo que nadie podría hacer por ellos. En cuanto a los chiquillos, no esperaron a retirarse y depositaron su preciosa carga en las prendas de vestir, lo que después de hecho, no hubo más remedio que doña Chipota se pusiera a limpiarlos y a ponerles ropa limpia.

Entre tanto los burros, sintiéndose con el lomo libre, se revolcaron la cola y se pusieron a triscar la verde yerba.

Terminadas las tareas de la limpia y las necesidades corporales, se avalanzó la palomilla sobre los costales del pipirín, los que muy pronto mermaron considerablemente, pues los chamacos, sin esperar a que doña Chipota hiciera el reparto, metían la mano y trincaban de lo lindo. En vano la pobre vieja gritaba y repartía uno que otro manotazo, pero ellos después de gritar, le seguían entrando duro y macizo.

Para no hacerles el cuento largo, les diré que después que se embutieron la mayoría del bastimento, el arriero rejunto los burros y horquetados en ellos tal como venían antes, siguieron el viaje con la intención de llegar ese mismo día al pueblo donde estaba la estación del ferrocarril que corría para Ciudad Juárez.

Nada digno de contar pasó a los peregrinos en esta segunda jornada, como no sean los gritos de doña Chipota y los garrotazos que le menudeaba al pobre burro que era el que seguía pagando el pato con las rabietas de la buena señora.

Serían las ocho de la noche cuando la caravana entraba al pueblo buscando el mesón donde alojarse, lo que no les costó trabajo encontrar, pues el arriero ya conocía el pueblo y dio con el lugar, donde pidió alojamiento para la familia y que se les diera de cenar a las bestias, puesto que ellos no necesitaban porque traían bastimento para todos.

La chipotería llegó cansada pero con hambre; de modo que, después que se encontraron en sus petates debajo de los corredores, destaparon de nuevo los costales para hacerles la segunda sangría, en lo que se dieron tales mañas, que casi les llegaron al fondo, con lo que doña Chipota se dio cuenta de que el bastimento no les duraría ni para pasarla otro día y pensó que mejor hubiera sido no haber vendido las gallinas y haberlas hecho todas bastimento para el camino. Como ya la cosa estaba hecha, no hubo más remedio que apechugar.

Después que se hartaron, los chamacos doblaron la cabeza y a roncar en tanto que doña Chipota se ponía a mano con el arriero que tenía que regresarse por la mañana al rancho, después de haberlos dejado en el pueblo donde pasaba el tren.

Después de que se desembuchó con la fierrada, buscó su campito, se arrimó al lado de su chipotito pequeño, rezó sus oraciones y se tiró a lo largo, después de ver que todos sus chipotitos dormían. Ella, con todo y el cansancio, no podía dormir preocupada con el viaje y más que todo por lo que se le había metido entre ceja y ceja, o sea: que su chipotesco marido andaba en malos pasos haciéndole sus chaparreras.

Por fin, a las quién sabe cuántas, se quedó dormida.

Capítulo dieciséis

Como buena ranchera, doña Chipota se despertó por la mañana a los primeros cantos de los gallos y rebuznidos de los burros, los que eran acompañados de las palabras del diccionario infernal que los arrieros dedicaban a los burros porque no se dejaban poner el aparejo.

Como decíamos, la buena señora despertó e inmediatamente dio trazas de prepararse para seguir el viaje y para no ir cargando más de lo necesario, se fue al corral, se puso en cucullas y dejó lo que ya andaba cargando inútilmente, puesto que lo aprovechable ya se había colado.

Después fue a despertar a la gente menuda, los que se fueron poniendo en pie y a la orden, siendo despachados también al corral para que aligeraran un poco de peso. Sólo el más pequeño no tuvo necesidad de ir al corral tras sus hermanos, porque durante la noche quién sabe cuántas veces se había aligerado, al grado que parecía violín en charco de agua, pues casi nadaba en sus propios elementos. Esto para doña Chipota no era novedad, así es que agarrándolo por las patas lo culimpinó y en menos que canta un gallo, lo cambió de ropa, no sin haberle quitado las costras a fuerza de salivazos y raspones con la mantilla.

Por fin quedó listo. Los demás de la palomilla también se presentaron ya ligeritos, Pitacio se levantó y todos se pusieron a darle trabajo al estómago; que después de aligerado, reclamaba el martillo.

Doña Chipota calentó el resto del bastimento, el que fue repartido equitativamente entre la palomilla y despachado en menos tiempo del que se llevó la repartición.

Después se dio la voz de marcha y salió la caravana cargando los bultos en el lomo. Ya pueden figurarse los lectores cómo se vería la familia con tanto garrero mientras cruzaba las calles del pueblito con rumbo a la estación del tren.

Por fin, sudando a mares, llegaron y, aventando los tamba-

ches, le pegaron una vez más al viajecito, pero como la cosa ya estaba hecha y sin remedio, doña Chipota mandó a Pitacio, como más entendido a que preguntara cuánto valía el pasaje a Ciudad Juárez, lo que éste hizo de buena gana, pues pensó que podía quedarse con algo para comprar cigarros durante el viaje. Dándose las pues de Sabelotodo se fue a la ventanilla y sin más ni más le espetó al empleado lo siguiente:

—Oiga, amigo, ¿cuánto cuesta el tren que va al Norte?

El empleado contestó:

—Amigo, el tren no se vende, pero se vende el boleto para que pueda ir en el tren hasta Ciudad Juárez.

Pitacio, algo mosqueado por la toma de pelo, le dijo:

—Pos, es lo que yo quiero. No se haga nomás porque me ve de mala trasa y usted sea de los curros.

El empleado, viendo que Pitacio se le ponía pesado se apresuró a decirle el precio y Pitacio a doña Chipota con el respectivo aumento, la que sin más trámites se dejó caer con la fierrada para los boletos.

Una vez con todo listo, esperaron el tren, el que no tardó en llegar y con éste los apuros de la familia, la que se vio negra para acomodarse con tantos cachivaches como llevaban.

Por fin, después de los apuros y demás yerbas, se acomodaron, pitó el tren y . . . pelaron gallo.

Nada que valga la pena de contarse sucedió a nuestros peregrinos durante el viaje, como no sea el que doña Chipota llegó a Ciudad Juárez sin una garra de mantilla, pues el chipotito les dio vuelta a todas y, una por una, fueron saliendo por la ventanilla, cargadas de comida digerida.

Ya en Juárez, doña Chipota encargó a Pitacio que arreglara todo lo necesario para pasar y, éste dándose la de sabedor, fue y se paró a la orilla del Río Bravo a ver pasar la gente, con lo que se creyó que era bastante y regresó con la nueva de que ya sabía por donde se pasaba.

Sin esperar más, doña Chipota ordenó que pelaran gallo, pues ya se le fundían las planchas por encontrarse con don Chipote. Con esto la palomilla se puso al hilo y con derecho al puente, llevando a Pitacio a la vanguardia, marcharon al son

de los chillidos del Chipote menor. Pasaron la garita mexicana viento en popa; pasaron el puente y hubieran seguido de frente a no ser porque un soldado bolillo les marcó el alto y los metió al edificio de Migración. Todos azorrillados siguieron nuestros paisanos tras de otra palomilla que iba derecho al baño a limpiarse los pecados, antes de pasar a los Estados Unidos, pues de otra manera no había pasada.

Nuestros cuates vieron que aquellos se desnudaban y ellos hicieron lo mismo y doña Chipota, que no se animaba a quitarse las garritas, fue sacada del apuro por una bolilla que se la llevó al lado de las mujeres dándole de paso una regañada por meterse en donde se bañaban los hombres, la que por un lado le entró y por el otro le salió, quedándose en ayunas.

Los aprietos de la pobre señora no son para contarse, y sólo figúrense en las que se vería para bañarse y bañar a la palomilla de chamacos que no le dejaban ni a sol ni a sombra. No obstante, todo se le hacía nada comparado con la dicha de encontrarse en los brazos de su amado Chipote.

Después que salieron del baño y que les entregaron la ropa después de fumigada, se encontraron con que ésta no les venía, pues, con el calor había encogido. Como no tenían más, puesto que la de los tambaches estaba lo mismo, se la pusieron y todavía escurriéndoles los pelos, siguieron a los que entraban a la oficina de Migración.

Después de esperar todo el día, cuando les tocó su turno para arreglar los papeles, se encontraron con que nada tenían de lo necesario para cruzar la línea, por lo que el bolillo, que ya estaba cansado de camellar, los despachó con cajas destempladas y un soldadote gringo se encargó de ponerlos, con todo cuidado y a empujones, a medio puente con las narices apuntando para su terreno.

Doña Chipota creyó que el mundo se le venía encima al negársele la entrada y, por más que pataleó y suplicó, no le valió, por lo que acompañada de la banda de los chipotitos, marchó a tomar posesión de una de las sombras de los árboles que están a la ribera del Río Bravo.

Cuando quedaron instalados, Pitacio con las manos en las quijadas, los chamacos echándose puños de tierra y doña Chipota dándole el pellejo a Chipote menor, se entregaron a

pensar sobre la manera de hacerles un violín a los gringos y pasarse a los Estados Unidos.

Después de largo pensar, ya cuando las sombras de la noche empezaban a llegar, doña Chipota despertó de sus puntadas hecha una furia contra Pitacio, diciéndole que él era el culpable por haberla encampanado a que se vinieran y que si lo había traído pagándole todos los gastos era porque creía que él sabía inglés y arreglaría todo. Para terminar hasta le cantó que él era el que más había tragado de las gallinas que mató para el bastimento.

El pobre Pitacio con esta tormenta ya no hallaba en donde meterse y ganas le dieron de pelar gallo y dejar a la pobre Chipota, pero le dio lástima con su barriga, pues como no traía ni cinco, pensó que si se separaba de la que traía la fierrada, se las vería negras para el pipirín, por lo que optó por quedarse.

Ya los chipotitos empezaban a lanzar al aire sus chillidos por el sueño y el frío, cuando doña Chipota le ordenó a Pitacio que fuera a ver dónde conseguía lugar barato donde pasar la noche, cosa que Pitacio hizo de buena gana y aprisa porque no le caía en gracia pasar la noche debajo del árbol. Dejando pues a la palomilla, se fue a buscar acomodo.

Por fin, regresó Pitacio con la nueva de que ya tenía un lugar para estar todo el tiempo que quisieran pagando un dólar por día pero hubo necesidad de explicarle lo que era un dólar, porque la vieja se amachaba en pagar con un peso mexicano.

Después de mucho averiguar se decidió a soltar los dos del águila y se fueron al cuarto en donde luego hicieron el tendido para ponerse a roncar después de que cenaran, para lo cual enviaron a Pitacio a que les comprara martillo.

Cuando éste volvió cargado de un montón de gordas, chicharrones y queso, se pusieron a devorar todos al mismo tiempo. La comida no duró mucho y cuando grandes y chicos estaban con la barriga que hasta les relumbraba, se dejaron ir al nido.

Dicen que a barriga llena corazón contento, pero doña Chipota, aunque bien llena no se sentía contenta, por lo que tardó mucho en cerrar los ojos y comenzar a roncar.

La noche la pasaron de un jalón, cosa nada rara si se toman en cuenta las fatigas que habían pasado durante el día.

Por fin amaneció y mientras por el oriente el sol les medía los

rayos para calentarlos y el aire matinal les llenaba los pulmones de vida, doña Chipota renegaba de la suerte de tener que limpiarle la trasera al chipotito que estaba casi nadando en los líquidos que había ahorrado durante la noche.

Pitacio se levantó, los demás chamacos lo mismo y, cuando todos hicieron las necesidades matinales, doña Chipota encargó el martillo para reponer lo que la ley natural había desperdiciado.

Dejemos a la familia esperando la llegada de Pitacio con el martillo y sigamos a éste, que, dando al diablo la venida del compadre, se dejó ir para donde según sus narices estaban las ollas del menudo.

Pitacio no se engañó, o más bien dicho, no le engañaron las narices y a poco andar se encontró con la vendedora del menudo, el que por lo verde de su color demostraba que no había sido bien lavado, pues era color de boñiga. No obstante, Pitacio pidió que le sirvieran uno de pata y cuando lo tuvo en su poder se lo empezó a empujar con acompañamiento de tortillas.

Masca que masca estaba cuando se le sentó un gallón de esos que nomás andan en Juárez viendo a quien; y al verle el pelo y la traza a nuestro hombre, entabló plática con él para ver qué era lo que le sacaba. Con seguro que no se arrepintió, pues lo que le sacó fue suficiente para pasarla sin cuidado mientras encontraba otro gallo que desplumar y fue lo siguiente:

Entre sorbido y sorbido, Pitacio le contó al valedor en la situación en que estaba la familia de su compadre en compañía de él, debido a que ni pagando los fierros que pedían en la pasada los habían querido dejar pasar y que para acabarla de amolar, él venía arrimado a la comadre, la que ya le cantaba hasta lo que se comía.

Oír esto el pelador y asegurar que él los pasaba, todo fue uno, puesto que era uno de sus modos de vivir, dizque pasando gente, cuando lo que hacen estos pasadores no es otra cosa que enseñarles el camino por donde se atraviesen.

De todos modos, Pitacio vio el cielo abierto y casi a jalones se llevó al nuevo cuatezón a presencia de doña Chipota para que le contara todo lo que podía hacer por ellos y para que amarrara trato, pues él no podía meterse en las cuestiones de hacienda.

Llegado que hubieron a presencia de doña Chipota y que fue presentado, ésta creyó que el cielo le había mandado un ángel salvador, por lo que en seguida entró en materia, no sin antes preguntar a Pitacio por el martillo, pues los chicos ya gritaban con el pedido para sus tripas.

Pitacio dijo que por la prisa con que se trajo al ángel se le había olvidado, pero que mientras ella arreglaba lo de la pasada él iba por el itacate, con lo que peló gallo.

No hubo tiempo que perder ni mucho que averiguar, pues el valedor ángel en menos que canta un gallo engratuzó a doña Chipota, prometiéndole que él los dejaría sanos y salvos al otro lado de la línea por la módica suma de cinco dólares por piocha.

Doña Chipota trató de hacerle como cuando iba al mercado del pueblo, que regateaba hasta que le daban barato pero nuestro hombre que se había dado cuenta de que tenía necesidad de sus servicios no bajó ni un centavo por más que se lo rogaron y se le presentó la cantidad que tenía que pasar; de modo que, como decíamos, en poco tiempo quedó cerrado el trato, quedando él de regresar para decirles la hora de la pasada, con lo que se despidieron, no sin antes sacarle un anticipo dizque para los primeros gastos, el que fue entregado con un "hasta luego".

Nuestro valedor en cuanto que se salió se fue derecho a la cantina para celebrar el comienzo de un día tan bueno y allá hizo los primeros gastos para la pasada de la familia chipotesca, no tardando en ponerse más corrido que escaso.

No hacía mucho que se había salido el pasador cuando llegó Pitacio con el montón de gordas y pedazos de menudo, pues como no llevaba olla no había podido traer el caldo, el que para no desperdiciar, se lo había bebido con otra docena de tortillas que cargó a la cuenta.

Su llegada fue saludada con grandes muestras de júbilo por la chipotería, los que en seguida se avalanzaron sobre el martillo, el que desapareció al poco rato sin que lograran llenar la barriga. Como doña Chipota se sentía de plácemes, dio la orden a Pitacio para que fuera a traer otra tanda de menudo con acompañamiento de tortillas.

El día se pasó de la manera siguiente: doña Chipota lavando mantillas del pequeño, dizque para tenerlo limpiecito para la

pasada; Pitacio se salió a dar la vuelta para conocer el terreno, regresando a la hora de martillar para volverse a salir y los chicos haciendo travesuras hasta el grado de que la dueña de la casa tuvo que darle el ultimátum a doña Chipota, diciéndole que o ponía en paz a sus chicos o dejaba la casa, porque corría el riesgo de que se la acabaran antes de que ella la acabara de pagar, lo que trajo por consecuencia que los chamacos tuvieran todo el día las manos de doña Chipota en las nalgas. Con todo la cosa no cambió y las travesuras siguieron.

Serían las seis de la tarde cuando se presentó el pasador en un estado más o menos de borrachera, diciendo que todo estaba listo para la pasada y que nomás esperaran que se hiciera noche para emprenderla para los Estados Unidos, en donde según él, se barría el dinero con la escoba.

A doña Chipota no le cayó muy al pelo que el gallón se presentara en aquel estado, pero echando el pecho al agua, empezó a arreglar las chivas para pintar gallo. En eso estaba cuando llegó Pitacio que recibió la orden de ayudarlo, lo que éste hizo, pensando que no estaba lejos el día en que pudiera aventar a la comadre lo más lejos posible.

Cuando todo estuvo listo, la noche había mandado sus sombras.

Después de pagar la cuenta de la casa, hicieron hilo llevando a la cabeza al valedor que los iba a pasar, el que cantoneándose de un lado a otro, los iba sacando para las afueras de la ciudad.

Así que hubieron caminado quién sabe cuánto tiempo, el gallón, después de reconocer el terreno, les dijo que lo esperarían entre unos matorrales, mientras que él iba a ver cómo estaba la pasada, encargándoles que por ningún motivo fueran a permitir que los chiquillos fueran a gritar, y con esto se les perdió de vista, en tanto que la familia chipotesca se quedaba tratando hasta de detener el resuello.

En cuanto que el gallón se separó de ellos, lo primero que pensó fue ir a echarse otro trago, para poder tener valor para la empresa que lo esperaba y metiendo mano a la bolsa, se encontró con que no tenía ni un cinco, así es que sin pensarlo, se regresó con doña Chipota a la que le dijo que necesitaba un poco más de dinero para poder arreglar unos papeles que se le habían olvidado.

Doña Chipota no le creyó, pero como ya estaba en la horma,

le aflojó lo que le pedía, recomendándole que no se dilatara, pues ya los chicos tenían sueño y era probable que no se estuvieran callados, a lo que éste prometió que no se tardaría y sin más, se peló a la ciudad a echarse el trago. Llegando a la primera cantina le empezó a entrar de nuevo, sin acordarse de la palomilla que había dejado ensartada.

Por fin, cuando se le acabó la pastilla que le habían dado, pensó en irse a dormir, lo que con seguro hubiera hecho, si es que en el camino no se encuentra a un amigo que le preguntó cómo estaban los negocios, con lo que se acordó de su compromiso y a trote de borracho se fue al sitio donde lo esperaban con ansia Pitacio y doña Chipota, retacándoles a los chicos garras en la boca para que no gritaran o bien contándoles cuentos, con lo que al fin se habían quedado dormidos.

Cuando llegó el valedor, ya pueden figurarse la maltratada que le puso doña Chipota, pero a él se le resbaló y pidiéndoles el resto de la moneda les dijo que ya estaba listo para pasarlos. Esto le valió otra maltratada de doña Chipota, la que al fin aflojó la mosca, con la esperanza de verse libre de aquel zángano que le estaba chupando la fierrada. El pasador les ordenó que se pusieran en marcha porque ya era hora de pasar, puesto que los papeles ya estaban listos.

Llegando que hubieron a la orilla del río, el valedor les ordenó que se quitaran las chanclas para que no las mojaran al atravesar el río. Oír esto doña Chipota y pararse en los dedos gordos temblando de coraje fue todo uno, con lo que empezó a echarle la aburridora alegando que habían quedando en que los pasaría y que por eso le habían pagado; que dónde estaban los papeles que había dicho que necesitaban, ya que ella pensaba que para meterse en el río no necesitaban papeles ni pagarle a nadie.

El valedor, que era una grulla y que sabía que en tales casos lo mejor es callar, no dijo nada, al fin que ya tenía la fierrada, por lo que dejó pasar la tormenta y cuando acabó la señora, le dijo que era todo lo que él podía hacer y que si querían pasar que lo hicieran y si no, que se quedaran.

Doña Chipota, que vio lo irremediable, se quitó las babuchas y ordenó que los demás hicieran lo mismo, y luego, aunque sin ganas, se metieron al río todos agarrados de la mano para protegerse.

Así de esta manera, y temblando de frío, cruzaron la línea divisoria y se encontraron en los famosos Estados Unidos.

El valedor, en cuanto que los vio a medio río, peló gallo, y los dejó encomendados a su buena o mala suerte, satisfecho de haberse ganado bastantes fierros para vacilarla.

La palomilla, en cuanto tocó tierra firme y a una orden de doña Chipota, se hincaron y dieron gracias a Dios por haberlos sacado con felicidad. Estaban en lo mejor de la oración cuando oyeron un ruido, se levantaron y pelaron gallo, temerosos de que les cayera tierra. Así sin rumbo fijo, se internaron en territorio americano, siguiendo las luces de El Paso, las que les servían de faro.

Capítulo diecisiete

Trota que trota fueron a dar nuestros héroes por el rumbo de Washington Park precisamente por donde pasa el canal, que, gracias a Dios, llevaba poca agua, pues como la familia chipotesca no sabía por donde estaban los puentes, pensaron que en vez de seguir el canal hasta donde se acabara o comenzara, lo mejor era pasarlo ya que al fin se habían mojado las pezuñas y una mojada más no era cosa que se notara mucho. Así pues, las babuchas fueron a dar otra vez fuera de los pies con el objeto de salvar aquel obstáculo. Como el canal tiene hondo el plan, no tuvieron más remedio que descolgarse. Agarrando Pitacio la punta del rebozo de doña Chipota y ésta llevando en brazos al Chipote menor, se deslizó sostenida por Pitacio. De esta manera, fueron bajando uno a uno, tocándole a Pitacio dejar venir resbalándose en las sentaderas para reunirse al grupo. Luego se presentó el problema de la ascensión. Como Pitacio desconocía el asunto, en seguida trató de encaramarse por la barda de cemento y ahí tienen luchando por llegar a la cima, sin más resultado que arañar en vano, pues no lograba pescarse en macizo; total, que ya casi amanecía cuando a doña Chipota se le ocurrió empujarlo y sostenerlo para salir del atolladero.

De esta manera logró al fin Pitacio llegar a la cima y una vez en ella, empezó a jalar al resto con la ayuda del rebozo de doña Chipota, hasta que al fin todos estuvieron arriba.

En seguida, después de calzarse las chanclas, emprendieron la caminata siguiendo las luces de la ciudad, sin que toparan a su paso algo que les estorbara y cuando empezaba a salir el sol para consuelo de los que no tienen cobija, ellos llegaban a la calle de El Paso, que es para los mexicanos como imán que los jala, porque en esa calle es donde se encuentran las oficinas de reenganches donde encuentra salida la camellada.

La chipotesca familia había llegado por esos rumbos no por gana de buscar camello, ya que con la noche que había pasado

lo que menos tenían eran ganas de trabajar. En cambio les sobaban ganas de entrarle al martillo y de dormir, por lo que doña Chipota, plantándose debajo de un portal le dijo a Pitacio que fuera a buscar algo que comer y donde dormir, a lo que le contestó éste que lo mejor sería ir a algún restaurant, en donde por poco dinero les darían martillo hasta reventar y que después irían al hotel a roncar.

Doña Chipota, que no estaba para discusiones, aceptó. Pusieron luego las narices de guía para que olieran donde estaba un pipiriniadero, lo que no tardaron mucho en encontrar y metiéndose, se acomodaron.

En cuanto que los vio uno de los meseros se les dejó venir, y en inglés, les preguntó qué querían comer.

Como recordarán nuestros lectores, Pitacio ya había estado en los Estados Unidos, pero con todo eso, no sabía nada de inglés y sólo sabía pedir lo que la mayoría de los chicanos sabemos; es decir, "jamaneg", bisté y "jaqueque"; así es que, sin andarse por los lados, pidió las tres cosas, no sin antes darle una pasada a la lista para dárselas de que estaba leyendo lo que no entendía ni en español.

Doña Chipota se maravilló de ver lo bien que se entendía Pitacio con el americano y le devolvió el crédito que antes tenía de que se las espantaba para el inglés, por lo que después de preguntarle qué era lo que había pedido y que éste se lo explicó, no dudó en pedir para todos los mismo.

No tardó mucho en llegar la orden, lo que asusto a toda la familia que en su vida había visto una mesa tan llena de manjares y tan ricos, así es que no sabiendo por donde empezar y para no meter la pata delante de la gente, con todo y el hambre que tenían, decidieron esperar a que Pitacio empezara y hacer todo lo que él hiciera. Como éste lo primero que hizo fue hacer a un lado los fierros, ellos hicieron lo mismo y, de esta manera, con un ojo al plato y otro a Pitacio, engullaron los platillos hasta donde les cupo en la barriga después de hacerse la lucha lo más que pudieron.

Como no alcanzaron a retacarse todo, doña Chipota, que sabía que el dicho que dice que hombre prevenido jamás es vencido y sabiendo que aquello era suyo pues lo iba a pagar, empezó a hacer envoltorios con las sobras, argullendo que con aquello tendrían para cenar.

En esto estaba cuando se presentó el mesero y le dejó un papel con la cuenta y no fue brinco el que pegó cuando le dijeron la cantidad que era. Con seguro que hubiera armado un escándalo si es que no entra un policía y Pitacio estuvo listo a decírselo.

Doña Chipota, a la vista del chota, ya no dijo ni pío y con toda humildad sacó la fierrada y pagó, saliendo luego a la calle renegando del atracón que se habían dado y de las punzadas de la barriga.

Ya en la calle como el sueño ya les cerraba los ojos le dijo a Pitacio que buscara donde meterse a dormir. Pitacio los llevó al primer hotel que se encontró, rentaron un cuarto y al poco rato nomás el ronquido se oía, con acompañamiento de uno que otro suspiro salido por los conductos digestivos.

Todo el día roncaron de lo lindo y al atardecer la chipote-ría comenzó a despegar los ojos y al rato toda la familia estaba de pie y lista para lo que dios dispusiera por medio de doña Chipota.

Ésta, lo primero que dispuso fue que saliera Pitacio a ver los medios que había para salir para Los Ángeles y que de pasada se trajera algo que meterles a las tripas que ya empezaban a molestar y que de seguro no se sentirían satisfechas con sólo las sobras del almuerzo.

Pitacio no se hizo repetir la orden y salió a cumplir su comisión, pero lo primero que hizo fue meterse al restaurant a empacar la barriga y no fue hasta que ya estuvo satisfecho cuando principió a buscar la manera de salir para Los Ángeles.

Fueron muchas las informaciones que tomó, pero como no tenía ganas de hacer el viaje en automóvil por ser muy incómodo, se decidió ir a la estación del ferrocarril a ver cuanto costaba el pasaje y cuando tomó los datos que creyó necesarios, se fue a comprar el pipirín para la familia, la que cuando llegó se le echó encima como gatos al bofe.

Cuando se retacaron, doña Chipota preguntó a Pitacio respecto de los asuntos que le había encomendado y éste le hizo saber que tenía que desembucharse de hartos pesos para pagar los pasajes hasta Los Ángeles, y que tenía que cambiar la fierrada chicana por dólares, pues que en la estación no querían moneda mexicana.

Doña Chipota se dejó caer muerta con lo que Pitacio le pidió

para comprar los boletos al dos por uno y le dijo que no se dilatara para ver si era posible que salieran esa misma noche.

Pitacio salió a buscar que le cambiaran el dinero y, como en El Paso lo que más hay son coyotes cambiadores de fierrada, no tardó mucho en dar con uno que en menos que canta un gallo los despelucó de la fierrada, mientras que Pitacio que creía que se iba a quedar con algo, se tiró su plancha, pues por poco no les ajusta ni para comprar los boletos.

Volvió luego al hotel con la noticia de que el tren saldría en una hora más y que tenían que darse mucha prisa para llegar a agarrar campo antes de que se llenara el tren y tuvieran que ir parados.

En menos que se los cuento, doña Chipota preparó lo necesario y a trote se encaminaron a la estación acomodándose poco después en los afelpados asientos sintiendo en sus posaderas un dulce bienestar, lo que hizo que al poco rato y antes de que saliera el tren roncaran echando zetas.

Por buena suerte de la familia chipotesca, el tren que los jalaba era el que dicen el volador, de modo que cuando despertaron después de haber roncado toda la noche, se encontraron casi a la mitad del camino y ese día, por la tarde, se encontraron en Los Ángeles en la estación del Sur Pacifico. Cargados hasta los topes, como todos los chicanos que llegan verdes a los Estados Unidos, cruzaron la estación entre la admiración de los bolillos que los veían como cosas raras y, de este modo, abriendo el pico, siguieron jalando por la calle Cinco hasta que toparon con la Main, que para los chicanos es como panal para las moscas, pues todos parece que la huelen.

Ya en esta calle siguieron para el Norte tras el olor de la Placita de la paisanada y de este modo llegaron frente del correo, en donde doña Chipota le dio órdenes a Pitacio de que buscara un mesón donde alojarse.

Mientras que éste se largaba calle arriba, la familia se quedó frente al correo haciéndose rueda al hilachero y arrejuntándose unos con otros por temor de que alguno se les echara encima.

Ya empezaba a anochecer cuando Pitacio llegó con la noticia de que ya tenía un lugar donde pasar la noche, así es que doña Chipota dio la orden de que inmediatamente se fueran a meter al cuarto y, agarrándose todos de la mano y en hilera,

avanzaron siguiendo a Pitacio, que, cargado con las garras y afianzado por doña Chipota de la camisa, ya le daban las doce.

Por fin, después de dos cuadras que a todos les parecieron leguas, llegaron al hotel y, con la admiración de la encargada lo tomaron por asalto.

Una vez en el cuarto aquello se transformó en una plaza de toros, pues la chipotería pequeña empezó a dar la lata con gritos y chillidos, alegando que tenían unos sueño, otros sueño y hambre, otros que querían hacer necesidades privadas y todo al mismo tiempo.

Verde se vio doña Chipota para atender a todo y lo primero que hizo fue encargar a Pitacio que trajera el martillo. Mientras que éste se iba en busca del pedido biberón, doña Chipota se multiplicaba para atender a la palomilla de chipotitos, los que casi le sacaron lumbre. Como si no tenía más remedio que atenderlos como toda buena madre, se dio sus mañas, más que todo, la chillería siguió a tal grado que la hotelera tuvo que ir a preguntar qué demonios pasaba amenazándolos con ponerlos de patitas en la calle si no ponían un hasta aquí a sus ladridos. La pobre doña Chipota no hacía más que desesperarse, pues ya les había atendido las necesidades privadas, pero la llamada seguía chillando porque quería martillo y, no fue la desesperación de la señora, que llegó a querer darles de mamar a todos, cosa que los grandes no aceptaron y sólo el más chiquito se pegó a la chichi como sanguijuela.

Por fin hizo su aparición Pitacio y como por encanto se acabó la gritería.

Tras de empacarse lo que llevó Pitacio se durmieron todos, soñando con encontrar a don Chipote.

Capítulo dieciocho

Dejemos a la familia que duerma en paz y que se recupere de los trastornos del viaje y volvamos a ver lo que ha pasado con nuestro amigo don Chipote de Jesús María Domínguez.

Como recordarán nuestros lectores, nuestro buen cuatezón andaba que no sabía dónde traía la cabeza de enamorado que estaba de la pelona que trabajaba en el restaurant. No se les habrá olvidado que fue a ver al sanador para que le hiciera el cocimiento para conseguir el amor de ella y lo mismo recordarán que éste le sacó la fierrada y por final de cuentas, que lo banderilló el dicho sanador como banderillan a todos los que, como don Chipote, se creen de las sinvergüenzadas de los pícaros.

Ahora veamos de lo que se valió el parna para tratar de conseguir su objeto.

Hay un teatro en Los Ángeles al que por lo general acude toda la palomilla chicanesca y en donde el empresario, que sabe lo que trae entre manos, no se da descanso en presentar vaciladas que hacen vacilar al público.

Una de sus puntadas consiste en rifar muebles, dinero y otros cachivaches de más o menos valor entre los que concurren. Otra de las puntadas consiste en poner a los que se creen changos para la comiquiada a que bailen, canten, reciten, echen maromas o lo que sepan hacer y a los cuales les regala premio.

Los enamorados que no le pueden decir a la novia lo que sienten por medio de versos que recitan en el teatro, se lo cantan. Otros por medio de sus gazzates le avientan uno que otro aullido al tiempo que ponen los ojos en blanco. Así, de este modo, hay cada vacilada que es para morirse de risa, en tanto que el empresario saca la fierrada a manos llenas.

A este lugar se había aficionado don Chipote, primero por disipar sus amores y después porque le gustaba la vacilada. Un día pensó que invitando a su adorada y subiendo al escenario a

cantar pudiera ser que se entusiasmara su pelona, por lo que decidió hacerlo así y ahí lo tienen ustedes ensayándose a cantar, recitar y a entrarle al charlestón.

Un miércoles, que es el día de gran vacilón en ese teatro, fue don Chipote y compró los boletos y, sin andarse con rodeos, invitó a la pelona a que lo acompañara a la función cosa que ésta aceptó en seguida y sin hacerse del rogar.

Para salir al foro a cantar y recitar, don Chipote se compró un frac, o saco de colita como él les decía, pero como no compró el pantalón, iba de campana y frac. Por fin empezó la vacilada y cuando el gerente les dijo que subieran los que quisieran lucir sus habilidades, don Chipote, muy decidido, se trepó a entonar una de las de su rancho en la que le decía a la dueña de sus pensamientos que si se animaba le compraría sus enaguas de percal y su rebozo de bolita.

Como antes de subir se había aventado un jalonazo de tencuarnis, no sintió ni supo si tenía vergüenza y como lo que quería era entusiasmar a la gallona cantó con todas las ganas por lo que la canción le resultó puro tres piedras, lo que le valió cinco dólares y su respectiva diana. Esto hizo a don Chipote sentirse todo un artista y decidió subir otra vez cuando llamaran a los que la pintaran para recitar. ¡Ah; pero lo que le cayó más tres piedras fue la suave que le dio la pelona.

No se le había pasado el gusto de su triunfo teatral a don Chipote, cuando el que estaba llamando a los concurrentes, pidió que subieran los que quisieran entrarle a la recitada, poniéndoles como cebo un billete de cinco dólares, cosa que hizo que se animaran más de cuatro, entre los que se encontró nuestro parna, pues ya no sólo llevaba la idea de echarle piropos a su pelona, sino que, además, pensaba ganarse los cinco trompudos.

Total: que esa noche después de la función, como premio a los cinco morlacos que se ganó y que entregó a la dueña de sus amores, obtuvo la promesa de que si al siguiente miércoles lograba otra vez ponerse a la altura de los mejores y ganaba el premio, tendría el sí que ambicionaba. Dándole por adelantado un beso tronado, la pelona se despidió de don Chipote, que se quedó estático y viendo estrellitas, pues nunca pensó que fuera a alcanzar tan alta merced, por lo que, más enamo-

rado que nunca, se fue a su cuarto a soñar con las delicias que gozaría al lado de su pelona. A todo esto ni se acordaba de su chipotesca familia y hasta se creía soltero y bello.

Otro día, sin tardar, después del trabajo, fue a buscar a una librería un libro de versos y otro de canciones, pues quería a toda costa ganarse el premio y con éste el amor de la dueña de sus pensamientos.

No le costó mucho trabajo hallar lo que quería y en seguida empezó a buscar quién se los leyera para aprenderlos de memoria, pues como recordarán, no sabía el pobrecito leer. Como el amor todo lo vence y con dinero baila el perro, no faltó quien, mediante una propina, le estuviera repasando las poesías hasta que se le metieron en el casco. Las canciones fueron cosa más difícil, pues el libro no traía las tonadas, por lo que de nada le sirvió el libro.

Como el amor aguza el ingenio, fue y se echó la droga de un fonógrafo y sus respectivos discos, entre los que se llevó puras canciones que le llegaban al alma y que, según él, eran capaces de enternecer a la mujer más dura de corazón, ya que él se figuraba que los versos del "Limoncito", "El carretero", "Las coplas de don Simón" y otras por el estilo eran las llaves propias para abrirle el corazón a su pelona.

Sólo los que vivían en la misma casa donde habitaba don Chipote pueden dar razón de la lata que metió durante los días que estuvo aprendiendo las canciones; pero para que se den cuenta, figúrense que desde que llegaba del trabajo hasta que lo rendía el sueño, era de estar dando cuerda al fonógrafo y de estar oyendo la misma canción; luego paraba el fonógrafo y seguía él a todo pulmón para ver si ya la sabía. Así, dale que le das y friega que friega al vecindario, logró meterse en la chonteca dos canciones y dos recitaciones, con las que, según él, el día del concurso lo sacarían en hombros después de su triunfo para después recibir el esperado "sí" que tanto lo traía de cabeza y el que no había podido conseguir ni con el cocimiento hecho al efecto por el sanador.

Por fin llegó el deseado miércoles y con él la invitación de don Chipote a la pelona para que fuera a ver de nuevo el triunfo que obtendría en el escenario del teatro, cosa que ésta aceptó y, llegada la hora, muy del brazo se encaminaron a tomar los primeros asientos.

Don Chipote, aunque se siente en la gloria, no se ha olvidado * quien un vestido de esa moda; así es que los tenemos de cam- *

Volvamos otra vez a ver lo que había sido de la familia chipotesca.

A otro día de la llegada de ésta a Los Ángeles, tuvieron que abandonar el hotel, pues fue tal la guerra que dieron los chamacos que la dueña les pidió que pelaran gallo porque todos los demás inquilinos le dijeron que dejarían los cuartos si la familia no salía del hotel, pues con sus lloridos y gritos no habían dejado dormir a nadie en toda la noche.

Muy temprano salió Pitacio a buscar otro lugar donde meterse, lo que logró conseguir después de caminar todo el día y esa tarde cambiaron de domicilio, yendo a ocupar una casita chiquita muy cerca de la Placita, donde les rentaron con todo conocimiento que era una palomilla de chiquillos que daba más guerra que todos los diablos juntos.

Habían pasado los días y tanto Pitacio como doña Chipota se habían ocupado de hacer indagaciones del paradero de don Chipote, pero por más que preguntaron nadie les sabía dar razón de él.

Precisamente el día de la función en que don Chipote iba a demostrar por segunda vez sus aptitudes artísticas en honor de su adorado tormento, también a doña Chipota le dieron ganas de divertirse un poco y, al pasar por el teatro después de buscar en vano a su marido, se dejó convencer del gritón para que pasaran ella y la palomilla a divertirse y, sin más ni más, compró los boletos y se dejaron ir por primera vez a un teatro.

Durante la presentación de la película todo fue bien, pues a carcajada tendida la pasaron, muy contenta doña Chipota de haber gastado en entrar y darse gusto en compañía de sus familiares.

Siguió luego la variedad a la que no le entendió y por lo tanto no le gustó gran cosa, al grado que casi se durmió y los chiquillos roncaron a lo lindo.

Llegó el ansiado momento para el público en que los espectadores subirían al tablado y a la llamada del que lleva la batuta se encaramaron algunos a bailar en competencia y ganarse el premio, con lo que se armó tal gritería que toda la

* Oración incompleta de la edición original.

palomilla chipotesca despertó y se pusieron ojo de chicharo a celebrar las payasadas de los que subían por amor a los cinco dólares.

Entre tanto don Chipote se jalaba los pelos de pensar que no había estudiado un baile para presentarlo, ya que también por ese medio podía haber ganado el premio.

Por fin llegó el momento en que llamaron para ganar el premio en la cantada, y sin decir agua va, don Chipote se dejó ir por delante, siendo el primero en entrarle a la cantada.

Doña Chipota que había estado con el ojo atento en cuanto vio a don Chipote lo reconoció y un grito se le escapó del pico al mismo tiempo que Pitacio gritaba ¡Mire a mi compadre! y los chiquillos a coro decían: "Allí está mi papá."

Como la boruca no dejaba oír; don Chipote no se dio cuenta de que había sido reconocido y comenzó a cantar.

Doña Chipota entre tanto se había levantado de su asiento y se dejó ir al fondo en donde, sin andar con miramientos, se dejó ir sobre don Chipote y la emprendió a gznatazos con él, a la vez que le decía:

—¡Sinvergüenza! ¡Mal marido! Tú andas por aquí tan elegante y pasiándote mientras nosotros hemos estado con necesidad. Pero ya te encontré y ahora vas a ver lo que te pasa. ¡Andale! Vámonos para que me ayudes a cargar a Chipotito y déjate de andar con estas cosas.

Y duro sobre él a moquete limpio, en tanto que don Chipote, sin salir de su asombro, corría dando chillidos, llevando prendida a doña Chipota que no cesaba de atizarle guantadas.

Como pueden figurarse nuestros lectores, este número no estaba en el programa y fue una verdadera sorpresa para el público que, a grito pelado, pedía que les dieran el premio a los que tan bien estaban representando la comedia de marido y mujer.

Entre tanto don Chipote seguía sacándole vueltas a su consorte, sin lograr por eso escaparse de la trompiza que le puso.

El público reía de tan buena gana creyendo siempre que era pura vacilada por amor de los cinco dólares, pero cuando la palomilla de chipotitos hizo su aparición en el tablado y se le prendieron por todos lados al Chipote padre y éste, por amor a sus hijos, se dejó agarrar de su Chipota, entonces se pidió que los mandaran a la cárcel.

La empresa ya había mandado llamar a un chota, por lo que en menos que canta un gallo ya iba toda la familia chipotesca encaramada en la julia y con rumbo a la cárcel en donde, sin andar con cumplimientos, los depositaron a todos en sus respectivos departamentos para que esperaran lo que al otro día les diría el juez.

La pobre de doña Chipota con toda la palomilla de chipotitos fue puesta en el departamento de las mujeres. Al verse en tal aprieto ya no quería queso sino salir de la ratonera, por lo que se encomendaba a las Once Mil Vírgenes para que sacaran a toda la chipotería con bien de aquel trance tan duro. Los chipotitos chillaron un rato pero como tenían a la mamá cerca, pronto pegaron los ojos. No así la buena señora, que lloró a moco tendido toda la noche.

A don Chipote y Pitacio los echaron al gallinero de los gallones en donde por mucho tiempo no cambiaron palabra, tal era el susto que tenían y del que no podían reponerse.

Por fin, después de largo rato, don Chipote dio señales de vida y le preguntó a Pitacio si no estaba soñando, a lo que éste contestó que no, que como castigo a sus pecados estaba encerrado y que su esposa y sus chiquillos y él, le estaban ayudando a pagar lo que debía.

Oír esto don Chipote y pedirle cuentas a su compadre de por qué se había traído a la señora fue todo uno y sin esperar a más, le cantó la viga y le dijo que él era el culpable de lo que pasaba y sin querer oír razones, se le echó encima a Pitacio y lo arrojó a trancazos, a lo que Pitacio, por no hacerse menos, le contestó y a los pocos minutos ya los dos andaban echando sangre por boca y narices y con los ojos tan morados como cotorras, pero no por esto dejaban de darse por arriba y por debajo.

Sin duda que tanto don Chipote como Pitacio, como buenos mexicanos, se hubieran sacado los entrecijos a jalones si no es que con la trifulca que se cargaban no acuden a separarlos un par de chotas, los que sin andarse con miramientos, los pescaron de la cruz de los calzones y los pusieron en celdas separadas.

Cuando estuvieron cada uno en su gallera y sin el consuelo de echarse una mirada para ver cómo habían quedado, se tediaron en sus respectivos camastros y, adoloridos por los demoniazos, pegaron los ojos y se pusieron a soñar.

Don Chipote que, por lo visto, estaba empletado hasta

decir basta, en cuanto pegó los ojos empezó a soñar en su pelona y se veía correspondido y en plena luna de miel y gozaba diciéndole cosas dulces y acariciándole la melena. De pronto le cambió el sueño y veía truncada su felicidad por la presencia de una bruja que, envidiosa de sus amores, con un soplido lo convertía en burro cargado, al que un arriero le atizaba una soberana paliza por todos lados. La pesadilla le duró largo tiempo y según él, puesto que estaba convertido en burro, no más se fruncía y rebuznaba, hasta que al fin despertó sintiendo los dolores de la paliza que le había propinado Pitacio.

Pitacio por su parte, también en cuanto empezó a roncar empezó a soñar, sólo que su sueño era más dulce, pues se veía vestido como su compadre Chipote, de campana y saco rajado y luciendo por la calle Main, donde todos los paisanos lo aclamaban como el tipo de la elegancia. Veía también que las pelonas que él había visto despierto y que tanto se le habían antojado, lo seguían y le rogaban para que las llevara del brazo, a lo que él se hacía el indiferente. Por fin, por ir presumiendo y no poner cuidado en donde andaba, un automóvil se lo antellevó y dio con su persona sobre un poste. Después escuchó un pitido muy largo y se sintió transportado por un enorme pájaro y despertó creyendo que los doctores lo meneaban de un lado para otro para curarlo de las heridas, encontrándose con que sólo era un chota que lo llamaba para que fuera a pararse delante del juez que lo había de sentenciar.

Como verán nuestros lectores, ya había llegado la hora de la consulta policiaca y fue Pitacio el primero que compareció a contestar de la acusación de alterar el orden público.

A la pregunta que le dirigió el juez, Pitacio contestó con la pura verdad y de seguro que sale libre si no es que al juez se le ocurrió preguntarle por su pasaporte. Como Pitacio no pudo dar contestación satisfactoria ni presentar el documento, puesto que no lo tenía, el juez como un tirabuzón le sacó la verdad de cómo había entrado él y toda la familia chipotesca, es decir de contrabando. Con esto se ganó que lo apartaran para después mandarlo a los oficiales de Migración.

Siguió en seguida don Chipote, el que, azorrillado por el juez, también cantó la verdad de todas sus aventuras, por lo que también fue separado.

Vino en seguida doña Chipota y la chipotería y ésta acabó de remachar el clavo, contando que ella había venido a buscar a su marido, el que, según sabía, le andaba poniendo las chaperas con las de Estados Unidos.

Con la declaración de doña Chipota la cosa no tuvo remedio, y sin andar con más cuentos fueron despachados a las oficinas de Migración para que hicieran con ellos lo que la ley requiere en esos casos.

La familia al ver que la cosa se puso color de hormiga, hizo las paces para estar de acuerdo en todo y ver si se salvaban de lo que pudiera sucederles.

Por de pronto lo que pasó fue que los chotas los cambiaron al gallinero grande, donde están los que tienen que ver con cosas mayores, de modo que engarzados cada cual con su chota llegaron al hotel que les pareció un palacio, pues que en su vida se habían metido en un caserón tan grande. Después de todo esto les cayó al pelo pues llegaron a la hora del martillo, y como ellos se la habían pasado en claro desde la noche anterior le entraron con amor a lo que el destino les puso en frente.

Sería inútil reseñar lo que les pasó en la cárcel, pues es cosa sabida que la chicanada en cualquier parte de los Estados Unidos encuentra la de perder. Sólo diremos que los hallaron culpables de violar las leyes de Migración y que fueron condenados a la deportación.

Capítulo diecinueve

Un día, cuando menos lo esperaban, y ya cuando empezaban a engreirse con el hotel, les dijeron que se prepararan para pelar gallo para su terrenazo.

Esta noticia les cayó de diferente manera a todos, pues mientras que a Pitacio le cayó como bomba, a los demás, si no les cayó al pelo, cuando menos no se entristecieron.

Doña Chipota, por su parte, se alegró de que les hubiera caído tierra, porque después de todo lo que ella quería era estar con su marido y no precisamente en los Estados Unidos, sino en su rancho, en donde se deleitaría con el canto de las chicharras.

Don Chipote sí puso cara de muerto cuando recibió la noticia, no porque no quisiera volver a su terrenazo, sino porque se llevaba el corazón atravesado por el amor de su pelona, a la que por lo visto, tenía que renunciar para siempre. Además, pensó en el pobre de Sufrelambre, el que abandonado por sus amos el día de su aprehensión, estaría probablemente muerto de hambre en el cuarto donde lo habían dejado encerrado, cosa que le taladraba el corazón pensando en el mal pago que su fiel amigo y compañero de aventuras había recibido como premio a su lealtad.

Lo que no sabía don Chipote era que su fiel can se encontraba gozando de mejor vida, pues habiendo logrado escaparse del cuarto y mientras vagaba por las calles en busca de sus amos había sido atropellado por un tranvía, dejándolo muerto en el acto.

Pitacio por su parte, como decíamos antes, fue el que más fuerte sentía la deportación y desde que oyó la sentencia no dejaba de lamentarse diciendo que en balde había aguantado las rabetas de doña Chipota, ya que tan caro le costaba lo que ella había hecho por él.

Llegó por fin el día en que tenían que salir o más bien dicho, que los tenían que echar del país y muy temprano los sacaron y

los montaron en un automóvil, el que como alma que lleva el diablo, los jaló hasta la estación del Sur Pacifico.

En menos que canta un gallo los treparon en uno de los carros del tren que estaba para salir.

A los pocos momentos y siempre acompañados por un policía secreto, salieron de la ciudad de Los Ángeles con rumbo a su terrenazo.

Lo que pasó en el camino no tiene importancia, pues no hubo novedades y casi ni palabras se cruzaron, ya que cada uno iba ensimismado en sus pensamientos, los que se puede decir que volaban más que el tren que los conducía.

Solo sé decir que don Chipote por más que se alejaba su cuerpo de Los Ángeles, su alma se quedaba allá, fija, en su pelona y en su desventurado perro.

Llegado que hubieron a El Paso, Texas, fueron conducidos al Puente Internacional en donde con mucha atención y a empellones los echaron con todas sus chinchas para su tierra.

En cuanto cruzaron el puente se fueron a repechar a la sombra de un árbol dando rienda suelta a las lamentaciones y allí hubieran pasado la noche si no es que doña Chipota como toda paisana, era desconfiada y por lo tanto, la fierrada que le quedaba todavía la cargaba con todos los nudos posibles, en el paño y éste en el seno.

No estaban pues en la brujez.

Don Chipote por su parte traía también algunos tecolines, pues la noche que lo pescó su vieja había pedido adelantado en el restaurant para poder llevar a su pelona al teatro, y como no había gastado más que en las entradas, traía unos cuatro dólares y medio.

En cuanto doña Chipota le echó ojo a la pastilla que cargaba su marido, se la arrebató poniendo por pretexto que ella era la que tenía que cuidar de las necesidades familiares, cosa a la que no se opuso don Chipote, que andaba con la cola entre las piernas.

Total: una vez recontado los dineros, se encontró la familia con el capital de treinta y tres dólares, los que cambiados en plata mexicana se les hicieron como setenta pesos.

Como con frijoles las apuraciones son más llevaderas, lo primero que hicieron fue irse al mercado y con la mejor buena voluntad se hicieron rueda de una vendedora de asadura, a la

que en poco tiempo le liquidaron el negocio, lo mismo que a la que las estaba vendiendo calientes y de maíz.

Después a buscar donde pasar la noche.

Otro día, reunido el consejo chipoteril en el que nadie tuvo voz ni voto más que doña Chipota, se acordó emprender la caminata con rumbo al cantón que los vio nacer, a lo que Pitacio se opuso, optando por quedarse en Ciudad Juárez a ver que suerte le pintaba.

Una vez arreglado este asunto fue autorizado don Chipote para que se buscara un par de burros comprados lo más barato posible, cosa que logró pronto, pues por cuarenta del águila se armó de unos pollinos en buen uso aunque escasos de carnes.

Compraron luego unas canastas para acomodar a los chipotitos y el garrero y se acondicionaron lo mejor que pudieron para el viaje.

La víspera de la salida don Chipote pidió y obtuvo una merced de su mujer, consistente en que le comprara unos pantalones de mezclilla para no echar a perder su traje de saco rajado y pantalón de campana.

Ya con esto y con la ilusión de llegar cuanto antes a su cantón, durmieron la última noche en Ciudad Juárez y otro día, muy de mañana, fueron acomodados los cinco y tras de pedir a la Virgen que los llevara con bien, emprendieron la caminata hacia el fin de sus aventuras.

Sería inútil contar lo que les pasó a los componentes de la familia chipotesca, pues con los elementos de que disponían para el viaje ya se los pueden figurar.

Sólo sé decir que durante el viaje, por medio de las atenciones de don Chipote para con su consorte, logró ganar otra vez la confianza de ésta y que le perdonara por sécula seculórum.

Así, en santa armonía, después de penosos días, divisaron las torres de la capilla donde les habían mojado la chonteca cuando los bautizaron.

La alegría que se apoderó de ellos no es para describirla y para darle gracias a la Virgen por el milagro de traerlos con bien a sus adorados cantones, doblaron la rodilla y echaron por la boca cuantos rezos les habían enseñado de niños.

Después, con el corazón rebozante de gusto, siguieron de frente hasta llegar a su desvencijado rancho, el que, por el abandono, se encontraba en pésimas condiciones, pues había

sido tomado por asalto por las bestias de los vecinos, las que triscaban el zacate en santa paz.

La llegada de la chipotería fue todo un acontecimiento para los vecinos y familiares, los que hasta se peleaban por servirles en algo o en mucho, pensando que como iban de los Estados Unidos, llevaban costales de fierrada, cosa que ellos se cuidaron bien de desmentir o afirmar, sabiendo que si los desengañaban y manifestaban que iban en la bruja, dejarían de hacerles fiestas y ayudarles.

El primer día de llegados se lo pasaron en atender a sus visitas, para lo cual don Chipote se puso el de campana y el saco rajado. El siguiente día fue de limpia de casa y de conseguir qué meter en ella, pues doña Chipota al pelar gallo en busca de su marido, lo que no había vendido lo había dado. El día que siguió, don Chipote, jalando uno de los burros y montando en el otro, fue a ver a su antiguo patrón para que le diera en qué trabajar.

Con el referido patrón encontró lo que quería, es decir: unas parcelas para sembrarlas a medias y que le comprara uno de los burros para ayudar a los gastos mientras venía la cosecha.

Epílogo

El sol se ocultaba en el ocaso y las nubes poníanse coloradotas al recibir la postrera caricia de la cobija de los pobres y, al igual que virgen trasnochadora, de coloradotas íbanse poniendo pálidas y negruzcas, semejando ojeras de cómicos brujas.

Los enamorados pajarillos se arrejuntaban en sus nidos y se daban el pico de bienvenida, ahuecaban el ala y se preparaban a roncar.

Los abejones suspendían el zumbido y se fruncían preparándose a pasar la noche; las abejas se metían en la colmena y vomitaban la miel que se habían tragado y el arroyuelo seguía cantando y corriendo a la vez que remojaba las raíces de los camichines y zalates.

Todo era paz y calma; toda la Naturaleza le entraba al descanso, menos el pobre de don Chipote, que bien bombeado con la friega del día, seguía picándole la cola a los bueyes, ya que, obligado por la numerosa prole, tenía que seguir a la retaguardia de los cornudos, aspirando de vez en cuando las emanaciones poco confortables del conducto trasero de los animales.

Y mientras tanto, soñaba . . . y en sus sueños veía pasar como cinta peliculera las amargas aventuras de que fue protagonista, las que eran endulzadas por el recuerdo de sus amores pelonescos, recuerdo que no le hacía olvidar los fracasos que los chicanos se llevan por dejar a su patria, ilusionados por los cuentos de los que van a los Estados Unidos, dizque a barrer el dinero con la escoba.

Y pensando en esto, llegó a la conclusión de que los mexicanos se harán ricos en Estados Unidos: *CUANDO LOS PERICOS MAMEN.*

FIN



ÍNDICE

Introducción	7
La primera novela chicana	8
El estilo de Don Chipote	12
Daniel Venegas autor de Don Chipote	14
Capítulo uno	16
Capítulo dos	18
Capítulo tres	24
Capítulo cuatro	28
Capítulo cinco	35
Capítulo seis	44
Capítulo siete	49
Capítulo ocho	59
Capítulo nueve	71
Capítulo diez	81
Capítulo once	91
Capítulo doce	97
Capítulo trece	107
Capítulo catorce	113
Capítulo quince	118
Capítulo dieciséis	128
Capítulo diecisiete	137
Capítulo dieciocho	142
Capítulo diecinueve	150
Epílogo	155

La primera novela chicana, *Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen*, publicada en 1928 por *El Heraldo de México* de Los Ángeles, con un tiraje mínimo, representó en esa época un esfuerzo heroico por reivindicar al obrero mexicano inmigrado a los Estados Unidos y su cultura. Esta "nueva" cultura era objeto constante de sátira por parte de los escritores de la élite mexicana de Los Ángeles y San Antonio, quienes, so pretexto de elevar el nivel cultural del humilde trabajador, querían en realidad evitar la vergüenza que sentían — como representantes de la *intelligentsia* y la clase media — ante los anglosajones de su misma clase social.

Daniel Venegas, autor de esta primera novela chicana, a pesar de ser hombre letrado y del mismo círculo de élite, quiso ser fiel a su propia experiencia de trabajador y creó una obra en que abiertamente se identificaba como *chicano*, vocablo que en aquella época quería decir obrero mexicano inmigrado a los Estados Unidos.

Lo novedoso de *Las aventuras de don Chipote* es precisamente esa identificación del autor con el obrero chicano y el dirigirse la obra al lector, que también se supone chicano, puesto que el narrador adopta su lenguaje y estilo retórico.

Aunque se trate de la odisea de un campesino mexicano, ésta es sin lugar a dudas una novela de ambiente urbano. Destacan las costumbres, el habla, la perspectiva del proletariado, el cinismo de los que se aprovechan del campesino ingenuo e indefenso en la metrópoli (sea ésta Juárez, El Paso o Los Ángeles), el impulso por sobrevivir y ganarse las próximas tortillas, ya no cosechando los frutos de la tierra sino lavando platos o cargando ladrillos: todos elementos tradicionales de la literatura picaresca y urbana. La importancia histórica, social y literaria de esta novela, que es al mismo tiempo un testimonio de la época, llevaron al Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México a seleccionarla como una contribución al entendimiento de las características culturales de la región fronteriza entre México y Estados Unidos.

FRONTERA